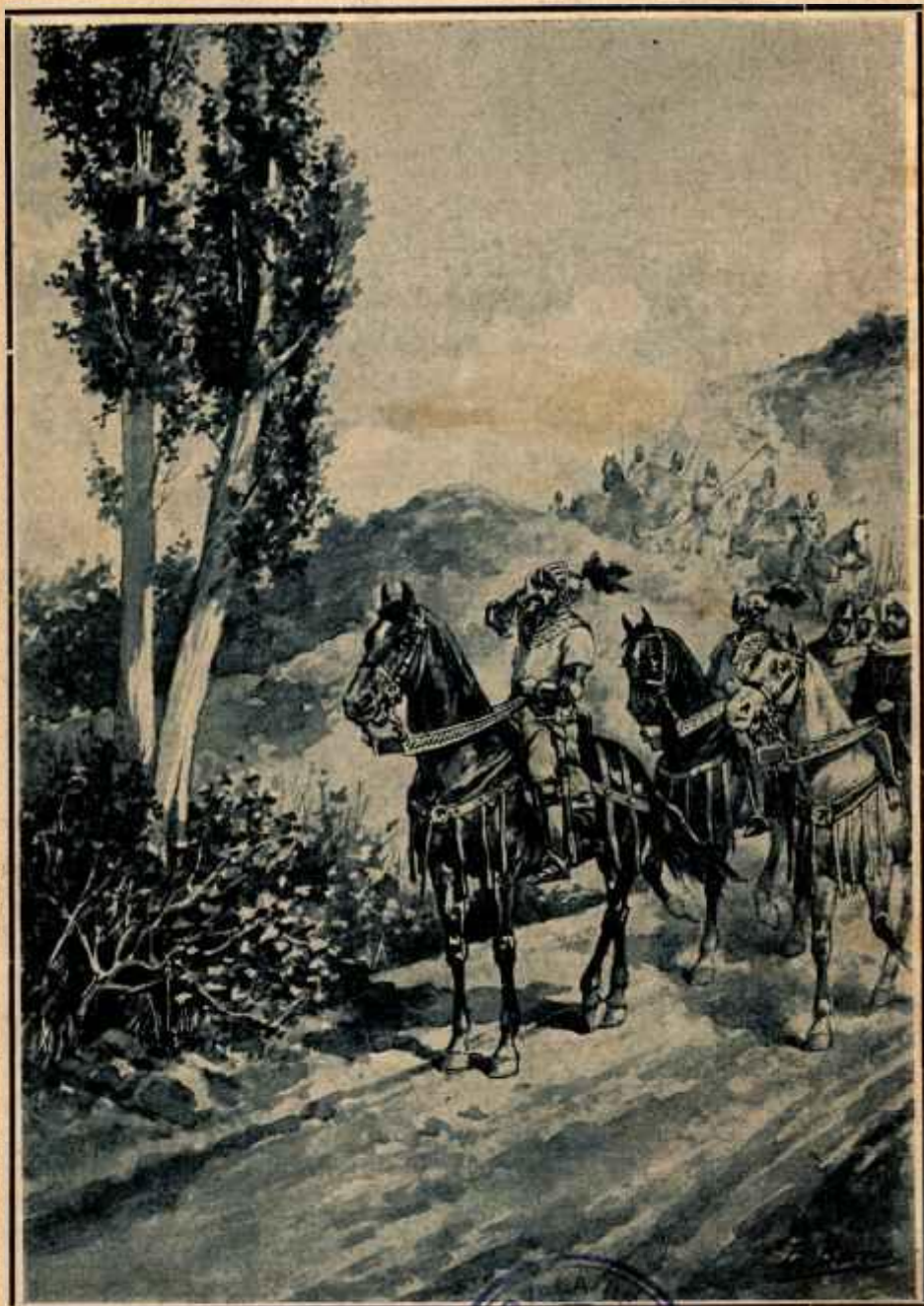


LA HEROÍNA ZEGRÍ

por FLORENCIO L. PARREÑO



LA NOVELA DE AHORA

Publicación semanal.

3.ª época.—Año IV.—Núm. 89.

PLATE 10



PLATE 10
PLATE 10
PLATE 10

R. 43.140



1-L 602/39

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

89



...y dió principio la más estupenda dispersión.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

LA HEROINA ZEGRI

(SEGUNDA PARTE DE «PEDRO EL TEMERARIO»)

TOMO II

Ilustraciones de E. Barrio



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN EL AÑO 1876

Calle de Valencia, núm. 28



Reservados los derechos
de propiedad artística.



LA HEROÍNA ZEGRÍ

CAPITULO XIV

Tío y sobrino.—La antevíspera del domingo.—El torneo

Ya sabemos que Pedro el Temerario llegó á Sevilla mucho antes que Guzmán. Cubierto con su disfraz árabe penetró en su palacio por una puerta excusada sin ser visto ni conocido de nadie; de este modo hizo comparecer á su anciano mayordomo Rodrigo, y cuando lo tuvo presente, le dijo:

—Sentaos, mi viejo maestro. Siento haberos hecho levantar tan de mañana, pero ya sabéis que por desgracia mía no puedo estar quieto ni dejar tranquilo á ninguno de mis buenos servidores.

—Pedro—le contestó el mayordomo—sois nuestro amo y señor y todos os amamos; por lo cual cumplimos vuestras órdenes con el mayor placer.

—Gracias, amigo mío; y siendo así, contestadme á cuantas preguntas os voy á hacer. ¿Está mi tío D. Juan en el alcázar?

—Sí, señor.

—¿Quién lo ha traído?

—Unos zegríes.

—¿De parte de quién?

—De la vuestra.

—¿Cómo está?

—Bastante mejor.

—¿Quién le asiste?

—Un mago.

—¿Qué dice?

—Que sanará.

—¿Cuándo?

—En breve.

—¿Se queja?

—Maldice su suerte, suspira por vos y duerme.

—¿No le falta nada?

—No señor.

Después escribió el despacho que ya

conocemos, lo mandó llevar á palacio y tornó á preguntar á Rodrigo:

—¿Qué ocurre en Sevilla?

—Ha tiempo, señor Conde, que el robo y el asesinato se practican aquí con la misma seguridad que en despoblado; pero desde hace cuatro días ha aumentado el número de las víctimas, siendo de notar que los asesinos dejan clavado el puñal en el pecho del herido, con un pergamino que dice: «muere á manos de los *quinientos*». Continuamente se ven por las calles hombres enmascarados y todos hablan de un terrible logia, compuesta de quinientos nobles, que día y noche conspiran contra la tranquilidad del Estado, la vida de sus enemigos y la bolsa ajena.

—¿Qué puede motivar tan insolente desecaro?

—El bando escrito por vos y mandado

pregonar en el reino por S. A. el rey D. Sancho.

—¿Qué dicen de mí?

—Los buenos, señor, temen por vuestra vida y miran en vuestro brazo la cuchilla que ha de segar la garganta del malvado. Y temen con sobrado fundamento; que son muchos los malos poderosos, y conseguirán acaso, validos de vuestra hidalguía, dar fin del temible ariete que ha de demoler el castillo de sus crímenes.

—Que vengan.

—Aquí no osarán acercarse; pero, ¡ay

de vos y de nosotros si os hallan en las calles de Sevilla solo é indefenso! Vos moriréis de una puñalada y nosotros de pena.

—Me encontrarán.

—¡Señor!

—¡Basta, anciano; el más cobarde de los temores es el que se tiene á misera-
bles asesinos! Ellos probarán las consecuencias de mi bando y en mi pecho no se clavará el acero de sus puñales.

—¡Quiéralo Dios!

—Deseo, Rodrigo, que todos ignoren



—Sentaos, mi viejo maestro.

mi llegada á Sevilla; en la puerta de hierro, que esté un hombre de confianza y en cuanto llame un noble apellidado Borja, que lo traiga á mi presencia, sea la hora que quiera. No toméis precaución alguna y que mi alcázar aparezca tranquilo y sin miedo sus habitantes á na-

da de cuanto acontece fuera de él. Saldré y entraré continuamente, pero nada temed, buen viejo, el Cielo jamás abandona á sus hijos. Llevadme ahora á la estancia de mi tío.

Cinco minutos después entró el Temerario en la alcoba de D. Juan, se sentó en un sillón que le pusieron á la cabecera del lecho y quedándose solo con el enfermo le contempló. Este, al ruido que hicieron, despertó, y viendo á su sobrino, exclamó:

—¡Hijo! ¡Cuánto te debo, y qué ingrato fuí á tus favores!

—¡A vuestro nombre, tío, á vos, á vuestros antepasados, á vuestros sucesores!

—Perdóname, Pedro; creí, como todos, que habías perecido y juzgué que debía el Rey recompensar en mí los inapreciables servicios que prestastes á su trono. No me oyó como yo creía y el enojo que su ingratitud me produjo, unido á la ambición, que declaro haberme dominado, me impelieron á una rebelión que loco cometí, que cuerdo deplore.

—Y como si eso no fuese bastante, supisteis que el rey de Aragón ponía sitio á vuestra ciudad querida, al inexpugnable Albarracín, corristeis en su defensa, os encerrasteis entre sus muros, como hacen los valientes y... y al poco tiempo se os concluyó el valor, engañasteis á vuestros soldados, fingiendo partir en busca de un socorro que no pensasteis nunca proporcionar, dejándolos abandonados y á merced del sitiador. Ellos, más pundonorosos y valientes que su señor, defendieron la villa que no anhelaron nunca entregar, hasta que, convencidos de la falacia, aceptaron una capitulación honrosa, maldijeron al que los obligaba á hacerla, y se retiraron en busca de otro jefe más digno de tan leales vasallos. Mientras esto acontecía, huíais vos del sitio de la lucha y os dejabais robar, herir y maniatar por una partida de cobardes bandoleros, con los cuales pudo mi negro Alí.

—¡Todo eso es cierto, Pedro! Reconozco mis faltas, hijas de un delirio insensato, y ansío obedecerte y seguir el resto de mi vida en pos de ti.

—D. Juan, no os he recordado vuestras faltas por hallar un pretexto para reprenderos; quiero únicamente que tengáis la seguridad de que las conozco todas! de que soy el jefe de la familia, y de que á la primera que volváis á cometer os mandaré castigar con la misma indiferencia que al último de mis vasallos. Os perdono, no obstante, las pasadas, que es hartos fecunda y perniciosa la época que atravesamos, y os ofrezco olvidarme de todo, con tal de que tengáis siempre presente quiénes fueron vues-

tros padres, abuelos y restantes antepasados.

—Gracias, hijo, no lo olvidaré ni en lo sucesivo te daré motivo de queja.

—¿Cómo estáis de vuestras dolencias?

—Muy bien. ¿Y tu esposa y padre?

—Quedaron en Jerusalén, buenos. Descansad ahora y no extrañad si permanezco poco tiempo á vuestro lado; asuntos de mucha cuenta me ocupan más de lo que yo quisiera.

—No pases cuidado por mí, me encuentro bien y la asistencia que recibo es digna de ti.

Lara se despidió de su tío, se disfrazó luego mejor aún de lo que estaba, y por la puerta de hierro salió solo y sin escuchar las prudentes reflexiones de Alí, que quería acompañarle. De este modo reconoció la ciudad, las casas inmediatas al real palacio; se mezcló, sin ser conocido por nadie, en las conversaciones que el pueblo tenía en los sitios públicos; habló con dos hombres que creyó con razón serían individuos de los *quinientos*, y cuando ya nada le quedó que averiguar, que saber, ni que intentar, se retiró á su palacio, le sirvieron una espléndida comida, buscando luego su lecho, sobre el cual se quedó profundamente dormido.

Despertó á las ocho de la noche, y cubierto con su disfraz salió nuevamente del palacio, continuando en su anterior reconocimiento. En esta ocasión halló á varios enmascarados, adquiriendo la seguridad de que en Sevilla existía, según le había indicado su mayordomo, una terrible logia llamada de los *quinientos*; los cuales robaban y asesinaban impunemente, haciendo uso del poder que tenían y de una refinada hipocresía.

Por si alguna duda le pudiera quedar, el último hecho que presencié antes de entrar en su alcázar era por sí solo suficiente para desvanecérsela: se retiraba ya á su morada cuando llegó á una calle estrecha y que concluía frente á su palacio; de pronto, y favorecido por la Luna, vió salir de una casa, situada en el centro de la calle, á un caballero que tomó la misma dirección que él llevaba; la puerta que le dió salida se cerró,

mientras aquél continuaba tranquilo; pero aún no había andado cuarenta pasos, cuando aparecieron dos enmascarados, que se hallaban escondidos en un portal, le dieron una puñalada y huyeron.

Lara observó el hecho y quiso seguir á los asesinos; mas se detuvo exclamando:

—Sería una imprudencia detenerlos; vale más cogerlos reunidos que no de dos en dos.

Y esperó á que los sicarios desaparecieran. Luego se acercó al herido y lo levantó, preguntándole á la vez, quién era.

—No puede contestarme —añadió con dolor, —¡el feliz tiene atravesado el corazón!

Lo dejó otra vez en tierra y sacándole el arma homicida pudo distinguir á la claridad de la Luna el letrado de «muere á manos de los *quinientos*». Después limpió el puñal, lo guardó, y seguidamente se dirigió á su alcázar, entrando por la puerta excusada que ya conocemos.

—Alí—dijo al negro que le aguardaba á la entrada,—di á Rodrigo que se me presente al momento.

Cuando lo tuvo delante añadió:

—Anciano, á doscientos pasos del palacio acaban de asesinar los *quinientos* á un desgraciado que debe vivir cerca del sitio donde le han herido. Disponed que uno de mis caballeros se disfraze, entre en casa del muerto y averigüe las circunstancias que han precedido á ese crimen y de quién sospechan los individuos de su familia.

Salió el mayordomo, y Lara, provisto de varios pergaminos, comenzó á dictar órdenes que mandaba llevar á su destino según las iba terminando; invirtiendo en esta operación hasta las tres de la madrugada próximamente, que entró Rodrigo y le dijo:

—El asesinado era un mayordomo del Rey, el cual salió para asistir á una citada por el infante D. Juan. Su familia ignora que tuviese enemigos; debiendo haber sido muerto por los *quinientos*. Nada más se ha podido averiguar.

—Con eso tengo suficiente.

En el mismo instante se presentó Alí, diciéndole á su amo:

—Señor, Borja espera.

—Que pase al instante y dejadme solo con el.

Un momento después llegó el anunciado, saludó al Conde y esperó á que le preguntase; aquél le dijo:

—Sentaos y hablemos.

—¿Delante del conde de Lara?

—Vos sabréis si sois ó no acreedor á esa merced.

—Por mi conducta pasada no merezco otra cosa que una sentencia de muerte; por la presente soy digno de vuestro aprecio.

—Sentaos.

—Gracias, señor.

—¿Qué habéis hecho?

—Mucho, más de lo que creí, si bien he pasado por trance cruel.

—¿Os desconocieron vuestros antiguos compañeros?

—¡Si eso sólo hubiera sido! Para cumplir bien vuestro encargo tuve nuevamente que asistir á la logia, y aun cuando ésta ha cambiado completamente del estado en que la dejé, me fué fácil la entrada, mas la salida...

—¿Sois cobarde?

—Ganada la vida y consagrada á vos, todo el tiempo que me dure debo agradecerlo; y asegurada, como creo, la suerte de mis hijos, poco me importa perderla si de ese modo puedo ganáros más; que sólo los infelices huérfanos me obligaron á temer en el mundo. Podéis deducir de esto que al serviros hoy sólo me asustaba ó hacía temer el no poderos dar gusto, siéndome indiferente lo demás.

—¿Qué cambio recibió esa logia?

—Que se aumentó considerablemente el número de sus individuos y que tienen una junta secreta, la cual dispone asesinatos que al instante son efectuados.

—¿A qué número ascienden los malvados?

—Hoy hay quinientos; pero en breve pasarán de mil, pues quieren extenderla á todo el reino.

—¿Es decir, formar con ella la reunión ó confabulación de todos los perversos de León y Castilla?

—Exactamente.

—¿Por qué asesinan?

—La junta secreta lo dispone, mas se calla la causa.

—¿Y los restantes obedecen?...

—Como una máquina.

—¿No tienen el derecho de denunciar?

—Por desgracia, sí, señor; y los encubiertos sentencian en el acto.

—¿Quiénes son los que componen esa junta?

—Veinte hombres que permanecen siempre enmascarados.

—Poco averiguasteis, Borja.

—¡Mucho, señor, mucho! El presidente es D. Lope de Haro, y en este pergamino están escritos los nombres de los restantes.

Lara cogió el escrito y comenzó á leer:

«D. Juan; el conde de...

Y continuó leyendo y admirándose de los nombres allí estampados.

—¿Estáis seguro, Borja —le preguntó, —de que todos estos señores componen esa terrible junta de asesinos?

—Sí, señor.

—Contadme ahora cuanto hayáis hecho, sepáis y merezca oírse, respecto de los conjurados, sus intentos y modo de reunirse. No omitid nada que pueda interesarme.

—En el momento que llegué á Sevilla visité á algunos de ellos, inventando un milagro, al cual suponía deberle mi existencia. Les dije que caímos en manos de esos zegrís que manda el misterioso caballero de la cruz roja, los cuales nos entregaron á vos; les referí los insultos que os hicieron, vuestra noble acción y la muerte que les disteis á los catorce. Al llegar aquí improvisé la fábula de que durante la lucha, y cuando ya no quedábamos más que tres, atravesé á un zegrí, monté en su caballo y confié mi salvación á la velocidad del potro árabe que tan heroicamente acababa de conquistar.

—¿Os creyeron?

—Me escucharon confusos, aturdidos,

maldijeron la hora en que regresasteis á Castilla y me citaron para la reunión de esta noche.

—¿Y luego?

—Fuí el primero que me presenté en los subterráneos...

—¿Qué sitio es ese?

—Aquel en que se juntan los individuos de la logia.

—¿No tienen más que uno?

—No, señor.

—¿Se ven todas las noches?

—Todas.

—¿Cómo se penetra en él y en qué paraje está situado?

—Se entra por una casa pequeña y de muy mal aspecto que existe frente á un costado del palacio de Haro; y aun cuando no me consta, presumo que los salones donde tienen lugar las sesiones forman parte de los subterráneos del mencionado palacio del conde de Haro. He aquí el plano que dibujé con la casa, el alcázar y cuanto es necesario para que no os quede duda alguna.

Y le dió un pergamino que el Temerario miró detenidamente, exclamando después:

—Perfectamente, Borja, esto es más aún de lo que os he encargado y por ello encontraréis la recompensa á que sois acreedor. Decidme ahora, ¿quién recibe á los conspiradores?

—Ocho enmascarados que han de estar al servicio de D. Lope.

—¿Tenéis contraseña?

—Sí, señor, una medalla con el número que cada uno tiene en la logia. ¿Queréis la mía?

—No, que os puede hacer falta todavía. ¿Qué número tenéis?

—El 90.

—¿Entráis con el rostro cubierto?

—Unos sí y otros no; puede llegarse y permanecer enmascarado á no ser que el presidente mande descubrir á alguno de quien sospeche...

—¿Y qué hace entonces aquel á quien le ordenan presentar su faz?

—No tiene otro remedio que enseñarla ó morir.

—¿Y si vosotros sospecháis de algún individuo de la Junta?

—Lo denunciámos, lo reconocen sus compañeros y dan las explicaciones convenientes.

—Según vuestro relato, hay estatutos.

—Sí, señor.

—¿Autorizan éstos el robo?

—Recayendo en un enemigo de la logia, sí, señor.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—Todo el que sea denunciado por nosotros.

—¿En qué fundáis las denuncias?

—¡Ay, señor! en pretextos.

—¿Pero qué pretextos son esos?

—Varios, mas hoy se toma el de ser partidario de D. Sancho ó el de que sabe nuestros secretos y nos espía.

—Es decir, que se toman por contrarios de la logia á vuestros enemigos particulares y se asesina y roba á todo el que señale vuestro furor.

—El de ellos, señor.

—¿Decíais que fuisteis el primero en llegar á la reunión de esta noche?

—Así es la verdad.

—¿Y después?

—Fueron entrando hasta que nos reunimos los cuatrocientos ochenta y seis.

—¿Sólo faltaron los catorce que yo maté?

—Esos únicamente. Ya todos allí se presentaron los que componen la junta y dió principio la sesión.

—¿De qué trataron?

—De la comunicación que han recibido de uno de los caudillos del pretendiente; de los medios que van á emplear para extender la logia por todo el país y de los nuevos estados que han de componer el reino de D. Juan.

—¿Es decir que van á regalarle la mitad al pretendiente y la otra mitad á don Juan?

—Para el último reservan la mayor parte.

—¿De qué se ocuparon luego?

—De vos.

—Terribles estarían conmigo.

—Sí, señor, decretaron vuestra muerte por unanimidad, pasando todos vuestros bienes á los pocos Castros que quedan.

—La propuesta no daría lugar á discusión.

—Sólo fué origen de aplausos.

—¿Cuándo y cómo me van á matar?

—De eso no pueden entender otros que los de la junta directiva, si bien ayudarán los quinientos en el momento dado.

—Trabajo les ha de costar por vida mía.

—¡Guardaos, señor, que son muy malos!

—Ya los voy conociendo. ¿Trataron de algo más?

—De mí.

—¿Os denunciaron?

—Sí, señor.

—¿Qué os sucedió?

—Sufrí un largo interrogatorio, sobre lo que antes referí á alguno de mis compañeros; y bien sabe Dios que hubo momentos en que juzgué no tornar á veros. Ya no eran mis hijos, cuya suerte tengo asegurada con vuestra protección, era la idea de perecer sin contemplar otra vez esa noble faz, lo que me hacía temer la muerte. ¡Ay! cuánto padecí ante aquel cúmulo de preguntas hábiles, capaces de confundir al más diestro. En trance tan apurado alcé los ojos al Cielo, rogué á Dios y me oyó, que su infinita piedad jamás se pide vanamente. Salí bien del interrogatorio, se levantó la sesión y haciendo uso de mi derecho me acerqué al libro de actas y copié lo escrito sobre el torneo donde están los detalles que deseáis.

—Pardiez, Borja, que os portasteis mejor aún de lo que yo esperaba.

—Sí; mas es el caso, que al salir fui detenido por dos individuos de la junta, que me examinaron nuevamente sobre los motivos que tuvo para copiar el acta.

—¿Os quitaron el escrito?

—No, señor, pues les dije que ausente de la Corte varios días quería enterarme de lo acordado durante mi viaje para ayudarles con celo y completo conocimiento de causa; y se dieron por satisfechos si bien creo que dudaban de mí.

—¿En qué os fundáis?

—En que me han seguido; mas yo lo noté y en vez de venir aquí entré en mi casa, saliendo media hora después.

—¿Y no os espionaron luego?

—Al principio juzgué que sí; y sacando mi acero continué con ánimo de abrimme paso á estocadas, toda vez que ya tenía lo que necesitabais; mas no volví á ver á nadie.

—Bien, Borja, dadme esa copia.

—Hela aquí, gran señor; si con ella puedo complaceros seré mil veces dichoso.

Lara cogió el escrito y lo leyó dos veces, brillando en sus ojos la alegría. Después lo guardó y mirando con interés á Borja, le dijo:

—Estoy satisfecho de vos; suceda lo que quiera nada temed por la suerte de vuestros hijos. Concluyamos, que ya es hora de descansar: ¿recordáis algo más que pueda interesarme?

Borja meditó, contestándole seguidamente:

—Sí, tenéis razón; saben que treinta y nueve de los cuarenta bandidos están en poder de D. Sancho y piensan facilitarles la fuga.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Nada más recordáis?

—No, señor.

—Borja, prescindo de vos cerca de esos malvados, pues estoy seguro que os espían y no quiero que os asesinen. Marchaos á vuestra casa, encerraos y que no os vean. El lunes nadie os molestará ya, venid aquí y os daré alguna ocupación.

El exbandolero demostró su agradecimiento al noble señor á quien tanto debía, partiendo con ánimo de cumplir el prudente encargo que le acababa de dar.

Cuando la Lara se halló solo exclamó:

—¡Alí!

—¿Señor?—le contestó el leal africano.

—¿Dónde estabas?

—Detrás de tu sillón.

—¿Durmiendo?

—No; cumplía la voluntad de mi señora la Condesa.

—¡Es decir, que escuchabas!

—Todo lo que habéis hablado.

—¿Ves, noble Alí, el estado en que hallo mi patria al regresar del privilegiado suelo que regó la preciosa sangre del sublime Hijo de Dios? ¿No te asusta, como á mí, la maldad de tantos hombres que aun se atreven á apellidarse nobles?

—No, amo mío, los malévolos existen en todas las clases de la sociedad, con la sola diferencia de que el rico en oro, ó en talento, está en posición de ser más perverso que el pobre de entendimiento ó dinero. Siempre ha sido lo mismo, señor; no tened D. Sancho ni tú, tan tiernos vuestros corazones, y con muchos verdugos y pocos perdones...

—¡Alí, todo es cierto, mas es tan amargo contemplar el cuadro que ofrece una sociedad minada por asesinos, hipócritas y villanos! ¡Duele tanto matar con la pluma! ¡Oh, cada vez que me veo obligado á firmar una sentencia de muerte, siento un malestar que me dura mucho tiempo y que me atormenta bastante! ¡Cuándo dejaré de ver tan terribles cuadros.

—Cuando te encierres entre los montañeses del Saucejo.

—Pues no he de tardar, Alí, que el ambiente de la corte me fatiga y molesta.

En este instante fueron interrumpidos por la robusta voz de un arquero que gritó:

—¡Alerta!

—¡Alerta! ¡Alerta!—repitieron veinte centinelas más situados sobre los muros del alcázar. A la vez se oyó el ruido de armas y el producido por la carrera de caballeros y soldados que, presurosos, se dirigían á la parte exterior del edificio.

—Señor—exclamó Alí—¿corro á enterarme?...

—No—le contestó con tranquilidad el Temerario.—Pronto nos dirán qué motiva esa alarma; infiero que no ha de ser nada.

—¡Tienes tantos enemigos y abrigan tan perversa intención!...

—¡Son tan cobardes, Alí, que no se

atreverán á llegar á las murallas que nos rodean! Gente que maneja el puñal, jamás se ejercitó con la espada, la lanza, la maza, el hacha, ni aun el arco del infeliz ballestero.

—Creo lo mismo que tú, amo mío, y confieso que me alarmé indebidamente; los que no se atreven contigo al aire libre, no es posible que intenten nada á la parte adentro de esos muros.

Al concluir Alí, penetró Rodrigo, quedando parado frente á su señor.

—¿Por qué corren mis vasallos?—le preguntó Pedro.

—Hace poco salió del palacio, por la puerta excusada, un caballero que acababa de hablar con vos, el cual fué acometido, á los pocos pasos que dió, por dos asesinos que ocultos debajo de las murallas, le estaban sin duda esperando. Hizo la casualidad, que antes de salir el caballero, distinguiera un soldado el grupo que formaban los dos sicarios; y dando parte al jefe de la guardia, dispuso que fuesen observados por seis diestros ballesteros. Así es, que al ver la cobarde acometida dispararon sus flechas, derribando en tierra á los asesinos. Van enmascarados y han de pertenecer á los *quinientos*; uno de ellos se mueve sobre su sangre y pide auxilio.

—¿No se defendía el caballero que salía de aquí?

—Creo que no le dieron tiempo.

—¿Murió?

—Lo ignora.

—Que bajen seis criados, recojan á los tres y los entren en la enfermería; que avisen á la vez al mago y cuando estén los cuatro, volved á noticiármelo.

Salió el mayordomo y regresando al poco tiempo, le dijo á su amo:

—Señor, vuestras órdenes quedan cumplidas. Ninguno de los tres ha muerto.

Lara bajó inmediatamente y estrechando la mano de Borja, dispuso que fuesen reconocidos por el mago los tres heridos. Cuando el sabio árabe hubo terminado se separó de allí con Pedro, y le dijo:

—Gran señor, uno de esos caballeros tiene la herida en el hombro derecho y no ofrece gran cuidado; los otros dos

las recibieron en el pecho y aún conservan clavados en él los dardos que las motivaron. De la cura de estos dos últimos no puedo responder.

—Mago—le contestó Pedro—disponed que sea trasladado á vuestra habitación ese caballero que recibió la puñalada en el hombro, curándole lo antes posible. Después atendéis á los otros dos, dejándolos en este mismo salón.

—Era preciso—se atrevió á replicar el mago—empezar por extraer los dardos...

—Anciano, obedeced y callad.

Luego se dirigió á uno de los caballeros de su casa y les mandó que arrancase las máscaras á los asesinos y les quitasen los documentos que guardarán.

Concluida esta operación resultó que los heridos no llevaban más escritos que los dos pergaminos sujetos á los puñales, en los cuales se veía escrito el consabido letrero de «muere á manos de los *quinientos*». Interrogados posteriormente por Lara, declararon pertenecer efectivamente á la logia.

El Conde se retiró á su despacho, y llamando al jefe de las fuerzas que custodiaban su alcázar, le dijo:

—El consejo sentenció á muerte á los treinta y nueve bandoleros cogidos por mí, y aun cuando no debieran expirar hasta pasado mañana, yo, como justicia mayor del reino, con amplios poderes de S. A., he resuelto otra cosa. Tomad, en este pergamino lleváis una orden que cumpliréis inmediatamente; á la vez ejecutad lo que os prevengo en este escrito. Podéis disponer de toda la fuerza que hay en el alcázar; vuestra cabeza me responde del puntual y exacto desempeño de lo que os encargo en esos documentos. Nadie se atreverá con los vasallos del conde de Lara; pero si algunos lo intentaran, contad el número de ellos después que hayáis dado fin de todos. Partid al instante.

Pedro dictó algunas órdenes más, se dejó desnudar por Alí y buscó el lecho, dolorida su alma y angustiado el corazón, recordando los males que afligían á su desgraciada patria.

Noble, valiente, justiciero y á la vez generoso y caritativo, se condolía amargamente de que hubiese en el suelo donde nació hombres tan perversos y de índole tan infame. Mucho sentía tener que aplicar el riguroso bando redactado por él; pero convencido de la imperiosa necesidad de poner un fuerte correctivo á los males que miraba doquier, meditó largo rato en el lecho donde se hallaba, exclamando por fin:

—¡Que mueran, sí; duro es, mas no hay otro remedio; primero que se vierta la sangre de un inocente debe correr la de todos ellos! ¡la de todos!... ¡la de todos!...

Y se quedó dormido. Allí lo vió y escuchando sus últimas frases, dijo para sí, oprimiendo los puños:

—¡La de todos, sí! Gracias á Dios que tu noble corazón va comprendiendo que era vicioso el extremo de hidalguía en que se encerraba! Mueran todos, sí; primero que toquen el regatón de tu lanza, caigan uno á uno ó cien á cien esos hijos de Satanás. ¡Oh! ¡como haya lucha y yo me halle cerca, por María y la Cruz que he de dar fin de la mitad; y aun cuando me grites: «¡alto, Allí, alto!», yo diré: «¡muere, infame, muere!» ¡Con el ruido de mis golpes no oiré tu acento; te volveré la espalda y contaré los que queden vivos cuando sean buenos

todos los que estén de pie, que es harto penoso contemplar tanta maldad, muy duro vivir como nosotros y bastante molesto hallarse separados del ángel á quien tanto amamos! Interin, durmamos, negro; recuéstate aquí, á los pies de tu noble señor, con el cuerpo descansando sobre este mullido lecho de alfombra y

la mano sobre la maza de hierro, que aun cuando nada aquí nos amenaza, no creo inconveniente estar acompañado de una esposa que tiene mi mismo color y casi tan buen temple como mi alma. Ahora soñemos durante este corto período de calma, que la tormenta se acerca y acaso nos falte tiempo para dormir. ¡El sueño es efectivamente dul-



...y apareció la figura del caballero de la cruz roja.

ce...! va poco á poco enervándonos y en agradable sosiego paraliza nuestras facultades y... y se duerme. ¡Necio de mí, que intentaba imitar á los magos, con reflexiones vedadas á los que, como yo, les enseñaron tan poco!... ¡Qué sueño tan apacible!... ¡tan agra... agradable!...

Tres minutos después amo y criado reposaban.

Al poco tiempo se abrió la puerta de la alcoba y apareció la figura del caballero de la cruz roja; miró con mucho interés á Lara, con bondad al africano, y llegó á sus labios una sonrisa mezclada de placer y de tristeza. Luego se inclinó, y sin hacer ruido alguno fué á coger la maza que sujetaba el negro, mas éste abrió los ojos y muy quedo le dijo:

—Me despierta el aire, me desvela el amor que tengo á mis amos, y si no fueras tú quien eres, el haber llegado hasta aquí te habría costado ya la vida.

—¿Dormías?—le preguntó el encubierto, tan quedo que sólo Alí hubiera podido oírlo.

—Sí.

El jefe zegrí le alargó una mano, que el africano besó, se fijó nuevamente en el Temerario, inclinó la cabeza con sentimiento y se retiró, exclamando:

—¡Dormid, dormid; yo velaré por todos!

Y desapareció, dejando cerrada la puerta de la alcoba.

CAPITULO XV

Los ajusticiados.—Regia visita.
Reconocimiento

A las diez de la mañana se levantó el conde de Lara, salió á uno de los salones de su alcázar, y desde un balcón miró hacia la gran plaza que tenía delante. Cuarenta y un cadáveres contempló, sujetos todavía al patíbulo donde perecieron. Eran los treinta y nueve bandidos que ya conocemos y los dos sicarios que hirieron á Borja la noche anterior. Fijo al mismo cadalso había un cartel en el cual se leía:

«¡Murieron á manos de la justicia, fueron grandes criminales, y pertenecían á los *quinientos*. Rogad á Dios por sus almas!»

El patíbulo estaba guardado por veinte hombres de armas de la casa de Lara; y un numeroso pueblo contemplaba á las víctimas con temor y sobresalto. No faltó, sin embargo, un atrevido que osó exclamar:

—Si el Temerario principió, pronto concluirá; que es apuesto caudillo y tan acabado su valor, que nada dejará por hacer; á los cuarenta y uno seguirán los cuatrocientos y pico. ¡Oh! Muchos racimos como esos nos quedan que ver en idéntica parra.

Varios de la multitud miraron al que de tal modo se expresaba; pero ninguno se atrevió á replicar nada; todos, no obstante, aplaudieron interiormente las frases que acababan de oír.

Poco después se presentaron dos briosos guerreros, cubiertos de acero desde la cabeza á los pies, se abrieron paso por entre aquella masa compacta de curiosos, y quedaron frente al patíbulo mirando á los ahorcados y particularmente á los cadáveres de los dos que hirieron á Borja. No llevaban insignia alguna que los diera á conocer, demostrando uno de ellos tanta arrogancia y altanería, que hubo de atraer sobre sí las miradas de cuantos se hallaban en la plaza. Luego se dirigieron al palacio del Conde, solicitaron entrar, y franqueado el paso, subieron aceleradamente por la escalera principal. Uno de los dos se quedó en el salón inmediato, mientras el otro, penetrando en el despacho de Lara, cerró la puerta y se alzó la celada.

Era el rey D. Sancho IV, que se dignaba visitar á su amigo el conde de Lara.

Ambos se estrecharon cordialmente, tomaron asiento, exclamando el monarca:

—¡Tranquilo y sosegado encuentro á mi justicia mayor!

—Más honrado me veis todavía, señor; que la merced de oiros en estos salones no tiene igual en el mundo.

—Mucho me holgara repetirla continuamente, que eso y más merece el dueño; pero quisiera no llegar tan afanoso y enojado.

—¿Os dí motivo?

—Para honraros y distingueros únicamente; que sois tan bueno, leal y valiente que nadie se os antepone. Otros, Conde amigo, causan mis enfados.

—¡Malvados, señor, que pienso confundir!

—Si antes ellos no logran hacerlo con nosotros.

—¡Primero séalo yo y todos los míos! Que gran falta hacéis al misero pueblo que os obedece.

—Tanta por lo menos me hacéis vos á mí; y ruego á Dios por eso que no os deje confundir. ¿Quién os ha dibujado el cuadro que ostenta vuestra plaza?

—El verdugo, señor.

—Creo que algo le falta.

—Tenéis razón; por lo menos cuatrocientas noventa y ocho pinceladas como esas cuarenta y una.

—¿Qué os proponéis con exponerlo al público?

—Que vean nuestros contrarios de qué modo recogemos el guante que nos han arrojado.

—¿Los conocéis ya?

—Á todos, señor.

—Entonces, ¿cómo no os concluyeron el cuadro?

—Es muy grande y ha de terminarse de otro modo.

—¿No os atormentan las víctimas que se miran doquier á manos de los *quinientos*?

—Mucho.

—¿Y tardáis en evitarlo?

—Sí.

—¿Qué ignoráis?

—Nada.

—¿Penetrasteis todos sus secretos?

—Todos.

—¿Qué os detiene?

—Un imposible.

—Vuestros montañeses hacen milagros.

—Están muy lejos.

—¿Por qué no vinieron con vos?

—Porque van á pintar otro cuadro.

—¿Adónde?

—A la raya de Aragón.

—Entonces, ¿quién concluye este?

—El ejecutor ó mis soldados de Sevilla.

—¿Sólo esos?

—Y el justicia mayor.

—¿Serán bastantes?

—Pienso que sí.

—Vais á tardar mucho, Lara, y seguirá corriendo la sangre inocente.

—Tengo más prisa que vos, D. Sancho; que me falta el ángel que mitiga mis pesares y no puedo ir á su lado hasta ver terminados los dos cuadros.

—¿Habéis salido de vuestro palacio?

—Estuve hasta en el vuestro.

—¿Visteis los enmascarados?

—Sí, señor; hablé con ellos.

—¿Y á sus víctimas?

—A mis pies cayeron.

—¿No os dió pena?

—Partióseme el corazón.

—¿Qué hicisteis, Conde?

—Dejar huir á los asesinos.

—¿Quién era el desgraciado?

—Un mayordomo de V. A.

—¡Mi leal Macías! ¡Sí, ayer lo asesinaron! ¿Qué vais á hacer?

—Esperar.

—¿Y yo?

—Dormir tranquilo, que vela por vos el conde de Lara.

—¿Os descubrió el secreto de los *quinientos* el caballero de la cruz roja?

—No tengo el honor de conocerle. Lo sé todo por el número 90.

—¡Luego estáis en relaciones con uno de ellos!

—¿Qué os admira?

—¡Lo conocéis; penetrasteis sus secretos; tenéis en Sevilla ocho mil vasallos míos y ochocientos vuestros, y viven esos hombres! Lara, ¿qué pensáis?

—Hay entre ellos, gran señor, un infante, el segundo grande del reino y algunos otros allegados á V. A.

—Conde, basta ya de misericordia; mueran todos. ¿No escucháis los lamentos de las familias de treinta víctimas que llevan inmoladas en cuatro días? ¿No oís las quejas y suspiros de mi pueblo? ¿No atendéis los ayes de la gente honrada? Pues todos se dirigen á mí; su lastimero acento llega á mi trono y me pide justicia, protección, amparo. Lara, amigo mío, no vaciléis; yo penetraré con vos en medio de esos traidores, y basta y sobra con los dos para acabar con los *quinientos*; perezcan esta noche, ahora mismo, si es posible.

—¡Me place oiros, señor; vuestro ardimiento vale tanto como el cetro que os otorgó la Providencia; y esa impacien-

cia que os agita y molesta, nacida en el más fuerte é hidalgo corazón, no tiene precio! Por María y la Cruz, que admiro más-ese santo enojo que la regia herencia que os legó el anciano Alonso, gracias á la firma puesta con la punta de vuestra espada en su sabio testamento.

—Corramos, Conde; la justicia nos impele, el deber nos llama y el país nos mira.

—Mañana, señor, mañana; hoy es pronto.

—Vuestra calma me asusta, Pedro el Temerario.

—Detrás de la calma aparece la tormenta.

—Acabe la primera y vea yo la segunda.

—Mañana, señor, mañana.

—¿Teméis á esos cobardes?

—Mucho; me asusta la idea de que pueda escapárseme uno sólo.

—¿Por eso tardáis?

—Y por otras cosas que no adivina vuestra lumimosa razón ofuscada por la impaciencia.

—¡Oh! ¡Me atormenta vuestra sangre fría! Hablad, Conde, y al menos convencdme.

—¿Tenéis confianza en mí?

—Absoluta.

—¿Me concedéis la dirección de esa cacería de tigres?

—Sí, con mis ocho mil soldados.

—Esos no los necesito. ¿Me dais palabra de tener paciencia algunas horas más?

—¿Y si al salir de aquí hallo, como al venir, enmascarados que hieren, y víctimas que ruedan?

—Volved la vista al cuadro que presenta esa plaza.

—¿No hay remedio?

—No.

—Hablad, amigo mío, de vos no se puede dudar.

—Tornad á palacio y hasta la hora del torneo no permitid que os nombren á los *quinientos*; ni nada que tenga relación con ellos. Cuando llegue ese instante, en unión de vuestra esposa é hijos y seguido de vuestra comitiva llegad al circo, sentaos en vuestro palco y esperad. Será

muy conveniente que no os acompañe otra escolta que la puramente indispensable, la cual deberá situarse con vuestra comitiva, detrás de VV. AA.; delante, ó sea en la grada, bastan con dos heraldos y cuatro pajes. Y aun creo sería oportuno que de los ocho mil hombres que tenéis en Sevilla saliesen siete mil lo antes posible; con mil hay sobrados para la custodia del alcázar y de la ciudad.

—¿Adónde los mando?

—Todos creen en Sevilla que yo camino en estos momentos hacia Aragón; que corra la voz de que van en mi ayuda; pueden acampar á una legua de aquí y esperar allí vuestras órdenes.

—Conde, los *quinientos* disponen de vasallos y servidores que multiplicarán considerablemente el número de sus amos.

—Ciertamente; juzgo que entre todos compondrán de seis á ocho mil hombres.

—Si salen mis soldados, sólo reuniremos entre los dos, mil ochocientos.

—Creo, gran señor, que sobran la mitad por lo menos. Ese sería mi deseo; que los ocho mil me llamasen al campo, ó aun cuando fuese á las calles de Sevilla; pero no saldrán; ya sabe V. A. que el hombre de puñal no entiende el manejo de la espada.

—La acción se presenta tan temeraria como todas la vuestras.

—¿No me preguntaba V. A. que si les tenía miedo?

—Sí, Lara; quise encenderos esa helada sangre que tenéis hoy; mas no lo conseguí.

—Paciencia, señor, paciencia, y esperad hasta mañana.

—Aguardaré, D. Pedro; y si queréis que ambos nos quedemos solos contra todos ellos, sea así, que nada me asusta ni intimida; pero que vuelva yo á ver ese rostro encendido como ante los muros de Córdoba; altivo como delante de vuestros enemigos musulmanes; y fiero, enérgico y terrible, como el día que me salvasteis la vida. Desechad, por Dios, ese hielo que me mata.

Pedro sonrió, bajó la cabeza y fué alzándola poco á poco, mientras que su

mirada iba por instantes adquiriendo un fuego irresistible; luego se fijó en el valeroso Monarca, diciéndole:

—¿Hielo suponéis que tiene mi sangre?... ¿Hielo, gran señor? ¡Y me abraza, me consume el fuego que circula por mis venas! ¡Hielo, madre de Dios! ¡Y me siento morir de ira, despecho é impaciencia! ¡Qué más quisiera yo que verme encastillado con esos quinientos tigres, solo y con mi maza de hierro! ¡Reunidos, señor; reunidos y encerradme con ellos: os daría mi vida y cuanto tengo si consiguierais hacerme tal merced! Cada gota de sangre que se derrama de esas infelices víctimas, cada ¡ay! que se pierde en el espacio sin hallar amparo ni protección, cada instante que pasa, son otras tantas puñaladas que se clavan en mi corazón, destrozan mi alma y aniquilan mi espíritu. ¿Porqué he abandonado á mi esposa, á mis padres, á mi querido Márcia, y he corrido aquí, acompañado sólo de un negro, expuesto á morir mil veces, sin verlos, sin poder estrechar una de sus manos? ¿Creéis, por ventura, que he venido á estar tranquilo en mi palacio, helada la sangre y contemplando sólo el inanimado retrato de la mujer más valiente y hermosa que existe en la tierra?

—Lara, amigo mío—exclamó el Rey levantándose y echándole los brazos al cuello—no me ofende la reconvención que encierran vuestras palabras, porque quería miraros así, terrible, imponente, fiero. Veo, Conde, que pensáis como yo, que guardáis la piedad para otros menos malvados, y me retiro gozoso, con la idea de lo que vais á hacer. Hasta mañana, Justicia mayor.

—Quieto en vuestro palco, señor; el Rey gobierna, sus vasallos se batien.

—Duro es es el axioma, mas lo impone el deber y me resigno. Tengo, Lara, la lista de los vivos; mañana comeremos juntos, llevadme la de los muertos y confrontaremos...

—Entre los anotados por el Rey está D. Juan...

—Sí; que vaya también entre los que apunte Lara. ¡El cielo os conserve ese brío que os envidia un monarca!

—¡Dios os detenga sobre el sillón del palco!

—Hasta mañana.

—¿Me permitís que os acompañe hasta la plaza?

—No, que os pueden reconocer. Volved á sentar y hasta mañana.

—Hasta mañana.

Lara se dejó caer sobre un sillón. mientras el Rey bajándose la celada, echó á andar, exclamando:

—¡Guzmán, á palacio!

—Os sigo, señor.

Y uniéndose, partieron de allí del mismo modo que entraron. La multitud continuaba obstruyendo el paso de la plaza y calles circunvecinas; pero al ver salir del alcázar de Lara á los dos caballeros, se apiñaron, abriéndoles calle y mirándolos con interés.

Sevilla permanecía tranquila; mas en los semblantes de sus hijos, en sus breves y entrecortadas frases, en el misterio y recato con que se comunicaban sus ideas se veía el anuncio de la tormenta que amenazaba estallar. De vez en cuando aparecían algunos enmascarados, á los cuales miraban con temor, sobresalto y enojo; y los más, encerrados en sus viviendas, comentaban la noticia, que algún atrevido les llevó, sobre el cuadro que presentaba la plaza del conde de Lara. No obstante la incomunicación á que gustosos se condenaban, el retiro doméstico en que vivían, y la seguridad que les ofrecía su propia morada, se expresaban muy quedo, temerosos al parecer, de ser escuchados por los *quinientos*. «La sociedad está minada—repetían sin cesar;—por todas partes nos cerca la muerte, y si el conde de Lara no llega pronto, darán fin de nosotros.» Y ante estas reflexiones, palidecía el esposo, temblaba la casada, mientras los hijos se arremolinaban en torno de los padres.

Tal era el desarrollo que tuvieron durante un corto período del reinado de D. Sancho, la torpe ambición y la maldad de aquellos hombres sin patria, sin corazón ni humanos sentimientos. Es probable que algunas logias italianas estudiasen muchos años después los he-

chos de estos perversos para imitarlos y estremecer al mundo con el relato de ellos, puestos nuevamente en práctica, según nos cuenta la historia de Venecia y de algunos otros reinos de ese pueblo que un día formó el primer imperio del orbe.

De este modo transcurrió el día. Lara entonces pidió á su negro dos caretas, se enmascararon ambos, é imitando á los

molestarlo; después observó unas cuantas casas cercanas al mismo y últimamente todos los buques anclados en aquella parte del río. El sitio donde se construía el cerco, era el llamado hoy las Delicias, el cual no tenía entonces la frondosa arboleda que motiva el poético nombre con que es conocido. Una inmensa llanura, algunas viviendas esparcidas aquí y allá, la margen izquierda

del Bétis, y á gran distancia las calles de la población; eso era todo lo que se veía en un paraje que hoy es verdaderamente delicioso.

Reconocido todo minuciosamente por el Temerario, iba ya á retirarse, seguido de Alí, cuando vió salir de una casa inmediata tres enmascarados como él, y acercándosele uno le preguntó:

—¿Qué número tenéis?

—Ninguno—le contestó el Conde con altanería.

En el mismo instante silbó otro de los encubiertos, y poco después salieron de la misma casa hasta doce de los mismos. Lara no se movió ni dió señales de sorpresa ni de temor. Alí, pegado á su señor guardaba la espalda de éste, desenvainando con mucho disimulo la formidable daga que escondía

debajo de su manto. Un momento más tarde, amo y criado se hallaban rodeados por quince asesinos. El primero que interrogó á Pedro volvió á preguntarle:

—¿Quiénes sois?

El Conde lanzó sobre él una mirada



—Guardaba mi daga, señor.

conspiradores se dirigieron á la orilla izquierda del Guadalquivir, donde concluían en aquel momento el palenque que debía encerrar á los asistentes al torneo. El Conde examinó detenidamente el circo, sin que nadie se atreviese á

desdenosa, preguntándole á su vez:

—¿Qué números tenéis vosotros?

El enmascarado dudó, después le dijo:

—Desde el 20 al 34.

—¿Cumplís vuestra misión, según se os ha ordenado?

—Sí.

—En ese caso mañana recibiréis la recompensa.

Y fué á partir, pero á la vez vió brillar quince puñales, oyendo otras tantas voces que exclamaron:

—¡Alto!

—¡Paso á dos individuos de la junta! —replicó Lara con calma y desdén.

Los puñales se escondieron descubriéndose á la vez todos los conspiradores.

—Señor—añadió el único que le había dirigido la palabra, —perdonad; no os habíamos conocido y...

—Entiendo, y me agrada veros tan valientes. ¿Habéis tomado esas viviendas?

—Todas están en nuestro poder. ¿Si gustáis pasar?...

—Gracias. Hasta mañana, *hidalgos*.

—¡Ay de nuestros contrarios!—exclamaron los quince.

—¡Ay de mis enemigos!—les contestó Pedro; le abrieron paso, siempre descubiertos, y desapareció.

—¿Qué haces, Alí?—preguntó al negro cuando estuvo á doscientas varas de los sicarios.

—Guardaba mi daga, señor.

—¿Pensabas atacar?

—Y matar á los quince.

—¿De qué manera?

—De un modo contrario á como tú lo hicistes con los catorce compañeros de esos villanos.

—¿Cómo lo verifiqué yo, y cómo lo ibas á practicar tú?

—Mi señor sólo movía la mano izquierda para detener los golpes y la derecha para darlos; imitando al león, que fuerte y poderoso, le basta alzar las garras para confundir á sus débiles enemigos. Yo, con menos fuerzas, pensaba asemejarme á la pantera, que salta, se revuelve y gira en torno, destruyendo á las fieras que intentan vanamente acorralarla.

—Mucho temí que descubriesen tu color y hubieran tenido que batirse la pantera y el león.

—Me miraron bien; mas mi careta, la gorra y el manto, burlaron la curiosidad de esas pobres gentes.

—¿Y si en vez de quince hubieran salido ciento, ó los quinientos y nos acometieran?

—¡La maga, señor, la maga correría en nuestro auxilio!

—Esa canalla, negro, ni teme á la nigromancia ni al demonio que los inspira.

—Corrido hubieran, ó muerto todos, que con la maga están los zegríes, con éstos y aquélla el de la cruz roja, y con él tu ángel bueno y el de todos nosotros.

—¡Misterios son esos, Alí, capaces de confundir la cabeza más privilegiada!

—Día llegará en que abierto el arcano, contemplarás la verdad, y tu generosa mano se fijará con cariño sobre el hijo del Desierto, como ya lo hizo en otras ocasiones.

Poco después dieron vista al palacio, penetrando en la gran plaza donde estuvieron los ajusticiados. Cerca de anochecer se llevaron éstos al cementerio, y ahora veinte carpinteros concluían de deshacer los cadalsos, y entre los soldados de Lara, miraban temerosos á varios enmascarados que veían en las calles circunvecinas. El Conde, cubriendo con su manto la mayor parte de la careta, se acercó al jefe que mandaba los veinte hombres que aun permanecían en la plaza, y le dijo:

—Con la fuerza que tenéis aquí ahuyentad á esos encubiertos que intentan espiar mi palacio. Si algunos os hicieran frente matadlos; si huyen, dejadlos correr. Desde aquí os observo.

Inmediatamente fué cumplida la orden de Pedro; mas al ver los asesinos que los soldados de Lara se dirigían hacia ellos, emprendieron una fuga precipitada.

Un cuarto de hora más tarde los carpinteros se habían retirado á sus talleres, el Conde y la tropa estaban dentro del alcázar, los enmascarados no osaban aproximarse á las calles circunvecinas,

y en la gran plaza donde tuvo lugar la ejecución reinaba un profundo silencio que nadie se atrevía á interrumpir. La Luna, á pesar de su completa redondez, se hallaba cubierta por negros nubarrones que presagiaban una próxima tormenta. Soplabla el fuerte vendaval, los maderos crujían y los árboles inclinaban sus copas ante aquel invisible y poderoso rey del éter. De vez en cuando brillaba el fugaz relámpago, haciendo con su claridad más negras las nubes, más triste el espacio y más espantosa la noche. La Naturaleza imitaba á los *quinientos*; ambos preparaban la revolución, la una en la atmósfera y los otros en el suelo de Sevilla. La mayor parte de los buenos temblaban; mientras los malos suponían que el aire, los truenos, los rayos y la tormenta en fin, les auguraban buen éxito en la inicua jornada que cautelosamente estaban disponiendo.

El corazón humano ha sido siempre el mismo; desde Caín hasta nuestros días no hay período corto ni largo que deje de presentar hombres impelidos por pasiones bastardas, perversos, criminales y ahijados de Satanás que, sin patria, religión, ni afecciones corren en pos del delito sin otra idea que la del mal, con el cual consiguen connaturalizarse. Con más ó menos hipocresía, recato ó astucia, pero con la misma dañina intención, encono y maldad, siempre hubo malévolos que conmovieran la sociedad, minaran sus cimientos y ansiaran empujarla al caos. Sobre la ruinas del palacio de la virtud, ha intentado continuamente el vicio levantar su castillo. ¡Ay de los obreros que pretendieron y pretenden construir el último! Su alcázar estará en el aire dispuesto á confundir entre sus escombros á los mismos que lo formaron. La Providencia, protectora de la virtud, sostendrá siempre con su inmenso é inatacable poder el palacio que la cobija; encerraos en éste y no temáis que el pico del obrero del vicio consiga minar sus cimientos.

CAPÍTULO XVI

Los tres barcos genoveses.—El torneo.—

La muerte.—Fuga precipitada

El conde de Lara penetró en su morada, mandó formar á sus vasallos y les pasó una escrupulosa revista. Luego se encerró con todos los caballeros de su casa, les dió varias instrucciones, y cuando hubieron comprendido perfectamente la idea que el Temerario intentaba realizar, se retiraron de allí, enteraron á los soldados de lo que á ellos correspondía practicar y esperaron á que fuese cerca de la media noche. Interin llegaba este momento salieron cuatro jefes, llevando ocultos sus trajes de guerra con un disfraz, reconocieron el muelle, hablaron con los patronos de los tres buques mayores que se hallaban en el puerto, éstos levaron anclas, dirigiéndose acto continuo como á Sanlúcar; tres de los caballeros de Lara quedaron repartidos en los barcos, mientras el cuarto volvió al palacio observando las calles por donde pasaba y muy particularmente los alrededores de la plaza y alcázar del Conde.

En estos momentos silbaba con más fuerza el vendaval, los truenos se sucedían con muy pocos intervalos, caía el agua á torrentes, reinando una profunda oscuridad, herida de instante en instante por la rojiza luz del relámpago.

Calado, pero atrevido y brioso, llegó al palacio el cuarto caballero de los que fueron al muelle y entrando en la cámara en donde estaba su jefe, le dijo:

—Señor, tres grandes buques genoveses se dirigen al punto convenido; los patronos aceptaron gustosos la proposición sin cuidarse de otra cosa que de coger el oro ofrecido. Mis compañeros se han quedado cada uno en un barco y en este instante nos aguardan ya. La noche, gran señor, favorece vuestro intento: el agua que cae, la oscuridad y el espantoso ruido del trueno y del huracán, ocultando á vuestros vasallos, no permitirán se sienta el choque de sus pisadas. Opino porque no se pierda un instante.

—Salid inmediatamente; mas no por eso dejéis de ser precavidos... y leales.

—Fiad en nosotros, noble y poderoso señor; en vuestra casa no hay un solo traidor ni un hombre que tema morir por vos.

—Eso mismo creo, amigo mío; por esta razón os dejo solos, os confío la salvación de la patria y espero que ahora como antes seguiréis haciéndoos dignos de la admiración de propios y de extraños. No perdáis tiempo, estrechad mi mano y partid.

—Gracias, generoso Conde; vuestros vasallos cumplirán en esta solemne ocasión como buenos y leales, que de ello hartas pruebas os tienen dadas.

—El Rey os mira, la nación os contempla.

—Uno y otra dirán mañana que los hijos son dignos de su inimitable padre.

—Hijos, vuestro padre soy, y la madre común, la patria, nos espera; corred, y sea nuestro lema: vencer ó morir.

—Lo primero, señor, lo primero; mañana lo veréis.

Salió el caballero, y el Conde seguido de Alí, abrió un balcón, y á pesar del diluvio que regaba la tierra, permaneció cerca de un cuarto de hora apoyado en el quicio. Después oyó un ruido que apagó un trueno, y á la luz de otro relámpago distinguió á sus vasallos que salían de cuatro en cuatro, y por diferentes calles se dirigían fuera de Sevilla; pero encaminándose unos y otros hacia la izquierda.

La noche continuaba cada vez más terrible; Lara sonrió mirando el estado de la atmósfera, y le dijo á Alí:

—Las buenas causas tienen muchos defensores; hasta los elementos (1) favorecen la nuestra, negro.

—¡Terrible noche, señor!

—Magnífica, Alí, no cabe mejor. ¿Te asustan esos truenos?

El negro enseñó sus dos filas de nacarados dientes, brilló la risa en sus labios de azabache, y le contestó:

—En el desierto de Sahara dormía muchas veces arrullado por los bramidos de la tempestad, los silbidos de los huracanes y el rugido de las fieras. La tierra formaba mi lecho, las piedras mis almohadas y las nubes mis sábanas.

—¡Pobre Alí, cuán mísero naciste, y cuán fuerte te hizo la Providencia! Sepamos si nos asusta la tormenta; traéme un jaique, mi bastón-lanza, y partamos.

—¿Tampoco á ti te impone ese temporal?

—Yo también dormí á la intemperie, frente al enemigo y arrullado por los truenos, el zumbido de los aquilones y el alerta de mis montañeses.

—¡Válgame Dios! ¡Qué poderoso te hizo la Providencia, y qué espléndido fuiste con el oro, la tranquilidad, el reposo y los botes de lanza.

—Al muelle, Alí, al muelle.

—Tu jaique, el mío, armas... Al puerto, señor, al puerto.

De cuantos vasallos tenía Lara, sólo quedaron veinte centinelas al mando de Rodrigo; los restantes todos habían partido.

El Conde y su negro se retiraron del balcón, y cubriendo sus cuerpos con jaiques musulmanes, salieron por la puerta de hierro. Casi á tientas y sin hallar á nadie llegaron al muelle, subieron en la primer lancha que distinguieron á la luz de un relámpago, cogió Alí los remos, y se encaminaron frente al circo donde debía efectuarse el torneo. Poco después que ellos, se acercaron al mismo sitio tres buques genoveses, que venían en dirección contraria, anelaron, situándose lo más cerca posible de la orilla izquierda, y quedaron cual mudas fantasmáticas.

El Conde y su criado observaron á corta distancia y á la luz de los relámpagos, la operación practicada de recoger velas, notando que los tripulantes fueron desapareciendo poco á poco hasta

(1) Hoy la ciencia sólo llama elemento á todo principio físico que entra en la composición de un cuerpo, sirviéndole de base; y á cada una de las sustancias simples que, combinadas unas con otras, forman un cuerpo compuesto; pero en aquella época se tenía por elementos al agua, al viento y demás agentes que concurren á formar una tempestad.

que no quedó uno sobre cubierta. Luego distinguieron en la popa de cada barco un hombre que, con el mismo traje que ellos llevaban y los brazos cruzados, miraban hacia el palenque, sin moverse y cual si fueran de piedra. Ni una sola voz, ruido ni nada extraño percibieron que pudiera excitar sospechas ó llamar la atención del más escrupuloso observador.

El trueno continuaba sonando, los aquilones acrecían, el torbellino se dejaba ver y caía el agua como si se hubiesen abierto las cataratas del Firmamento. La revolución atmosférica descargaba sus rudos golpes con una intensidad terrible; á negros nubarrones sucedían otros más grandes y más cargados, y juguetes del fuerte huracán, iban, venían, se arremolinaban, chocaban unos con otros y á la vez, arrojaban sobre Sevilla una cantidad de agua que convertía sus calles en acequias y las plazas en extensas lagunas.

En lucha continuada la corriente del río con la marea, que desde la entrada de Sanlúcar llegaba hasta allí, columpiaban dulcemente la débil barca donde Pedro el Temerario en indolente postura recibía sin disgusto el molesto baño con que le obsequiaba la tormenta. Con la misma calma y sangre fría escuchaba el horripilante trueno y miraba en lontananza el surco de la centella, señalado por fuego eléctrico. Su altiva mirada corría de un lado para otro aprovechando la efímera existencia del relámpago para fijarse en aquellos tres buques que tan cerca tenía; mas su curiosidad quedaba burlada ante el prolongado silencio de pasajeros y tripulantes y la perpetua inmovilidad de los tres hombres que sobre la popa del buque daban frente al circo recién construído.

Cansado el Conde de no ver ni escuchar nada, dispuso que la nave se acercase al primer barco genovés por la parte donde estaba la cadena del ancla que era la más baja: ya allí, dió un saltó, se agarró al borde del buque y trepó á cubierta, sin hacer ruido alguno; después anduvo algunos pasos y se situó á espaldas del frío vigilante; brilló un re-

lámpago, lo reconoció, y acercándose hasta juntarse con él, le dijo:

—Muy bien; me agrada ese silencio y actitud de mis vasallos.

El interpelado retrocedió asombrado, mas conociendo al Conde, le contestó:

—Señor, ¿habéis venido en alguna nube?

—Poco menos; la oscuridad que reina es del mismo color que esos negros nubarrones. ¿Dónde están mis soldados?

—En las cámaras y bodegas de los buques.

—¿No permitís que desembarque ningún tripulante?

—No, señor.

—¿Y si alguno bajase como yo he subido?

—Difícil es, gran señor; que les falta vuestra estatura y una lancha como la que vos tendréis.

—Tanto como á los de fuera conviene observar á los de dentro.

—Así lo haremos, señor Conde.

—¿No hallasteis en el camino nada que llamase vuestra atención?

—Nada absolutamente.

—Hasta mañana, valiente Jacobo.

Y Lara bajó á las cámaras, luego á las bodegas, y de este modo fué reconociendo uno por uno los tres buques anclados. Sus ochocientos vasallos próximamente, se encontraban escondidos, apiñados, silenciosos, perfectamente armados y ansiando que llegase el día y su amado y temerario jefe les mandase salir de tan pequeñas habitaciones para el número de hombres que estaban allí reunidos. Pedro elogió la actitud de aquellos valientes y leales soldados, se despidió de ellos, y volviendo á bajar á su lancha, tornó al muelle, saltó en tierra, y seguido del negro se encaminó nuevamente á su alcázar.

A nadie encontraron amo y criado en las calles de la ciudad; bien es verdad que la noche no se prestaba á otra cosa que á permanecer escondido desde el más atrevido al más cobarde en el último rincón del hogar doméstico. El Conde llegó á su palacio é inmediatamente le desnudaron y buscó el lecho, donde al poco tiempo se quedó profundamente

dormido. Allí hizo lo mismo, exclamando al inclinar la cabeza:

—La tormenta de arriba es mayor que cuantas he presenciado en mi vida; pero la de abajo, por María y la Cruz que se va preparando para ser tan buena como la que tiene encima. Durmamos, negro, durmamos; ¡quién sabe si mi lecho será mañana el estrecho hueco de una fosa! ¡Todo podrá ser, que donde las toman las dan, y por el nombre de mi señora, que si se enreda la pelea he de matar mañana hasta que no quede uno ó me derriben en tierra!

Y el africano cerró los ojos, imitando poco después á su dormido señor.

Poco á poco iba cesando el bramido de la tormenta; dejó de silbar el huracán, paró la lluvia y el silencio fué reemplazando por instantes al ruido que no ha mucho estremecía la tierra. Media hora después sólo se oía la corriente que surcaba las calles en busca de un descenso que la precipitase en el abismo adonde parece ser condenada á posar.

Por fin llegó el tan deseado domingo para unos, tan temido para otros y tan terrible para algunos. El día amaneció triste, pavoroso y como presagiando otra nueva tormenta. Cubrían el espacio multitud de nubes que ocultaban con empeño la ardiente faz del Sol; reinaba un viento Sur, flojo, caluroso y pausado; los pájaros no se atrevían á abandonar sus nidos y la Naturaleza, en fin, ocultaba esa vida, animación y alegría que le presta el riente y placentero Abril.

En este día celebraba Sevilla el tercer alumbramiento de S. A. la reina doña María Alfonsa de Molina; por lo que la corte, con permiso del Rey, dispuso un torneo y el pueblo sus antiguas danzas, músicas, vitores y la algazara consiguiente á tales fiestas. Fué entrando la mañana, y aunque escasas y como temerosas, salieron algunas danzas, un centenar de músicos y un millar de hermosas sevillanas capaces de conmover el corazón más duro. No se veía ningún enmascarado; tampoco andaban por las calles soldados del rey y ni va-

sallos de los grandes; por lo cual el pueblo fué poco á poco animándose hasta conseguir recobrar parte de su antigua alegría. A las diez de la mañana cien mil personas transitaban por Sevilla; bailaban unos, otros cantaban, y la mayor parte tomaban sitio en los alrededores del palenque, deseosos de presenciar el torneo, mientras los dignatarios y caballeros se armaban y disponían sus ricos trenes para asistir á aquel juego donde solían lucirse los más apuestos y hábiles donceles.

Por fin llegó el mediodía, hora destinada para la salida del Rey; el pueblo cubrió toda la carrera y esperó. Jamás presenciaba Sevilla un acto como este sin menos aparato guerrero; en el tránsito no había un solo soldado, ni los amigos de S. A. trataron tampoco de llenar este hueco que el bravo rey dejaba vacío con premeditado intento.

No tardaron mucho en cruzar por todas partes briosos caballeros vestidos de punta en blanco unos, y otros con todo el lujo que era posible en tal época. Multitud de pajes, escuderos y criados, cuadrillas de hidalgos y cientos de combatientes se dirigían al trote, y con la arrogancia del que se dispone á vencer, al renombrado palenque.

Un instante después sonaron los timbales, bocinas y atambores, la música de la cámara real entonó un himno entusiasta y melodioso, y seguidamente aparecieron en los umbrales del alcázar la arrogante figura de Sancho el Bravo y la bella de doña María Alfonsa de Molina. El Monarca iba sereno, altivo y un tinte que demostraba el enojo que hervía en su pecho, coloreaba su regío y varonil semblante. Doña María, hermosa como siempre, tendía su mirada de águila sobre la compacta masa que formaba el pueblo, pretendiendo indagar lo que cada uno de aquellos hombres quería ó meditaba. Ambos ostentaban regias coronas de oro y brillantes, ricos mantos de grana con castillos y leones, sobre túnicas de tisú, con calzado de terciopelo carmesí recamado de piedras costosas.

Rompieron la marcha cien guardias de

S. A.; á éstos seguían varios pajes; que llevaban en bandejas de oro las alhajas ofrecidas á los vencedores y diestros adalides; luego iban los heraldos, después los reyes de armas, en pos los soberanos y detrás los mayordomos, caballeros, grandes y damas, componiendo entre todos una comitiva brillante, alta; pero escasa, para lo que debía ser. Unos sabían el acontecimiento que iba á tener lugar y los otros lo presentían, por lo cual fingieron, varios enfermedad, algunos ausencia y muchos se disculparon con puerilidades que patentizaban claramente su miedo, excitando á la vez el desdén de sus reyes. En consecuencia, era reducido el regio acompañamiento en número, pero abundante en brío, gentileza, valor y apostura. Damas, caballeros y grandes llevaban la frente erguida, ardiendo la mirada, desdenosa la acción y serena la faz. Los cobardes quedaron en el hogar aplicando el oído, latiendo el corazón, moviendo la lengua y asustándose del ruido de sus propias pisadas. Los valentes, los pundonorosos, los caballeros, con sus esposas é hijos rodeaban á los nobles monarcas á quienes tendían un miserable lazo la traición, la maldad y la infamia. Los primeros debían figurar en un museo de momias, los segundos en el puesto que ocupaban.

Saludados por el pueblo, vitoreados por la multitud, con paso tranquilo y rostro sereno llegaron D. Sancho, su esposa y comitiva al sitio presidencial. Era éste un palco grande, forrado de terciopelo encarnado, en el cual había dos sillones y varios taburetes; por fuera tenía el escudo de armas repetido tres veces y en sus ángulos ondeaba la bandera nacional. Estaban cerrados sus costados y espalda y el frente presentaba una verja corta, que lo dividía de una grada que descendía hasta el palenque, siendo su elevación de unas seis varas próximamente.

A la derecha existía otro más pequeño, el cual ocupaba el Justicia mayor y sus caballeros; y otro más chico aún situado á la izquierda, era el destinado para los reyes de armas.

El Rey y la Reina se sentaron en los sillones; los grandes, caballeros y damas en los taburetes que había á espaldas de aquéllos; los heraldos al pie de la grada; los pajes en ésta; veinte guardias al mando de D. Alonso de Guzmán rodeaban el palco regio, y los ochenta restantes el circo, para impedir la aproximación de la multitud. Este era todo el aparato guerrero que ostentaba el bravo Monarca contra sus ocho mil enemigos; no cabía menos seguridad, más confianza de sí propio, ni más desdén, teniendo en cuenta el acto y la costumbre de llevar mucha fuerza para impedir los abusos que en tales fiestas solían efectuarse, cuya circunstancia hubiera disculpado sobradamente el aumento de soldados, sin excitar sospechas.

A la derecha del palco real corrían presurosas las cristalinas aguas del caudaloso Guadalquivir, cuyas preciosas márgenes causan tanta admiración; enfrente se extendía lozana, risueña y agradable una de las más poéticas campiñas de Europa, y á la izquierda aparecía Sevilla medio árabe, semi-gótica con sus muchas y elevadas torres, sus ochocientos palacios y alcázares, sus bonitas casas, templos, mezquitas, jardines, fuentes, y un conjunto majestuoso, sublime.

El Cielo continuaba oculto por una extensa sábana compuesta de apiñadas nubes que detenían los rayos del Sol. Seguía reinando un viento Sur, flojo, caliente y húmedo; las flores inclinaban sus tallos, los pájaros callaban, y la Naturaleza, en fin, parecía triste y agorera.

Un pueblo inmenso, á la distancia de cien varas, rodeaba el palenque, miraba á sus reyes y esperaba con ansia la señal para aplaudir y admirar á los más briosos caballeros.

—¡Qué lástima—decían—que no esté el conde de Lara! ¡Con él falta hoy el primer jinete y la primer lanza! si llegase, pronto recogerían sus pajes todos los premios del torneo.

—¡Pobres aragoneses—replicaba otro—más les valiera que estuviese aquí!

—Entretanto—añadía un robusto mozo—esos malditos enmascarados, que Dios confunda...

—Silencio, Santiago—exclamaron muchos—cierra tus labios y déjanos en paz esta tarde.

El mozo calló y la confianza que desapareció por un momento al sólo citar á los encubiertos, volvió otra vez á apoderarse en parte de la curiosa multitud.

La coincidencia de haber salido de Sevilla casi toda la tropa real al mismo tiempo que dejaron de verse enmascarados, infundió cierta tranquilidad en el ánimo del decaído pueblo; gracias á lo cual hubo algo de expansión y regocijo, si bien no tanto ni con mucho del que demostraron en otras fiestas de idéntica naturaleza, pues á pesar de todo existía un malestar que turbaba continuamente la alegría de los sevillanos.

Por último, D. Sancho el Bravo lanzó una mirada sobre todos cuantos le rodeaban en el palco, y satisfecho del aspecto de sus semblantes hizo la señal, tocaron los atambores, se abrieron las puertas del palenque y comenzaron á entrar el Justicia mayor suplente, por ausencia de Lara, sus caballeros, pajes y heraldos y los reyes de armas con su séquito, tomando unos y otros posesión de sus respectivos palcos, volviéndose á cerrar el circo.

Todos se fijaron en la gravedad y medida del sustituto de Pedro el Temerario y en el lujo y arrogancia de los que siguieron á éste, mientras el Soberano, mirando al sitio por donde supuso debería venir su amado Conde, demostraba no oír ni ver nada de cuanto le rodeaba. La Reina, que estaba en todas partes con su vista, le tocó con la mano y aquél entonces hizo maquinalmente otra señal que repitieron las músicas, las bocinas y los atambores, é inmediatamente se rodeó el palenque de caballeros pidiendo campo, mas la puerta permaneció cerrada. De todas partes se vieron venir acto continuo briosos jinetes cuyos potros ostentaban ricas mantillas que los cubrían por completo, hábiles cuadrilleros con su arrogante jefe á la cabeza, y multitud de guerreros, en fin, que ocupaban un radio extensísimo.

Si la comitiva real era escasa, en cam-

bio los asistentes al torneo se presentaban en número tan crecido que jamás se había visto en palenque alguno pretender tanto adalid el campo que D. Sancho iba á abrirles.

Todas las miradas se volvían ahora hacia aquel enjambre de caballos, caballeros, pajes, escuderos y sirvientes que en revuelto turbión se confundían y apiñaban junto á la valla que los separaba del palenque.

La Reina recorría con su vista todos los rostros de los recién venidos, la actitud, la contraseña que llevaban la mayor parte de ellos, y su hermosa epidermis fué adquiriendo un carmín que indicaba claramente el enojo que fermentaba en su pecho.

La multitud miraba la inquietud de los potros, el brío de los jinetes y aplaudía á los más esforzados, confundiéndose el ruido de sus palmadas y voces con el estruendo de las armas y el relincho y piafar de los corceles.

El Rey, en tanto, no miraba, no veía, no contemplaba otra cosa que el solitario camino por donde debía llegar el conde de Lara. Su esposa volvió á tocarle con la mano; y aquél repitió la señal. Calló la música, los atambores y bocinas, y saliendo un pregonero acompañado del alguacil mayor, se leyó en voz muy alta el edicto que en tales actos se publicaba.

En este instante dejó el Rey de mirar al sitio donde anteriormente, efecto de las siguientes frases que muy quedo le dijo la Reina:

—Ahí está; que penetren los traidores y que Dios sea con nosotros.

El Soberano se fijó ahora en un guerrero de gigantesca estatura, á quien nadie vió entrar, y el que, con paso lento y cubierto hasta los ojos, llegó á la grada, hizo una reverencia á los monarcas, subió hasta la mitad de la misma, y quedó entre dos pajes, apoyado en una terrible maza que le alargó un escudero. Este hombre lucía blanca armadura y llevaba sobre el extremo del casco un águila; del pico de ésta salía una hermosa pluma negra. El Rey, la Reina y Guzmán se miraron y

sonrieron: los grandes, caballeros y damas del palco quedaron sorprendidos al ver al de la maza, pues era, contra las reglas del torneo, el sitio y armas que había elegido. No obstante la sorpresa, ninguno se atrevió á desplegar los labios.

El atleta guerrero, luego que hubo tomado sitio y posición, dirigió la vista hasta distinguir sobre una altura no lejana al famoso Alí, el cual sujetaba con la mano derecha una maza igual á la suya y la brida de un potro, y con la izquierda una largo bocina. Después miró hacia el río, vió los tres buques genoveses, de que ya tenemos conocimiento, y notando que tanto el negro como varios caballeros que estaban sobre cubierta, le miraban con atención, sacó de su escarcela un pañuelo blanco, volvió la cabeza, y le dijo al Rey:

—Que entren, señor; que entren esos hombres.

—¡El Temerario!—exclamaron los de la regia comitiva á media voz, reconociendo al Conde.

Don Sancho hizo la cuarta señal; á la vez movió su pañuelo Lara, se abrió la puerta del circo, las músicas entonaron otro himno, y por encima de sus sonidos se oyeron los ecos de la bocina que empuñaba Alí. No cabía más valor, arrojo y temeridad; Sancho y Lara daban en este instante la más solemne prueba del heroísmo con que se presentaban ante sus enemigos.

—¡Orden y atención!

Estas palabras corrieron de boca en boca entre los asistentes al torneo, y fueron penetrando en el palenque, y tomando sitio unos, mientras otros rodearon por la espalda el palco de SS. AA.

A pesar de la extensión del circo, apenas cabían en esta ocasión la multitud de caballeros que se agruparon en él, quedando á la parte afuera de la valla mayor número todavía.

Los Reyes y el conde de Lara los contemplaron con frío desprecio, sin que los intimidara á ninguno de los tres la inmensidad de sus enemigos; doña María Alfonsa de Molina era tan valiente como su esposo.

El Conde movió otra vez su pañuelo, Alí hizo resonar la bocina, siguiendo á este acto un silencio precursor del más espantoso trueno.

Divididos en dos alas los campeones que estaban en el palenque, no dejaban hueco para poder efectuar los juegos con que debía empezar el torneo. El Rey, sin embargo, dió la última señal, Pedro el Temerario le secundó por tercera vez con su pañuelo, sonó nuevamente la bocina, penetraron veinte caballeros cubiertos los rostros y lanza en ristre, por el espacio que dejaban las dos alas, y al llegar al centro fingieron dos convertirse en campeones. Los guerreros se acometieron con impetu, pero al chocar las lanzas en los escudos exclamaron los veinte:

—¡Muera el tirano! ¡Viva el rey don Juan!

A la vez todos los cuadrilleros quitaron un pedazo de madera con que cubrían la moharra de sus lanzas, y dando un grito terrible, se lanzaron al palco real.

Alí tiró la bocina, montó en el caballo de su amo, empuñó la maza, y metió espuelas, cayendo él solo sobre los combatientes, mientras desaparecían del circo los que fueron creyendo que sólo se trataba de un torneo.

La tripulación de los tres buques genoveses, toda ya sobre cubierta, contemplaba el terrible cuadro que tenía ante sus ojos. De entre el pueblo comenzaron á salir escuderos, soldados y sirvientes que corrían á unirse á los del palenque; y los sevillanos, hombres, mujeres, ancianos y niños, huyeron despavoridos, exclamando:

—¡Los quinientos! ¡los quinientos! ¡Ay de SS. AA.! ¡Ay de todos nosotros!

Y de este modo llegaron á Sevilla infundiendo en los medrosos, que no se habían atrevido á salir, una mortal pavora.

En estos instantes se abrieron las nubes y dejaron pasar los rayos de un Sol que sombreado con algunos nubarrones encarnados, imitaba su color al de la sangre.

Mil guerreros á caballo y cerca de

siete mil infantes entre vasallos, sirvientes y escuderos, con lanzas, mazas, hachas, espadas y puñales, cayeron sobre ciento ochenta personas que componían la comitiva y guardias de los nobles y valerosos reyes de Castilla y de León.

Pedro el Temerario viendo acercarse á sus enemigos, se volvió al palco real y exclamó:

—¡Nadie se mueva ni tema por las vidas de SS. AA.! ¡Atención, señor, atención, que llegó el mañana!

Y alzando su maza, hizo retirar los pajes y heraldos y se levantó la celada.

—¡El Temerario!—prorrumpieron los ocho mil asesinos y retrocedieron dos pasos, imponiéndoles un instante la arrogante figura de aquel hombre, que solo y con una maza de hierro se atrevía con todos. Aprovechando aquel momento de tregua, gritó con voz de trueno:

—¡Viva D. Saicho IV! ¡Mueran los asesinos!

Y el eco de sus palabras corrió hasta Sevilla.

—¡Muera ese traidor!—le contestaron todos sus enemigos.

Y los más cercanos le dirigieron veinte botes de lanza, que resistió su gruesa armadura. Desde aquel instante comenzó á moverse su maza con una rapidez asombrosa, una fuerza desconocida y un acierto sorprendente; rompía los cascos y los cráneos que estaban debajo; las corazas y los pechos que ocultaban; y entre caballos, aceros, hombres y armaduras, parecía un león que mataba hasta con el aliento. Solo, contra ocho mil y sin abandonar la grada no dejó pasar al palco regio ni uno de sus enemigos.

Desesperados éstos y creyendo segura la victoria, empujaron los de atrás á los de adelante, con ánimo de que cayesen los primeros sobre el Conde, imposibilitaran su acción y lo matasen, bien con el peso de los caballos, con las moharras ó como pudieran, concluyendo en breves instantos la inicua jornada á que daban principio. La idea era acertada, y les hubiera dado indudablemente

el resultado que deseaban; pero en el mismo momento aparecieron multitud de mazas, que derribando cuadrilleros á derecha é izquierda, llegaron hasta Lara, señalando su camino con un arroyo de sangre enemiga. Eran Alí, el caballero de la cruz roja, su escudero, y en pos el príncipe Muza, Abenamar Abencerraje, varios caballeros cristianos y algunos árabes, que con heroísmo sin igual, atravesaron por en medio de los ocho mil asesinos, sembrando la muerte y el terror. Unidos al Conde, acometieron nuevamente con un valor desconocido.

Los caballeros y vasallos de Pedro penetraron al mismo tiempo por un costado del palenque, llegaron á la grada, la cubrieron toda con cuarenta, y los restantes siguieron á su amo, haciendo prodigios de bravura. Los que defendían al Rey, calculando mejor que sus contrarios, iban forrados de hierro y empuñando únicamente mazas ó hachas; armas con las cuales se rompía el acero, se mataba y se movían con facilidad en el estrecho círculo de carne humana en que estaban encerrados.

Lara, tan oportunamente auxiliado, montó en el caballo de una de sus víctimas y corrió hasta el centro de sus enemigos. Su maza estaba siendo un torrente que todo lo destruía y arrasaba; cada golpe suyo costaba una vida, y con sus fuerzas de gigante la movía con suma rapidez. Sus parciales eran dignos de tal caudillo; mas el de la cruz roja, su escudero y el bravo Alí, se estaban igualando á él, si no en fuerza al menos en heroísmo.

Cinco minutos después, los *quinientos* y sus más de siete mil secuaces perdían terreno y gente sin cuento. Ya no era sólo el intrépido Temerario; eran novecientos leones, bajo cuyas plantas temblaba la tierra.

Los valerosos reyes, de pie, lanzando fuego sus ojos y admirando á sus defensores, alargaban los brazos, queriendo ayudar á los unos y deseando confundir á los otros. Guzmán, los guardias que mandaba y los grandes y caballeros del palco, pedían en coro bajar al circo,

pero el rey, ensangrentándose el labio inferior y oprimiendo los puños, los detenía diciendo:

—¡No; dejad á mi caudillo, que así lo quiere él! ¡No veis cómo sufro y sin embargo me estoy quieto!... ¡No, no; esta jornada es suya!... ¿No lo contempláis? El solo puede contra todos. ¡Los botes que le dirigen se apagan en el hierro de su armadura; pero mirad sus golpes!... ¡Uno, dos, tres!... ¡Cada uno un muerto!... La sangre corre á sus pies y aun no se ha vertido una sola gota de la suya!... ¡El de la cruz roja! ¡Por este otro lado llegan los caballeros y vasallos del Conde!... ¡cortan la retirada, zegríes; abencerrajes, alaveses, almoradíes y vanegas!... ¡Están perdidos!... ¡Dios protege á mis hijos!... ¡Con qué valor y acierto defienden mi causa!

La desolación y la muerte reinaban ahora en el palenque; la diversión, aquella fiesta que debía entretenir agradablemente á unos, distraer á otros, dar lustre á los diestros, renombre á los valientes, y recompensa á unos cuantos, se convirtió en una batalla de las más sangrientas que habían de presenciar los sevillanos.

Los *quinientos* y demás parciales continuaban perdiendo gente y terreno; mas creyendo que estorbaba la valla del circo su sangrienta defensa, la mandaron tirar, con objeto de acorrallar á sus contrarios y dar fin de todo. La idea fué buena, pues estando la mayor parte de sus rivales desmontados, conseguían á campo raso una gran ventaja sobre ellos. De este modo comenzó de nuevo la pelea, con más encono y ardor que antes. Los caballeros y vasallos del Conde, dando y recibiendo golpes, fueron proveyéndose de caballos de los jinetes contrarios que caían en tierra, y muy pronto se hallaron montados. Pedro mataba sin cuento; el caballero de la cruz roja estaba siendo un héroe; el escudero de éste y Alí imitaban al primero, y el príncipe Muza y restantes defensores de D. Sancho no podían hacer más, pero así y todo luchaban uno contra veinte, y éstos lo hacían ya con el valor que presta la desesperación.

Comprendiendo esto el de la cruz roja, cuya mirada de águila todo lo veía y adivinaba, dió algunas órdenes en voz baja á Alí, á su escudero y á algunos caballeros de los que tenía más cerca, picó á su caballo, y abriendo paso por medio de sus enemigos, consiguió salir solo de aquel círculo de hierro. Como una exhalación llegó adonde estaban sus zegríes, los arengó y cubriendo el hueco que éstos dejaban con los restantes musulmanes, se puso al frente de ellos y cayó de este modo sobre los asesinos del palenque. Más que atacar él personalmente, mandaba, dirigía, ordenaba y prestaba su heroísmo á aquellos valerosos zegríes que, lanza en ristre, acometían ahora con ferocidad sin ejemplo. Los cuadrilleros temblaron ante aquel nuevo y poderoso refuerzo; el jefe zegrí lo comprendió, y corriendo de un lado para otro, saltando su caballo como la liebre y ordenando el ataque por puntos diferentes, concluyó por aturdir y anonadar á aquellos conspiradores.

Ya no escuchaban los cobardes conjurados las voces de sus jefes ó amos; les mandaban avanzar y retrocedían; y ante el caballero de la cruz roja y sus zegríes, volvieron la espalda; entonces vieron á los abencerrajes, alaveses, etc., y exclamaron:

—¡Traición! ¡Nos han cortado la retirada! ¡Hemos sido engañados!

Estas voces estremecieron hasta á los más valientes, miraron atrás y viendo el círculo que formaban los musulmanes, se heló la sangre de sus venas, las armas se les cayeron de las manos, y dió principio la más estupenda dispersión.

¡Cobardes! ¡Aún eran quince contra uno y huían como tímidas mujeres!

También al Temerario se le cayó su maza al ver la fuga de sus contrarios, exclamando á la vez:

—Con ese caballero de la cruz roja, sus zegríes y restantes compañeros se concluyó pronto la lucha; mas son causa de que se escapen la mayor parte. Con mis vasallos hubiera durado la pelea hasta la noche; pero ¡cuán pocos de esos miserables conservarían la vida al terminar el día!



...y dió principio la más estupenda dispersión.

Y tirándose del caballo se dirigió al palco donde estaban sus reyes.

—¿Conde, qué hacéis?—le preguntó D. Sancho, admirado de verlo llegar.

—Señor—le contestó con enojo—yono sé matar ni mandar herir por la espalda.

Y se sentó tranquilamente en el sitio que le cedió un cortesano.

Muza, Abenamar, el escudero del caballero de la cruz roja y varios otros jefes, mandaban en tanto á los abencerajes, zegríes, alaveses, almoradíes y vanegas que lanceasen á los que intentaban escapar por aquel doble círculo de mahometanos tan hábilmente dispuesto para hacerles imposible la retirada. Por esta razón morían unos á manos de sus contrarios, mientras otros se arrojaban al río, salvándose á nado ó ahogándose; si bien los más se abrieron paso por entre los alaveses, y corrieron hacia Sevilla como galgos, á quienes era difícil alcanzar.

Alí y el escudero del caballero de la cruz roja, á la cabeza de los vasallos de Lara, y en pos los quinientos zegríes, con varios otros musulmanes, siguieron á los dispersos, hiriéndolos por la espalda y los costados; en el campo, en la población, en las casas donde intentaban ocultarse y en donde los hallaban, hasta que, rendidos y casi sin aliento, se fueron poco á poco retirando al sitio donde se alzó el palenque.

Poco después que el conde de Lara, llegó al palco regió el caballero de la cruz roja, y se sentó en otro sitio al lado de la Reina; más tarde se acercaron también el príncipe Muza y los jefes de las cuatro tribus que seguían á la de los zegríes, y desde allí contemplaron con fría indiferencia el cuadro de muerte que tenían ante sí.

Hora y media había durado la encarnizada lucha, y no obstante tan corto período, se hallaba el campo cubierto de cadáveres y heridos. Los mil jinetes enemigos se presentaron en su mayoría forrados de acero; pero los restantes, que eran cerca de siete mil, llevaron el mismo traje que usaban en la capital, y esto hizo que pagasen bien cara su infa-

me traición. Había, pues, delante y á los costados del palco real, sobre cien caballeros muertos y cerca de doscientos heridos; besaban además la tierra una tercera parte de los escuderos, vasallos y sirvientes, y la mayoría se revolcaba sobre su propia y ajena sangre.

No era sólo en torno del palco donde se veía tan espantoso cuadro; en la orilla izquierda del río, en la campiña, en las calles de Sevilla, en los portales, y hasta dentro de los edificios estaban los cadáveres, los moribundos y los heridos. El escudero del caballero de la cruz roja y Alí, seguidos de los vasallos del Conde, de los zegríes y de algunos otros musulmanes, continuaron matando ínterin vieron ó hallaron enemigos. En su sed de sangre y con el deseo de vengar la más nefanda de las traiciones no perdonaron á nadie; caballeros y criados, nobles y plebeyos, todos sucumbieron á manos de los vasallos de Lara y de los zegríes, y á no haberse presentado en una dispersión tan completa, es indudable que no dejan uno solo con vida de los conspiradores y defensores de éstos.

—¡Traición! ¡Traición!—gritaban los cobardes asesinos.—¡Nos han engañado—añadían.—Y se arrojaban al agua, ó en confuso tropel desaparecían del campo de batalla, para caer más adelante en manos de sus perseguidores ó para hallar los jinetes ó algunos de los más veloces, la casa ó guarida que les librase de perecer.

—¡Mueran todos!—exclamaba Alí aguijoneando su caballo y derribando hombres á derecha é izquierda.

—¡Adelante, hasta que no quede uno!—gritaba el escudero del caballero de la cruz roja, imitando al negro.

Y nobles, vasallos, cristianos y moros, continuaban aquella jornada de exterminio y desolación. Sus rudos golpes resonaban en las habitaciones de Sevilla. Se desmayaban las mujeres, temblaban los maridos y se horripilaban los cobardes. De vez en cuando se escuchaba una robusta voz que decía:

—¡Viva el conde de Lara! ¡Castilla y León por D. Sancho IV!

Quinientas más repetían aquella, ha-

ciendo comprender á los sevillanos que los traidores sucumbían ante el peso de la robusta mano del Temerario. Entonces se mezclaba la esperanza con el temor que amargaba á los débiles, y bastaron esas frases para prestar el suficiente ánimo á los que encerrados en la última estancia de su casa, se atrevían ya á asomar el rostro por entre los hierros de una ventana para ver el imponente escudo de Lara en el pecho de algún guerrero ó vasallo del mismo.

¡Nada hay más triste, terrorífico y horrible que el espantoso cuadro de la revolución! ¡Nada más cruel, inicuo é inhumano que ver las calles de un pueblo cubiertas de cadáveres, cuyas vidas fueron arrancadas por sus propios hermanos! Se comprende que una nación valerosa, anhelando su independencia, leyes, religión y costumbres, se alce contra el tirano que, usurpador, pretenda envilecerla. Se comprende, repetimos, que el hombre prefiera la muerte á ese estado de salvaje opresión, y se arme y corra en defensa de su libertad, patria y religión, y su lema sea *vencer ó morir*; en tal ocasión no hay esposa, hijos, padres ni hermanos; pero un pueblo dividido en bandos, lanzándose unos contra otros por lo que á veces se llama una *idea* en vez de apellidarse una *ambición*, no lo hemos podido comprender nunca, por más que haya ocurrido tantas veces y continúe por desgracia aconteciendo.

En nuestra historia, veinte ambiciosos promueven inicua trama, engañan á la mayoría con la perspectiva de un nuevo monarca que les ha de dar gusto en todo; á otros les ofrecen lo que jamás cumplirían, y de este modo los conducen á la muerte, teniendo la abnegación de escapar ellos en sus ligeros corceles, cuando comprendieron que los enemigos, aunque pocos en número, mataban bien, dejando á sus inocentes secuaces entre las garras de un león que debía confundirlos. Ocultos bajo el hierro de sus pesadas armaduras, no presentaban el rostro ni el pecho como sus engañadas víctimas, y mucho antes de concluirse el combate pudieron estar en sus

palacios riéndose de la estupidez de los que cometieron la torpe imprudencia de creerlos. Perdieron la batalla y se retiraron, cuando no salieron á recibir y á adular al vencedor; si hubieran triunfado, entonces sería otra cosa; entonces cogrían ellos solos todo el botín, y subiendo paso á paso por la escalera humana que forman los *tontos*, conseguirían éstos, á trueque de elevar á aquéllos, una sonrisa llena de desdén, con lo cual suelen pagar los jefes de la revolución á los *cándidos* revolucionarios.

Esto acontecía durante el reinado de Sancho IV el Bravo, que hace ya seis siglos, y mucho antes también, y ha venido sucediendo después, y lo que es peor, no hace mucho que ocurrió lo mismo: vimos—el cuándo y cómo no hacen al caso—entusiastas patriotas, llenos de un santo fuego, lanzarse á perecer á la calle; una gran idea los impelía al campo del honor; sus pobres mujeres é hijos, en su ignorancia, no alimentándose de ideas, lloraban, requerían al intrépido adalid, le rogaban se quedase y hasta le aconsejaban no fuese *sandio*; pero ellos, con más abnegación que talento, con más valor que cordura, marcharon y muchos perdieron sus vidas y condenaron á la desgracia á sus infelices familias. ¡Muertos quedaron en las calles y bien sabe Dios que bañamos sus cadáveres con el llanto de nuestros ojos!

Vimos á la vez, con tanta indignación como dolor acabábamos de sentir, á más de un *caudillo* que á la parte adentro de los cristales de su casa esperaba la llegada del triunfo para que le anunciase la hora de lanzarse á la calle, y entonces, con *heroísmo* sin igual, tirar de la victoria y llevarse en las mangas y en los bolsillos el fruto de tan brillante jornada.

No se venció, nada se ha perdido—exclamaron—se sentaron á la mesa y comieron con fría tranquilidad.

¿Nada se ha perdido?—preguntamos nosotros.—¿Las vidas de esos infelices que alucinasteis, no valían nada? ¿La triste suerte de la viuda, la negra orfandad del hijo, nada valen? ¿Se juega

así con la existencia de seres que valen más que vosotros?

Ilusos, abrid los ojos ante la verdad que acabamos de enseñaros, y cuando os aconsejen que empuñéis el arma fratricida, decid á esos héroes de salón: *«Iremos con tal de que vosotros caminéis delante. El capitán va siempre al frente de su compañía.»*

¡Qué pocas revoluciones habría; cuán pocas veces veríamos al hermano en lucha con el hermano, si los soldados de la revolucion obligasen á los jefes á marchar delante!

Concluyamos este capítulo y continuemos en el siguiente nuestra historia, abandonada por un momento.

CAPÍTULO XVII

Consecuencias de la revolución. — Los ambiciosos ni se arrepienten ni se enmiendan. — Regreso.

Don Lope de Haro, presidente de la Junta que dirigía á los *quinientos*, y sus diez y nueve colegas, dispusieron el ataque montados sobre briosos caballos y cubiertos unos y otros de acero; cuando ya el enemigo estaba sobre ellos obligaron á sus parciales á que se defendieran y mataran á la vez si podían; y con bética saña corrían de un lado para otro dictando órdenes, animando, ofreciendo, engañando y hasta amenazando; pero todo esto lo hacían á una distancia respetable del sitio donde se hallaba Lara y el de la cruz roja. Ellos se reservaron para el momento decisivo en que viendo el círculo musulmán que tenían á la espalda, repitieron el tan sabido *«sálvese el que pueda»* y se abrieron paso, gracias á la ardiente sangre de sus potros, al buen temple del hierro en que iban encerrados y á la osadía que presta la seguridad que tenían de morir si aguardaban un poco más. Esto, sin embargo, no les libró de perder cuatro individuos de los veinte que eran, y más de treinta de los cien caballeros que componían la escolta que llevaron en torno desde que salieron de sus palacios. Dos de los primeros cayeron de otros tantos mazazos que les alcanzó

Lara, y los restantes fueron muertos á manos de Alí y de los zegríes por disposición del intrépido y valeroso caballero de la cruz roja, que previendo tan cobarde retirada les salió al encuentro con su escudero y los citados, y en la embestida que necesariamente dieron los que huían, consiguieron coparles esos treinta y tantos. Sus miserables compañeros haciendo volar á los corceles, entraron en Sevilla y escondiéndose todos detrás de los muros del palacio de Haro, maldijeron al Temerario y al de la roja cruz, y en estos instantes juraban matarlos en... en donde pudieran y por quien se atreviera á hacerlo. Las fuerzas, arrojo, destreza y serenidad del Conde les causaban espanto y horror; y el heroísmo, acierto é intrepidez del misterioso encubierto, el cual dirigió el ataque por diez puntos diferentes, sin dejar por esto de auxiliar á Lara, hallándose en todas partes como impelido por un genio que le defendía é inspiraba, ayudándole á confundir á sus enemigos; este ser extraordinario á quien sólo conocían los zegríes, vasallos cristianos que mandaba, Alí y los Reyes, les horripilaba y hacía temblar su solo recuerdo.

Y mientras ellos resguardados entre espesos muros y gruesas puertas de hierro meditaban nuevas traiciones, escondiendo su vergonzosa cobardía, sus escuderos, soldados y parciales, torpemente engañados, se ahogaban en el Guadalquivir ó perecían bajo las potentes y valerosas hachas y mazas de un negro, de un escudero, de seiscientos musulmanes y de ochocientos vasallos de la casa de Lara. La maldición del pueblo sevillano cayó como un rayo sobre los *quinientos* promovedores de aquella revolución. «¡Dios os confunda y os haga perecer tan cobardemente como asesináis!» Esto dijeron y el Cielo oyó las frases y lanzó el anatema sobre los homicidas! ¡Por eso aquellos nobles é hidalgos defensores de la justicia hierren por delante, por la espalda y los costados sin compasión ni tregua! ¡Por eso no toca la bocina de Pedro de Lara! ¡Por eso sigue indiferente el héroe de la

cruz roja! ¡Por eso los reyes de Castilla y de León, dispuestos siempre al bien, continuán mudos! ¡Por eso no hay un grande, caballero moro ni cristiano, dama joven ó vieja que implore compasión en favor de los míseros que huyen, de los infelices que engañaron. La maldición de un pueblo entero cae siempre en el hombre ó los hombres sobre que fué lanzada.

Las voces de «¡viva el conde de Lara! ¡Castilla y León por D. Sancho IV! ¡Gloria al héroe de la cruz roja! ¡Mueran los *quinientos!*» fueron poco á poco sacando á los sevillanos del pavoroso letargo en que con sobrado motivo yacían ha tiempo. Empezaron por asomarse á los balcones, ventanas y rejas y viendo doquier el escudo de la casa de Lara y los mantos blancos de los zegríes, parientes todos los de esta poderosa tribu de la esposa del Conde, se atrevieron á preguntarles si el Temerario estaba en Sevilla; y oyendo la contestación afirmativa, prorrumpieron en vivas, saliendo después á la calle sin temor alguno.

— ¡Si él está aquí ningún peligro existe ya!—decían—y caminaban presurosos al sitio de la catástrofe; pero al mirar el terrible cuadro que presentaba el palenque, retrocedían consternados, volvían á avanzar, hasta que por orden del Justicia mayor les obligaron á unos á recoger los heridos y llevarlos á los hospitales, mientras otros tuvieron que conducir los cadáveres al lugar que se les destinó.

La primera determinación del Conde fué mandar buscar los que yacían en tierra de cuantos moros y cristianos defendieron su causa, disponiendo fuesen transportados á su palacio con orden de que los médicos de su casa curasen á los heridos y se les diera sepultura á los muertos en un extremo de su extenso panteón. Felizmente no llegaban á cuarenta el número de los primeros y sólo se contaba ocho de los últimos, si bien de los ochenta guardias del Rey que rodearon el palenque, fueron asesinados la mayor parte al principio de la lucha.

Luego que no hubo enemigos que combatir ni dispersos que matar, regresa-

ron Alí, el escudero del caballero de la cruz roja, los musulmanes y los vasallos del Conde. No hallamos palabrás con que describir la fiera que demostraban los rostros de aquellos hombres y muy particularmente el del negro. Caballos y jinetes iban salpicados de sangre, y aquellas mazas y hachas castellanas, como las lanzas zegríes, estaban enrojecidas y hasta desgastadas de tantos cráneos, huesos, armaduras y hombres, en fin, como acababan de triturar. De los ojos de los jinetes salía fuego, sus frentes se miraban contraídas, sus cuerpos encorvados de la fatiga y sus manos ensangrentadas, unas de los golpes que dieron y otras de tanto tirar de la cadena que servía en tales casos de bridas á los fogosos corceles que montaban.

Dos horas más tarde se hallaba cumplimentada la orden del Conde y no se veía un solo herido ni cadáver al aire libre; hasta entonces no dispusieron Sus Altezas regresar á palacio, permaneciendo en su palco durante todo el tiempo que duró la lucha y el que tardaron en retirar las víctimas del sitio donde cayeron.

A pie y en la misma forma que llegaron se dirigieron á su alcázar, sin otra diferencia que llevar ahora Doña María á su izquierda al caballero de la cruz roja, D. Sancho á su derecha al Conde de Lara y detrás al príncipe Muza y jefes de tribu que acompañaban á éste. En pos de la regia comitiva seguían Alí, el escudero del incógnito, que como su señor permanecía siempre con el rostro cubierto, y los vasallos del Temerario, los zegríes y el resto de los musulmanes.

De este modo entraron en la gótica morada real, pisando el gran trecho que anduvieron sobre un suelo enrojecido con la sangre de los secuaces de la revolución.

El pueblo vitoreó por la carrera á sus soberanos, admiró á Lara y al caballero de la cruz roja y aplaudió á los combatientes con frenético entusiasmo, siendo el más favorecido en esta ocasión el célebre africano que tantas y tan repeti-

das pruebas había dado de un valor, lealtad y bizarría sorprendentes; su nombre y fama corrían ya de boca en boca apellidándole la multitud el *leopardo* de Lara.

Llegó la noche; regresaron los siete mil soldados del Rey que estaban acampados en las inmediaciones de Sevilla; se retiraron los vasallos del Conde, los musulmanes y el pueblo, y se iluminó la ciudad recobrando su antigua calma.

—¡El Temerario!—exclamaban los sevillanos.—¡Ante su maza, hacha, lanza ó espada no hay enemigo posible!

Y comentando sus hechos, los del incógnito, exagerando é inventando lances que no vieron, batallas que no presenciaron y supliendo, en fin, con recursos de imaginación, lo que les negó el miedo que poco ha los retenía en el hogar doméstico.

Lara y varios grandes comieron con D. Sancho, y el caballero de la cruz roja, Maza y los cuatro jefes de tribu con la Reina.

Cuando se levantaron de la mesa despidió el Rey á los que le acompañaban, se cogió del brazo del Temerario y ambos se encerraron en el regio despacho, sentándose y preguntando el primero al segundo:

—¿Nada se os ocurre, Conde amigo, sobre los acontecimientos de esta tarde?

—En ellos pensaba en este instante.

—¿Qué discurríais?

—Que me batía día y noche contra los infieles é iba gozoso al combate, y cuando acababa de darles una batalla, meditaba alegre y satisfecho en presentarles otra y cien, hasta concluir con ellos y dejar á mi patria como al morir Witiza. Al coger entonces mi lanza latía el corazón ebrio de entusiasmo y de placer, se ensanchaba el alma y me lanzaba afanoso sobre mis valientes enemigos; ahora, señor, tengo á éstos por aliados y á mis hermanos por contrarios, y al luchar, como al vencerlos, siento un mal-estar que vos, noble y generoso, comprenderéis como yo.

—Sí, Lara; yo también he sufrido mucho hoy y ahora me alegro no haber tomado parte en la pelea; mas ellos han

tenido la culpa; miserables asesinos, merecían la muerte. En todos los países existe esa polilla infame y ¡ay! del monarca que no acaba con ella! ¡Esos hombres son peores mil veces que los cafres de Marruecos!

—¡Es verdad, gran señor, por eso dejé que matasen cuantos pudieran, y á no haber llegado el de la cruz roja...!

—¿Qué opináis de ese caballero?

—Es un héroe, señor; su mirada de águila todo lo ve, lo comprende y lo penetra; su arrojo y valor no tienen rivales; no hiere á nadie como no se vea muy apremiado; mas anima, infunde valor, dirige, ordena y todo lo arrasa y destruye. Como jinete, es mejor que sus zegríes y que yo; pero esta tarde concluyó demasiado pronto.

—¡Esos elogios en vuestros labios valed más que su envidiable renombre!

—Los merece y aún mucho más; ¡es joven, señor, que no tiene precio!

—¿Quién os ha dicho que es joven?

—Durante la pelea creo haber oído su voz y me ha parecido la de un ímberbe.

—Acaso os hayáis equivocado.

—Puede, mas sólo él era capaz de mandar con aquel acento de rey.

—¿Creéis que desempeñaría bien el puesto de general en una batalla de grandes proporciones?

—Sólo para eso ha nacido, gran señor; manda y dirige con tal acierto, que nadie, incluso el conde de Lara, debe tener á mengua obedecerle. Comprende, al parecer, por instinto que vino al mundo á gobernar y ya os he dicho que rara vez alza su espada. ¿No le visteis?

—Sí, Conde, sí; presumo conocerlo bien; mas quería saber la opinión de mi primer caudillo.

—Primero, señor, después de ese incógnito.

El Rey sonrió, contestándole:

—Puesto que vos lo queréis, sea así.

—Anhele la justicia, señor, y el de la cruz puede estar, si á mi lado no, delante de mí.

—¿No os ofenderéis si lo antepongo á vos...?

—Lejos de eso, os he dicho y repito que en una batalla le obedeceré.

—¡Qué me place! Haglémos de otra cosa; ¿vais á partir á Aragón?

—No hallo inconveniente alguno que me imposibilite marchar mañana. Es cierto que la mayor parte de esos malvados que se apellidaban jefes de la revolución se habrán salvado gracias á su cobarde huída; pero el escarmiento ha sido terrible, pues han quedado cerca de cuatro mil hombres tendidos en tierra y ahogados en el Guadalquivir; por consiguiente, no es probable que en mucho tiempo intenten nada los que escaparon, y todavía se verán más condenados á la inacción si, como espero, continúa V. A. aplicándoles todo el rigor de la ley. Antes de partir os mandaré al número 90, que fué herido, pero que debe estar ya bien, y ese os enterará de cuanto necesitéis para acabar de destruir esos malvados.

D. Sancho meditó algunos instantes, replicándole después:

—Tengo la misma opinión que vos; destruyamos el bando del pretendiente, para lo cual bastan vuestros montañeses; ínterin, yo concluiré de anonadar esos miserables que intentaban en la corte minar mi trono; y quiere decir que al regresar vos cercéis á Sevilla con vuestros leones del Saucejo, penetráis, y casa por casa, palacio por palacio y castillo por castillo, se entra en todos y en un día ó en diez daremos fin de ellos, sin que nos detenga clase ni condición.

Los dos amigos continuaron hablando hasta cerca de la media noche, en que Lara se retiró á su alcázar. Cuando acababan de expresar las últimas frases que hemos copiado, llegó la Reina, y enterada del asunto de que trataban, tomó parte en la cuestión, permaneciendo con ellos hasta que uno y otro marcharon á descansar.

Ahora es indispensable que nuestro amado lector penetre con nosotros en la misteriosa casa del caballero de la cruz roja, y ya dentro veamos si es posible averiguar algo de tan extraordinario ser. Para no perder uno de sus movimientos sigámosle desde el instante en que, concluyendo de comer con la Reina, cubrió su hermosa cabeza el prínci-

pe Muza con el pesado casco, se bajó la celada y partió. En el capítulo siguiente relataremos el punto á que se dirigía y lo que hizo en la presente noche.

CAPITULO XVIII

Nuevos misterios.—El leopardo y el león.

El infante D. Juan y sus parciales

Según el Sol había descendido á su ocaso se fueron retirando las apiñadas nubes, quedando la atmósfera completamente despejada. Así es que al día triste y pavoroso reemplazó una noche clara, agradable y risueña. Soplab una brisa perfumada por las flores, á las que con hipócrita beso arrebatava su precioso aroma; la Luna, sin manto alguno que encapotase su pálida faz, reflejaba sobre las torres y campiña de la altiva ciudad arrancada por San Fernando al poder mahometano, y su amarillenta luz, coloreando las hojas de los corpulentos árboles, les daba un tinte entre amarillo y verde, inimitable por el arte. Las aguas del caudaloso Bétis corrían hacia Sanlúcar, impelidas por su destino y por la juguetona brisa que con su aromático soplo formaba caprichosas ondas, brillantes á la luz de la luna, azules á las sombras de la noche, y tornasoladas al claro oscuro dibujado al lamer aquéllas las poéticas márgenes del río.

Reinaba un profundo silencio; los habitantes de Sevilla y los de sus contornos, retirados ya á sus moradas, comentaban los últimos acontecimientos; la tropa descansaba y los enmascarados unos perecieron y otros se escondían amedrentados al solo recuerdo del milagro á que debían su existencia, por lo cual seguía al silencio una soledad completa, lo que no era extraño en aquella época á las nueve de la noche.

En este instante abrieron calle los soldados del Rey, se inclinaron y dejaron pasar por medio á dos guerreros, que altivos y con paso ligero se encaminaron al puerto, seguidos de un hijo del Desierto. Eran el caballero de la cruz roja, su escudero y el leopardo Ali. Poco antes de llegar al sitio que acabamos

de indicar, se detuvo el de la cruz y le preguntó al negro con interés:

—¿Has comido, Ali?

—Sí, valeroso caudillo.

—¿Con quién?

—Con un mayordomo de S. A., el cual, no sé por qué, me llamaba leopardo digno de seguir al león, y tuvo tal empeño en que le acompañase á la mesa, que accedí gustoso. Buenos manjares me sirvieron, pero les hice honor, que mi apetito era aún mayor que la voluntad de ambos.

La ligera barquilla tenía en la popa un pequeño castillo cerrado, el cual contenía un sillón, donde cómodamente podía estar reclinada una persona sin ser vista por nadie.

El escudero del incógnito saltó el primero y alargó su mano al otro, que de un brinco quedó á la puerta del castillo; desde allí miró la bella capital de Andalucía, iluminada por diez mil faroles; la verde campiña con sus tintas amarillas; aspiró la brisa y contempló, en fin, aquella calma y sosiego de una noche



El bote partió tranquilo.

—¿Nada te preguntó?

—Sí, intentaba saber un imposible.

—¿Y era?

—El número de víctimas que tendió en tierra mi maza.

—¿Qué le contestaste?

—¡Brava pregunta! Que se lo dijeran los muertos, pues yo no los conté.

—¿Nada más quiso indagar?

—No.

—¿Tú remas bien, es cierto?

—Eso dice mi señor.

—Pues coge mi lancha y boga.

En este instante llegaron al muelle. Ali aproximó una preciosa góndola que estaba atracada junto á los botes reales, y exclamó:

—Cuando gustéis.

que convidaba á pasear sobre las cristalinas aguas del poético Guadalquivir.

—¡Hacia el Sur, Ali—exclamó el caballero,—despacio, que yo llevo el timón y quiero gozar de las auras, del aroma de las flores, y viendo esas abriillantadas ondas que ha tiempo no miraba con sosiego!

—¿Y mi amo?

—Al remo, Ali, al remo, y boga hacia el Sur, hasta que te canses ó te mande hacer alto.

Y el caballero entró en su pequeño castillo, dejando la puerta abierta, se reclinó en su estrecho pero cómodo asiento, cogió el timón y dió á la góndola el rumbo que deseaba. Su escudero se tendió en la proa mirando á su señor,

y Alí, sentado en una tabla, empuñó dos remos y comenzó á moverlos con calma. El bote partió tranquilo, columpiando dulcemente á los que iban en él.

Cinco minutos después dejaron atrás el puerto, los buques anclados y sólo vieron ya agua, cielo y las márgenes más pintorescas de Europa.

El valeroso caballero de la cruz roja meditaba, sin dejar de mirar el panorama encantador que tenía delante; su escudero descansaba de la fatiga que sufrió anteriormente, y Alí, cuando creyó que su acento no podía ser oído por otros que por sus compañeros de viaje, sin dejar de remar y con voz que le hubiera envidiado el más apuesto doncel, entonó las siguientes estrofas:

Blandas aguas, dulce brisa
bella flor
oid con tierna sonrisa
mi dolor.

Negro mi pasado fué,
¡ay de mí!

Y negro en el mundo hallé
cuanto vi.

En los confines de Sahara,
fiero sol
blancura robó á mi cara
y arrebol.

Acreciendo mi carrera
planta hallé
que su pétalo de cera
envidié.

Y por el orbe corriendo
sin cesar
fui día y noche aprendiend
á llorar.

Letal historia sin bueno
mi triste pasado encierra;
veneno
me dió á beber en su seno
la tierra.

¿Y por qué negro nací?
¿Por qué negro me miré?
¡Ay de mí!

¿Por eso he de verme aquí
esclavo de cuanto hallé?
Agua, brisa, plantas, flor,
si al hombre sólo inspiráis
dulce amor,

¿por qué para mí guardáis
el rigor?

Negro el destino
negra mi faz,

¿por qué natura
me hizo incapaz
de amar la bella
que mi antifaz
al ver tan negro
huye fugaz?
¡mientras sus brazos
abre falaz
y estrecha en ellos
blanco rapaz!
Si para el negro
no hay, gran Dios, paz
que al cielo vaya
haz, Señor, haz.

La dulce, tierna y melancólica voz de Alí, se apagó. El caballero de la cruz roja le dijo:

—Bien, negro; tu canto me ha hecho más agradable aún las delicias de tan risueña noche. Volvamos á Sevilla y atraca frente al muelle, al pie de mi casa. Si hubiese verdad en las ideas que llevan tus estrofas, no temas; tu color quedará oculto con tanto oro, que asombrará á la más bella y tendrá á dicha unirse á ti.

La lancha comenzó á girar á la izquierda hasta variar completamente de rumbo; entonces el africano tomó mejor postura, dió empuje á los remos y salió el esquife contra la corriente ayudado por la marea, con la rapidez de una flecha. A la vez contestó al encastillado:

—Señor, sé que te agrada mi voz y por eso canté, que tengo á mucho distraer al caudillo que venció esta tarde; otro día hablaremos de mis penas.

—Gracias, esclavo de ayer, intrépido liberto de hoy.

—Poco gané al adquirir una libertad que se perdió entre los pliegues del amor que tengo á los amos que sirvo.

—Tu voluntad es libre, hijo del Desierto.

—Ni está sujeta ni suelta, que la arroje de mí para no tener otra que la del hombre más valiente y generoso que existe; que la de la hurí que hace tristes á las flores, pálido al Sol, opaco al brillante...

—Negro, á Sevilla; que la noche avanza, y tu señor puede necesitar de ti.

—Cerca estamos ya, que el bajel parece volar sobre las ondas de este río,

que no ha mucho enrojeció la sangre de mis enemigos.

—Fiero estuviste, leopardo.

—De cada mazazo maté uno y no cesé en dos horas de mover mi pesado hierro. Muchos cayeron, muchos, pero cada orden tuya, cada voz hería á un ciento de asesinos y no dejaste de mandar en hora y media.

—La noche avanza, africano.

—Más deprisa corre mi lancha. A la izquierda, que ya estamos delante de tu casa; un poco más, de frente ahora; así, A la derecha; basta. ¿Duerme el escudero?

—Sí, como esta tarde sobre el caballo.

Los tres saltaron en tierra, Alí sujetó la lancha y seguidamente se dirigieron á una linda casa situada á veinte pasos del río.

En la orilla derecha del extenso y profundo Guadalquivir, entre una apiñada y corpulenta arboleda, rodeada de un jardín, en el cual serpenteaban los arroyos, mugían las cascadas y embalsamaban el aire con su delicioso aroma mil y mil flores de diferentes clases y colores, se alzaba, blanca como la nieve, poética como el parque, risueña como la campiña, la mansión del caballero de la cruz roja.

Llegaron los tres, empujaron la puerta de la verja que tenía delante la casa, y por un estrecho y dulce sendero se acercaron á la entrada, llamando Alí; pero nadie contestó; tornó el negro á golpear y continuó el mismo silencio; repitió por tercera vez, y una voz bronca le preguntó:

—¿Quién es?

—Tu señor y el mío—le contestó el africano.

No debió satisfacer al cancerbero la respuesta, pues abriendo un ventanillo, miró. Luego, alzando su acento, exclamó en árabe:

—¡El caballero de la cruz!

Seguidamente dejó expedita la entrada á los tres. Varios musulmanes salieron con hachas encendidas y acompañaron al incognito, hasta dejarle en la sala principal de la casa.

Imposible parecía que habitase aquella morada un guerrero, jefe ahora de la tribu más bélica que tenía el reino de Granada; por todas partes se veían jarrones de flores, pebeteros que exhalaban ricos aromas de Oriente, estatuas que representaban el amor y la poesía; cuadros con retratos de hermosas mujeres y briosos castellanos; sedas de Damasco, alfombras de Persia; reinando tan exquisito gusto, que encantaba, seducía y arrobaba la deliciosa estancia.

En pos de su dueño entraron el escudero y Alí, y un segundo después, veinte zegríes que saludaron á aquél, ni más ni menos que si fuese un califa, y uno de ellos le preguntó:

—Manda, necesita ó quiere algo mi...

El de la cruz le interrumpió:

—No; retiraos y dormid, que esta noche podemos hacerlo.

Aquéllos volvieron á saludar, marchando de allí, mientras éste exhaló un hondo suspiro, se dejó caer sobre un blando sillón, apoyó los brazos en la mesa de mármol que tenía al lado y inclinando la cabeza quedó como pesaroso, ensimismado y abatido. Su voz era fina, aguda, sonora, clara y de un timbre tan grato, que hería el oído de una manera dulce, suave y agradable. Su andar negligente, gracioso, y sus posturas y acción elegantes, hasta en lo más pueril. Imponía su mirada y acento, pues mandaba á lo rey y era, no obstante, tan afable y cariñoso con todos los que le obedecían, que no existía uno sólo que dejase de amarlo y de hallarse dispuesto á morir por él. Su escudero y Alí, le contemplaban en este momento con interés mezclado de pena, sin acertar á comprender la causa que le condujo á aquel estado de abatimiento. Por último, alzó la cabeza, y cubierto siempre con su celada, les dijo al negro y á su escudero:

—Pedro se ha disgustado esta tarde, porque supone que nuestra llegada decidió demasiado pronto la victoria dando lugar á que lograsen escapar la mitad de esos miserables asesinos.

—Si no corremos en su auxilio, pudo efectivamente dar fin de todos con sus

ochocientos vasallos y este infatigable africano que se ha batido admirablemente; mas eran muchos, y ¡quién sabe si en la reyerta hubiera perecido de no acudir tú en su ayuda!

—No, amigo mío, tiene razón el Conde; nos hemos precipitado, dando lugar á que se salven muchos que debieron morir. Situé á mis zegríes como el caso requería, y de quedar allí no habría escapado uno; pero le vi en peligro varias veces y no pude contenerme; debilité la línea, caí sobre ellos y los amedranté, es cierto, mas les dejé una puerta entornada por donde les fué posible la fuga. Ya está hecho y no tiene remedio; es preciso, no obstante, declarar que Pedro tiene razón.

—Nada se ha perdido —añadió el escudero—no creo que se vuelvan á atrever con D. Sancho; pero si fuesen tan osados ¡por mi patrón...!

—Se ha perdido tiempo, y no es poco. Me va cansando ya esta celada, que no me deja ver cuando quiero lo que tanto deseo.

Y volvió á inclinar la cabeza sobre los brazos. Los otros dos le miraban nuevamente, sin atreverse á desplegar sus labios.

—¡Alí! —dijo después de haber meditado largo rato—tu amo partirá mañana á la guerra; voy á darte nuevas instrucciones que observarás sin separarte de ellas un ápice.

Y dirigiéndose á un gabinete que tenía enfrente, se encerró en él y escribió por espacio de media hora. Salió después, le dió al negro varios pergaminos, despidiéndole con las siguientes frases:

—Marcha, leal africano; ya sabes de lo que depende mi vida: duermes poco, vela mucho y no te distraigas un solo instante. ¡Qué el cielo te ayude y nos proteja á todos!

Y le tendió una mano que aquél besó con cariñoso respeto. Luego estrechó al escudero y partió seguido de dos zegríes que no le abandonaron hasta verlo dentro del esquite.

Alí cogió los remos y bogó; más en cuanto desaparecieron los musulmanes volvió á saltar en tierra, y dirigiéndose

hacia la derecha reconoció los alrededores de aquella misteriosa morada. Nada halló, sin embargo, que llamase su atención.

—¡Completa soledad, profundo silencio!—exclamó—nada viene á turbar la tranquilidad y sosiego que reina en esa mezquina vivienda, donde mora hoy el ser más privilegiado de Castilla. ¡Dios vele por él...!

Y tornó al río, penetró en el bote y comenzó á remar. Poco después atracó á la opuesta orilla, y cogiendo su maza se dirigió al real alcázar, donde todavía continuaba encerrado con los reyes su amo el conde de Lara.

Una hora más tarde salió aquél y ambos á pie y con el rostro descubierto atravesaron Sevilla entrando en el palacio.

Lo primero que hizo el Temerario fué reconocer á los heridos, y satisfecho del estado en que se hallaban, pasó á la estancia de Borja, le encargó que corriera al real alcázar, en el momento que pudiese salir á la calle y se despidió de él hasta su regreso de la guerra; luego visitó á su tío, previniéndole lo mismo que á aquél; lo estrechó, dando después algunas órdenes para su próxima partida, y seguido siempre del negro se encerró en su alcoba.

—Desnúdame, Alí; me he acostumbrado á tu servicio y no sé mandar á otro que á ti.

—Gracias, amo mío; me place que pienses de ese modo.

—Debes estar rendido, fiero africano; ¡por María y la Cruz, que no te he conocido bien hasta esta tarde! ¡Tu brazo aprendió á matar...!

—¡Procuro imitarte, señor, ya que igualarse á ti no le es dable á ningún mortal.

—Negro, hay uno que vale más que yo en el campo de batalla.

—Ese no puede ser otro que el de la roja cruz.

—¿No viste su desnudo, intrepidez, arrojo y valentía?

—¡No; vi al genio de la gloria dominarlo todo, todo avasallar, y en alas de su inmenso poder, ser la égida de

los buenos, el asombro, el terror y la muerte de los malos...! ¡No es hombre!

—¿Quién es Alí?—le preguntó el Temerario con ansiedad.

—Un ángel, señor, un ángel que Dios mandó en nuestro auxilio.

—¿Le amas?

—Como á los santos.

—¿Le obedeces?

—Como al destino.

—¿Tanto le conoces?

—Como á ti.

—Llévame á su palacio.

—Castillos tiene, señor, palacios y alcázares; y es tan poderoso como un rey; mas hoy habita una morada tan pobre como risueña y alegre.

—¿En Sevilla?

—No, señor.

—¿En dónde?

—Cerca de ese campo que cubrimos hoy de cadáveres.

—¿Vive solo?

—Lo sirven un príncipe, multitud de caballeros y treinta esclavos.

En este instante se metió en el lecho el conde de Lara, después continuó:

—Háblame de él, mi querido Alí; dime todo lo que sepas y te sea permitido expresar: ¿vas á dormir cerca de mí?

—Sí; saco mi cama; que escondo debajo de la tuya, cierro la puerta, tiendo mi colchón, me desnudo á medias, me abrazo á mi esposa y háblote, amo mío.

—¿Tu esposa dices, negro?

—Sí; la única que me es dado tener.

—¡Una maza!—exclamó Lara inclinándose hacia Alí.—¡Tan negra es y tan fuerte como tú!

—¡Y tan leal como dura! Ella sola ha destruido esta tarde multitud de enemigos; no ha mucho la enrojecía la sangre; mas ya está limpia y tan aseada que puede quedar á mi lado durante la noche.

—¿Para qué?

—«Camina siempre junto á él, duerme al pie de su lecho, no estés nunca indefenso, que su vida es la mía». Esto me dijo doña Blanca y eso hago, señor,

que mi voluntad es la voluntad de la hurí.

—¡Dulce recuerdo, que no olvido nunca y que acabas de engalanar con tus poéticas frases, hijo del Desierto...! ¡Blanca, esposa mía; vive tranquila en esa tierra santa, bajo la encorvada palmera de la Siria! ¡Ahí no llegarán las auras de la guerra, los huracanes del exterminio! ¡La pura y sosegada brisa de ese privilegiado lugar, estampe en tu rostro de ángel el sello de la paz, ya que no puedas recibir el de la dicha! ¡Quiera el cielo que acaben pronto mis enemigos conmigo ó concluya yo pronto con ellos; esta separación es peor mil veces que la muerte; ó vivir á tu lado ó perecer, y esperarte en el Cielo sin sufrir la mortal ansiedad que aquí me devora!

Mientras se expresaba así el conde de Lara se incorporó Alí, quedando de rodillas sobre su colchón, cruzadas las manos, apoyadas éstas en el lecho de aquél, oyendo con un interés creciente las exclamaciones de su amo. Cuando éste hubo concluido, añadió él:

—Corramos, señor, corramos pronto á la raya de Castilla y acabemos de una vez y en el menos tiempo posible con los enemigos de D. Sancho. Tú al frente de los montañeses, y yo al de los selvícolas, es cuestión de una sola batalla. ¡Comprende, amo mío, que la bellísima sultana muere como tú de impaciencia! Suspira, llora, inclina la frente y cuenta los instantes de su vida por los ayes que exhala, las lágrimas que vierte y los quejidos que lanza su pecho.

—¿Quién te lo ha dicho, Alí?—le preguntó Pedro, acercándose á él cuanto pudo.

—¡La maga, señor, la maga!

El Temerario volvió á acostarse y cerró los ojos, exclamando:

—¡Siempre arcanos y misterios en derredor de mi existencia! ¡Pasé veinticinco años sin saber si tenía ó no padre; todos hablaban de él, todo me lo imponían á su nombre, y cuando preguntaba por el hombre á quien debía mi existencia todos enmudecían, inclinaban la frente, y ni ruegos ni amenazas basta-

ban á descubrirme el impenetrable secreto! ¡Antes era un solitario que me seguía, que velaba por mí, que me salvaba la vida; ahora es una maga que también corre en defensa mía, sin que yo pueda comprender cuándo, cómo ni por qué! ¡Mis criados conocían al misterioso solitario, mis sirvientes conocen á la maga; me juzgan á mí con más sabiduría que ellos, y no obstante esa creencia ellos saben lo principal; yo lo principal ignoro!... ¡Dios mío, Dios mío! En el solitario estaba tu poderosa mano; cesó el encanto de aquél y ahora la veo en la maga; tu infinita bondad me sigue doquier; ¡cuán bueno eres con este mísero mortal que nada quiere ya saber, que le basta con que tú le perdones y lo ames como á hijo indigno, pero que te adora, bendice, glorifica y vive por ti y para ti...! Para ti...

Y el Conde se quedó profundamente dormido; en su tranquilo sueño demostraba la calma, el sosiego de su conciencia. Le obligaron á matar é hirió sin cuento. ¡Quién sabe si la Providencia se valdría de aquel noble y robusto brazo para confundir á los hijos de Satanás!

Alí, viendo dormido á su amo, fijó la mano derechá en la maza, y cerró los ojos, exclamando:

—¡Valiente eres, amo mío, como ninguno; pero tu nobleza de alma, tu creencia en Dios y tus hidalgos sentimientos superan á ese valor, arrojo, temeridad, destreza y talento que te enviemian los hombres! Yo procuraré imitarte; á tu lado se aprende bien, se aprende... bien...

Y quedó presa del sueño como lo estaba su señor.

Salgamos del palacio de Lara, donde todos duermen, á excepción de los centinelas, de algunos heridos, de los sirvientes que cuidan de éstos y del mago que los asiste, y encaminémonos á la plaza de Fernando III.

En el centro de ésta se alzaba la colosal estatua del célebre conquistador de Sevilla, y frente á ella, dando vista al Norte, existía un alcázar ó castillo feudal tan extenso como el de Lara, y tan fuerte, aun cuando no tan opulento. Te-

nía gruesos y elevados muros, anchos y empinados torreones, puentes de hierro, férreas puertas, y encima de la principal se veía altanero el escudo de armas de D. Lope, conde de Haro y señor de Vizcaya.

Era la media noche; un profundo silencio reinaba en aquella gran plaza sobre la cual reflejaba la Luna su opaca claridad. Todos los edificios que la rodeaban seguían cerrados y no se veía alma viviente fuera de las murallas del castillo de D. Lope, sobre las cuales se hallaban una docena de arqueros que, inmóviles y mirando al frente, parecían estatuas fijas en la sillería del edificio. Ni paseaban ni repetían la voz de alerta, ni en su acción daban señales de conservar la existencia que el Cielo les otorgó.

Penetremos ahora en la fuerte y suntuosa morada de Haro. De los mil vasallos que tenía el poderoso Conde, sólo habían quedado con vida unos trescientos, los cuales permanecían en pie y dispuestos á la defensa por orden de su amo. La mayor parte de los criados, esparcidos aquí y allá, dormitaban unos en el suelo, otros en sillones, y ninguno en su lecho. A pesar de la hora avanzada continuaba silenciosa la campana que daba la orden del recogimiento y descanso. En las primeras horas de la noche comentaron la catástrofe ocurrida en el torneo, cuya historia habían relatado algunos de los dispersos que consiguieron llegar al alcázar en un estado lamentable de postración y abatimiento; luego criticaron la conducta de su amo, y notando que éste no les permitía buscar el lecho, concluyeron por irse recostando en el sitio más cómodo que encontraban.

Más al interior, en un salón extensísimo, se hallaban multitud de caballeros de la casa de D. Lope, y de varios otros grandes, amigos y parciales de éste; los que, siguiendo la suerte de sus jefes, se refugiaron con ellos en el alcázar. Todavía conservaban las armaduras que muchos ostentaban hechas pedazos por la maza, hacha ó lanza de los valientes defensores de S. A.; algunos se

hallaban heridos y curados, aun cuando mal, por sus compañeros. Sigamos más adelante.

En un extremo del estrado, en góticos sillones, juntos unos con otros y arrellanados cuanto les permitían sus cómodos asientos, se encontraban diez y seis grandes señores de los que formaron, no ha mucho, la junta secreta de la terrible logia llamada de los *quinientos*: eran el conde de Haro, Armengol de Cabrera, su hermano D. Alvaro, Rogelio Bernaldo, Conrado Lanuza, Pedro Rodríguez, Hernando Gutiérrez, Suero Aimar, Garci-Jofre, Arnaldo de Toledo y otros, que, aun cuando tan ricos y poderosos como los anteriores, no figuraban tanto en la corte, ni sus nombres eran tan conocidos en el país. En este instante hacía uso de la palabra el sagaz Conrado, y decía á sus dignos compañeros.

—Señores: creo conocer al enemigo, y por lo mismo soy de parecer que no volvamos á intentar nada contra él, en el modo y forma que lo hemos hecho hasta aquí. D. Sancho es osado hasta la temeridad; el puesto que ocupa le da un poder superior al de todos nosotros; Doña María posee una astucia que no encuentra rival; le aconseja bien y tienen de su parte al pueblo que sigue siempre al que domina. Pedro de Lara, á pesar de su proverbial osadía, no es tonto y les sirve de mucho; cuentan además con el poderoso auxilio de su aliado el rey de Granada y con ese reyezuelo ó príncipe de la cruz roja, que es, á no dudarlo, un experimentado capitán; por todo lo cual repito, que la desgracia de esta tarde es debida á que hemos seguido un camino enteramente contrario al que debiéramos emprender.

—Ya que conocéis el mal—le replicó el conde de Haro—sepamos qué remedio encontrasteis... ó mejor dicho, qué opináis vos, sobre lo que hemos debido ó debemos hacer en adelante.

—Nada creo que ganamos con hablar del pasado; harto hemos sufrido esta tarde, y no es poco conservar la vida que salvamos milagrosamente. Ocupémonos del porvenir.

—Y bien ¿qué debemos hacer?

—Conde, hoy no es día de discurrir; procuremos, si es posible sustraernos á la venganza de Sancho IV, no olvidando un solo instante que creyendo sorprender fuimos sorprendidos, y queriendo matar fuimos acuchillados y vencidos. Es indispensable usar de mucha cautela y sagacidad, ahora y luego; el león nos conoce y de seguro no se dará por satisfecho con las víctimas que ha inmolado.

De este modo discurrían hace cinco horas los jefes de la revolución, que puso en peligro la preciosa vida del bravo Monarca, y á los que tan valerosamente confundieron los inimitables conde de Lara y caballero de la cruz roja. Durante la comida, antes y después, se ocuparon del medio que debían adoptar para continuar su inicua trama, sin encontrar nada que les ofreciera buen éxito, y sin acordarse tampoco de los millares de hombres que habían perecido, víctimas de la ambición y egoísmo de los diez y seis malvados. En alas de su ciego despecho y bastardas pasiones, sólo se cuidaban de aquella idea sangrienta y terrible que, realizada, podía darles un poco más de riqueza y de elevación.

Cansados ya de discurrir y hablar sin resultado alguno, decidieron retirarse á dormir en el seguro alcázar del Conde. pues no era cosa de echarse á la calle y ser sorprendidos por Pedro el Temerario, cuyo solo nombre les hacía temblar.

Como se ve por lo expuesto, los jefes de aquellos terribles enmascarados se asustaban ahora de su propia sombra; tal era el efecto que les causó la lección que acababan de llevar.

Ya estaban de pie los diez y seis, cuando llegó hasta allí el eco de una bocina tocada en la plaza de Fernando III; aquel fatal sonido les hizo palidecer, les trabó la lengua y quedaron mirándose sin atreverse ninguno á desplegar los labios. Un instante después se oyó el alerta de los centinelas, las carreras de los soldados, el estrépito de los guerreros y el choque de armas que se arrastraban por el suelo.

Habían transcurrido cinco minutos, y

los jefes conspiradores no daban señales de vida. Poco después se presentó uno de los caballeros de D. Lope, y le dijo á éste:

— Señor, tres guerreros cubiertos con las celadas de sus cascos, pretenden llegar hasta vos.

— ¿Vienen solos? — le preguntó el Conde.

— A nadie más se ve en la plaza.

— ¿Quiénes son?

— Lo ignoro...

— ¡Contestación es esa, que no la daría peor un bellaco! Averiguad quiénes son, y no volved á presentaros ante mí otra vez tan torpe y descuidado, por no decir cobarde.

— ¡Señor!... — se atrevió á replicar el caballero.

— ¡Basta! Salid y obedeced.

Algo más tarde volvió á entrar el mismo, y le dijo al Conde:

— Es S. A. D. Juan.

— ¿Dónde está?

— Espere en la plaza.

— ¡Miserable...! ¡Os habéis atrevido á detenerlo un solo instante...! ¡Mañana os mando dar cuarenta palos! ¡Abrid, y que suba inmediatamente!

El sonrojado caballero se retiró de allí, mientras su despótico señor les decía á sus compañeros:

— Sentáos, señores, y oigamos cómo disculpa S. A., mi yerno, su ausencia de esta tarde en el campo de batalla.

Todos volvieron á arrellanarse en los sillones, hasta el momento en que se presentó el maquinador Infante, que se levantaron, volviendo á sentarse después que le saludaron, y aquél lo verificó.

Don Juan era hermano del rey don Sancho IV, y sabida es la perversa índole con que vino al mundo. No hay historiador que al ocuparse de este malhadado hombre, deje de hacerlo con palabras que parecerían excesivamente duras, si el tal Infante no hubiera sido el peor de los vasallos que tuvo su valeroso hermano. Cobarde, ruin, veleidoso, sin fe, y con una desmedida ambición, empleó la vida mancillando su honra, ultrajando la virtud y conspi-

rando, primero contra su padre, luego contra su hermano mayor, y siempre contra su patria. Para comprender lo que sería este hombre, basta decir, que al frente de cinco mil bárbaros del Riff, y á nombre del rey de Marruecos, enemigo eterno de los castellanos, sitió á Tarifa, y no pudiendo conseguir que se le entregase el fuerte, el valeroso don Alonso de Guzmán, que la defendía, mandó asesinar al tierno é inocente niño de aquél, que cogió por medio de una traición, y que tuvo en rehenes hasta que, convencido de que nada en el mundo le haría ceder al indomable Guzmán, mandó que lo degollaran. Estremece el recuerdo sólo de acción tan satánica; Alonso de Guzmán defiende la ciudad del rey, le da su propia sangre, y consiente que asesinen á su hijo, antes que faltar á su deber; y el hermano del rey, el que tenía más obligación de defender el honor de su patria, el trono de su padre y su propia casa, es el verdugo del tierno niño, de la honra de su país.

Nos ha parecido conveniente dar á conocer, según relata nuestra historia, á este hombre funesto, para que no se crea exagerado el tipo con que, á fuer de verídicos, nos vamos á ver obligados á presentarle en lo sucesivo.

Don Juan penetró en el estrado del alcázar de su suegro D. Lope, envuelto en un manto encarnado y cubierto el rostro con la celada de su casco. Los dos caballeros que le habían acompañado se quedaron en el salón contiguo, entre los del conde de Haro.

El Infante saludó á sus amigos y supuestos vasallos, se bajó el embozo, alzó la celada y se sentó, haciendo seña á los demás para que lo verificasen también. Su semblante, pálido siempre y enfermizo, estaba ahora algo desenchajado, si bien setraslucía en él una satisfacción que no trataba de disimular. Su suegro D. Lope le observó detenidamente, diciéndole después con bastante ironía:

— Yerno y señor, mucho he sentido no ver á V. A. en toda la tarde; que de estar vos con nosotros nada hubierais perdido, y acaso se ganara mucho.

— Mi alteza futura, querido suegro y

señor, no asistió al torneo porque no es aficionado á ver calaveradas; y mientras vos y los valientes jugabais á la guerra en el palenque, yo meditaba sobre el mal que os causarían vuestros enemigos, buscando á la vez un remedio á vuestro daño, y un camino que os pudiese llevar al fin, que por sendero opuesto, escabroso y de difícil acceso, os proponíais vosotros llegar.

—¿Y lo hallasteis?

—Sí.

—¿Seguro?

—Mejor que el vuestro.

—El adoptado por nosotros era realizable.

—La prueba os desmiente, D. Lope.

—Tuvimos hoy mala estrella, don Juan, y de no ser tan funesta, vencido hubiéramos, que el plan no admitía pero.

—Vuestro amor hacia mí, el deseo de justicia y otras causas que me callo, os cubrieron la realidad con el manto de la ilusión.

—¿Por qué no os opusisteis si tan claro veíais?

—Dios me libre combatir jamás una idea atrevida, gigantesca por más que la crea temeraria y de éxito contrario; por desgracia vivimos en una época en que se le llama miedo y cobardía á la sabia prudencia.

—¿Luego vos no hubierais aprobado nuestro intento?

—Nunca.

—¿Fué esa la razón que tuvisteis para no asistir á las dos últimas reuniones?

—Sí.

—¿Pero sabíais de un modo positivo que se frustraría el plan?

—No; suponía lo que iba á suceder, otra cosa me era imposible.

—No os comprendo, D. Juan; ó sabéis más que todos nosotros juntos, lo cual me sería muy grato, ó ignoráis completamente los grandes recursos puestas en acción esta tarde para asegurar el triunfo de nuestra causa que es la vuestra.

—No desconocía nada, absolutamente nada de cuantos medios poníais en juego, ni tengo la pretensión de saber más que vosotros; pero ¡ay! Conde amigo y señor, desde el puesto donde tuvo á



D. Juan penetró en el estrado del Alcázar.

bien colocarme la Providencia se ve más claro; allí no suben las ilusiones, no llegan las mentiras, por muy disfrazadas que se presenten, ni alcanzan las falacias de los hombres; desde la cumbre de nuestro entendimiento todo se distingue negro, es cierto, porque la realidad cuando es adversa, llega envuelta en su tétrico paño mortuario. Esto no obstante, hay quien se ofusca y ve lo contrario de lo que la verdad le

enseña; pero de que así suceda sólo tiene la culpa el que cierra los ojos ante una razón que no le conviene. Y ved ahí la causa de los extravíos de mi hermano Sancho.

—Vuestras palabras, señor—le dijo Garci-Jofre—reaniman nuestra decaída esperanza; hablad por Dios y si hemos errado confesaremos nuestra falta y en lo sucesivo seguiremos el solo camino que tengáis á bien trazarnos.

El infante D. Juan era tan cobarde como sagaz, y á veces se veían en él destellos de una brillante imaginación que apagaban á cada momento su carácter veleidoso y su índole perversa. Cuanto estaba diciendo era una pura ficción, una mentira tan inicua como la mayor parte de sus hechos, pues su maldad solía aplicarla en obras como en palabras. Supo, y hasta en cierto modo dirigió el terrible complot contra su hermano, que acabamos de ver; pero llegó el momento de lanzarse á la pelea, y aun cuando eran ciento para uno, tuvo miedo y se escondió, esperando en el rincón del hogar de uno de sus vasallos el resultado de la revolución que debía regalarle un trono conquistado del modo más inicuo y traidor que era posible imaginar. Le dieron noticia de la catástrofe, y entonces haciendo uso de todo su ingenio, puso en juego su oro, influencia y poder, valiéndose de hipócritas asalariados y de otros medios tan honrosos como éste, para la realización de una nueva idea que neutralizase ante sus parciales ó defensores los efectos de la derrota que acababan de sufrir, disculpase su pavor y lo elevara al lugar á que sus regias pretensiones le impelían. Todo lo cual consiguió, gracias á lo mucho que torturó su entendimiento, á las espléndidas ofertas que hizo, al dinero que derramó, y á la energía que usara en los momentos en que sus partidarios corridos de vergüenza salvaban sus vidas, dejando atrás un arroyo de sangre y presa de la muerte la mitad de las fuerzas que les acompañaban.

Escuchémosle, y veremos con asombro, de todo lo que era capaz este aborto del infierno.

Cuando acabó de hablar Garci-Jofre, bajó la cabeza, exhaló un suspiro, y mirando á los diez y seis grandes, que á la verdad eran muy chicos, con acento triste les dijo:

—Señores, vi vuestro entusiasmo por mi causa, que es, según decís, la del país; contemplé vuestro ardimiento, valor y denuedo, y os creí dignos de llevar á cabo la difícil cuanto honrosa misión que con asombro de las naciones concebisteis; y lo digo con orgullo, pensé que nada podría estorbar vuestro arrogante paso. Asistí á vuestras reuniones, y más que enterarme de vuestros planes me ocupaba en admirar la energía, fe y arrogancia con que obrabais. Se aproximó el gran día, me disteis á conocer vuestro plan, y participando de vuestra justa ira, del enojo que los malvados os inspiraban, lo creí en el primer instante admirable; mas ¡ay! ¡cuán pronto se desvaneció mi ilusión! Apenas abandoné el recinto donde os hallabais, vi que había en vuestro intento mucho valor, bastante temeridad y algo de impremeditación, con lo cual ahogabais esa prudencia tan necesaria en casos de tal magnitud y dificultad. D. Sancho—exclamé—sabrà algo, pues son muchos y los traidores abundan, hará venir al Temerario, á ambos les sobra osadía, y creyendo los míos que van á sorprender, serán sorprendidos y acaso víctimas de su celo por la mejor de las causas. Lo mismo que aconteció lo comprendí antes, mucho antes de la hora señalada, y se convirtió en realidad mi sospecha cuando supe que D. Sancho iba al palenque seguido únicamente de cien guardias. Y no obstante tal seguridad, me hallé condenado á oír, ver y callar, que se me tacharía de cobarde y entonces todos nos habrían abandonado.

Era, como comprenderán nuestros lectores, todo el partido que se podía sacar del miedo que retuvo á este hombre lejos del campo de batalla; su cinismo se igualaba á su cobardía. Los que le escuchaban tenían necesidad de creerlo y dieron asentimiento á aquella farsa tan ridícula como la causa que la

motivaba. El mísero pretendiente comprendió el efecto que sus palabras habían causado, y añadió:

—Hasta hoy os he dejado en el derecho de obrar á vuestro libre albedrío por las consideraciones expuestas; mas de seguirlo haciendo sería ya una ingratitude que no usaré nunca para con mis leales y denodados partidarios. Esta tarde os hicieron huir, mañana os confiscarán vuestros bienes, y los satélites de la tiranía escalarán vuestros palacios, y si os cogen os entregarán al verdugo; todos, incluso yo, estamos sentenciados á muerte.

—¡Horror! ¡Horror!—exclamaron los diez y seis, pálidos y desencajados.

—Todos—añadió el infante.—El bando de Lara os será aplicado como á miserables pecheros por sus propios vasallos, y mañana los ocho mil soldados de Sancho en pos de los ochocientos que tiene en Sevilla el Temerario, se ocuparán en buscaros, tomando á la vez posesión de cuanto tenéis, que en breve formará parte del real patrimonio; vuestros nombres serán expuestos á la vergüenza; el pueblo os va á maldecir y, pobres proscritos, vagaréis por el mundo sin patria, bienes ni honra, en tanto que no den con vosotros, que al cogeros, sólo hallaréis un verdugo, un hacha y un tajo.

Fuera de sí, temblando de ira y de miedo, y horrorizados á la vez del relato de D. Juan, que en este momento les decía la verdad, exclamaron en confusa gritería:

—¡Maldición sobre Lara! ¡Ay de nosotros! ¡En mal hora nos lanzamos á conspirar! ¡Ese temerario Conde es el mismo Lucifer! ¡Traición! ¡Traición! ¡Somos víctimas de una insensatez sin igual...!

—Me alegro que reconozcáis vuestro error—dijo D. Juan, imponiendo silencio con su voz y ademanes.—Por mí, por la justicia, os habéis sacrificado; yo os salvaré á todos.

—¡Bien! ¡Bien!—gritaron.—Hablad, señor, hablad.

Un silencio profundo siguió á estas exclamaciones; aquellos hombres, tan

altaneros y audaces no ha mucho, humillados hasta un punto que rayaba en servilismo, miraban al Infante como si en realidad fuese un verdadero rey del cual esperaban la vida, un honor que no tuvieron jamás, y las riquezas que juzgaban perdidas. El triunfo de D. Juan iba aumentando; cuando lo hubo saboreado bien, continuó:

—Os he dicho y repito que ahora voy á mandar.

—¡Sí, sí, tratadnos como á vasallos!

—¡Basta de consideraciones! Si no hubiera sido tan bueno, tan dócil, no sucedería lo que acontece.

—¡Mandad, disponed! Vuestras son nuestras vidas.

—Pues bien, grandes de mi reino, os voy á salvar entregándoos á la vez la cabeza de Pedro de Lara.

A estas frases, pronunciadas con toda solemnidad que el Infante pudo darlas, siguió un rumor sordo, confuso, prolongado, que indicaba mucho, pero qué nada decía; los grandes hablaban entre sí, se requerían mutuamente, y nada se atrevían á contestarle. Asombrados, perplejos é indecisos, ante tan colosal ofrecimiento, no sabían qué hacer ni qué decir; no dudaban ni se atrevían á creer. Por fin D. Lope interrogó á su yerno con las siguientes palabras:

—¡Don Juan, tras de una noticia terrible, cruel, fatal, nos dais otra que á ser cierta merecáis, no un trono de Rey, sino de Emperador! ¡Quitad á D. Sancho el brazo de Pedro de Lara, y lo tendréis á nuestras plantas; arrancadle ese dique que defiende su trono, su poder y vida, que da aliento al pueblo, arrogancia y valor á sus amigos, y seremos á la media hora dueños de Castilla y de León!

—Me alegro que hagáis justicia á mis ideas y opinión. También creo yo eso respecto de Lara; y siendo cierto, ¿por qué habéis expuesto mi causa y vuestras vidas en el palenque donde os ha vencido, cuando acabáis de declarar que muerto el conde de Lara, teníamos ganada la victoria? ¿Por qué, juzgando así, no empleasteis el tiempo perdido y la sangre derramada en la margen iz-

quierda del Guadalquivir, en confundir á ese hombre? Viendo el dique, ¿por qué no lo derribasteis, en vez de acercaros á sus muros, dando lugar á que cayera sobre vosotros y os triturara con su enorme peso? ¡Insensatos! ¿Me dais ya la razón?

—Sí, sí—le contestaron todos.

—Pues bien, lo que os dije anteriormente se realizará; seréis dueños de la cabeza de Lara. Mientras vosotros buscabais amigos y confidentes entre una clase pobre y que poco ó nada podía daros, yo los he procurado en la corte, cerca del Temerario y al lado de D. Sancho; y en tanto que corráis al encuentro de un sitio que os escondiera y librara del acero enemigo, yo hallaba el único puerto de vuestra salvación. Vi las consecuencias infaustas de vuestra insensatez, y lejos de ámilanarme, traté de sacar un gran partido de esa fatal derrota que tanto deploráis. La victoria conseguida por el enemigo sobre vosotros lo adormece hoy entre sus limpios laureles; tranquilo, seguro y descansado correrá mañana hacia Aragón, en busca de nuevas glorias, de otros laureles, que podrán muy bien proporcionarle el anhelado triunfo ó un tajo, un hacha, y mi verdugo de Ecija.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron los diez y seis, aplaudiendo con entusiasmo á D. Juan. La simple indicación les bastó á aquellos malvados para comprender el criminal pensamiento de su digno jefe. D. Lope, sin embargo, se atrevió á preguntar:

—Hijo del alma, ¿estáis seguro de que esta vez no erraremos el golpe?

—Sí, padre amado.

—¿Tenéis confianza absoluta en esos hombres?

—Sí.

—¿Os dijeron...?

—Me dijeron, que concluido el torneo, comió Doña María Alfonsa de Molina con ese incógnito de la cauz roja, que vale por lo menos tanto como Lara, con el hermano del rey de Granada y con cuatro jefes de tribu, mientras Don Sancho lo verificaba con su amigo el Temerario y otros grandes. Luego se

reunieron mi hermano y el Conde en el despacho de aquél, y poco después fué á hacerles compañía la de Molina; y me contaron además cuanto hablaron los tres.

—¿Les oyeron?

—Sin perder una frase.

—Triunfo fué que os ha elevado mucho, D. Juan; ¿cómo lo conseguisteis?

—Con ese metal dorado que se ablandan todos los corazones.

—Mucho conseguir fué.

—¡Bastante metal dí!

—Todo era poco, á mi entender.

—Por eso lo entregué sin vacilar.

—¿Y oyeron, señor, oyeron?

—Que confiscaron vuestros bienes, que os sentenciaban á muerte y que mañana llevarían á cabo su intento mientras el Temerario corre en busca de nuevos laureles.

—¿Solo?—le preguntaron los diez y seis con viveza.

—Solo, sí.

—¡Qué muera!—exclamaron de nuevo retratándose en sus rostros la venganza y la maldad.

—¡Muera!—repitieron; —y reinad, D. Juan, en Castilla y León, que no existiendo Lara, para nada necesitamos de D. Alonso la Cerda.

—¡Otra insensatez! ¿No acabáis de convenir conmigo en que vale por lo menos tanto como el Temerario el caballero de la cruz roja?

—Sí.

—Y muerto aquél, ¿no queda éste?

—Es verdad.

—Dejaos, pues, de formar castillos en el aire y obedecedme ciegamente.

—Mandad, disponed; todos os pertenecemos.

—Inmediatamente, sin perder un instante, que parta cada cual á su morada y recoja ó saque cuantas alhajas y oro tenga, y uno tras otro, separados, y lo antes posible, id marchando á Ecija, donde os espero. El Temerario parte al mediodía de mañana, y sería conveniente que al salir de Sevilla estuvierais todos allí. Si, como espero, cae en nuestro poder ese hombre funesto, saldremos de Ecija al frente de seis mil hom-

bres. A la vez avanzará el ejército de D. Alonso de la Cerda, cogeremos en medio á los montañeses del Saucejo y á los zegríes con su jefe á la cabeza, pues no dudo que en breve se unirán éstos á aquéllos, y vencidos por nosotros regresaremos á Sevilla, sitiaremos á Sancho, y auxiliados oportunamente por mi aliado el rey de Fez, daremos fin á nuestra empresa en poco más de ocho días. Luego declararemos la guerra á Mahomad II, rey de Granada, y en alas de ese ardimiento que tanto os distingue, arrancaréis al califa tantos ó más pueblos como vamos á ceder en León á mi sobrino D. Alonso. ¡Castellanos, disponeos á vencer; mi hermano os enseña la terrible guadaña; se la voy á arrancar de la mano y á entregárosla; segad con ella las gargantas de nuestros enemigos!

—¡Mueran todos!—gritaron en coro los diez y seis.—¡Lucha y exterminio hasta que no quede uno solo!

—¡Así os quiero, briosos adalides, fieros y obstinados hasta lo infinito!

—Morirán ellos exclamaron de nuevo,—sus mujeres, hijos, vasallos; talarémos sus tierras, incendiaremos sus mieses, pulverizaremos sus castillos.

—Sin compasión, hacedlo así; yo os lo mando. ¡Ese menguado que apellidan Temerario me ha humillado ya dos veces y á vosotros ciento! ¡Creí un día que era un gran hombre, le seguí y hasta le libré la vida...! ¡Basta ya de engaños y falsías; no más consideraciones! ¡Sueñe la trompeta guerrera, préndase la tea de la discordia y no cesen de tocar y arder mientras haya quien desobedezca nuestra ley! ¡Por encima de nosotros sólo las nubes; debajo, el Universo entero!

—Corramos, señor—prorrumpieron nuevamente los satélites,—corramos á la guerra; con nosotros irá la victoria; en nuestros corazones el odio y la venganza; en nuestras lanzas la muerte, y debajo de la tierra, la compasión.

—¡A Ecija, y muera el Temerario!

—¡A Ecija, y perezcan todos nuestros enemigos!

—¡Sin vida vamos, que nos la arrancó

una sentencia de D. Sancho! ¡Ay de él si volvemos con ella!

—¡A Ecija antes de amanecer!

—¡Estrechadme todos, y hasta que nos veamos en mi querida ciudad!

Aquel coro satánico calló, formó un grupo de mentido y endiablado amor y convertido cada uno después en un aborto del infierno, partieron á cumplir las órdenes del menguado Lucifer á quien obedecían.

Una hora después todos ellos, sus caballeros, vasallos, escuderos y sirvientes corrían hacia Ecija por diferentes caminos, ocultas veredas, estrechos senderos y con cuanta velocidad les era dable. Entre las sombras de la noche y los tintes de la madrugada escondieron su fraticida intento. ¡Todo lo llevan perdido y todo pretenden ganarlo! ¡Satanás les inspira en esta ocasión; su ardimiento es hijo ahora de la más negra desesperación; y en brazos de su criminal deseo son capaces de consumar cuanto llega á su enloquecida mente!

¡Ay del noble, hidalgo, generoso é incomparable conde de Lara! ¡Esta vez le tiende la red la más astuta serpiente; su mordedura es mortal, y por desgracia pronto se habrá cebado en él con el ahinco de una fiera que no teme despedazar á sus hijos! Ni Alí, ni el incógnito de la cruz roja podrán salvarlo; sólo un milagro, únicamente la bondadosa mano de Dios tiene poder suficiente para hacer soltar á la culebra la presa que asegura entre sus ponzoñosos colmillos. El hombre más leal que existe en Castilla va á ser víctima de la más inicua traición.

CAPITULO XIX

La marcha.—Regia despedida.—Las torres de Ecija.—Embozada.—Alí.

Hasta las ocho de la mañana continuaron sumidos en un tranquilo sueño el poderoso conde de Lara y su leal servidor Alí. Las fatigas del día, los rudos y tremendos golpes que descargaron sus brazos y el continuado combate habido en el palenque, rindieron en parte á aquellas dos privilegiadas materias; y

al cansancio sucedió el sosegado sueño de que ambos necesitaban con razón.

Abrió sus negros y rasgados ojos el bello y varonil atleta, se incorporó sobre la cama, y mirando á su negro, que en aquel instante se levantaba presuroso, le dijo:

—¡Alí, creo que hemos dormido mucho!

—Opino lo mismo, señor, y entiendo que ni tan buena estancia ni tan blando lecho nos depara la suerte esta noche.

El Conde sonrió, replicando á su negro:

—Verdad es, valiente leopardo.

—¿Por qué me llaman fiera, amo mío?

—No lo sé; presumo, no obstante, que se fundarán en la dulzura y cariño con que tratas á mis enemigos.

—Entonces, procuraré hacerme digno de mi nuevo apellido.

—Ya lo eres, Alí; por María y la Cruz, que aprendiste á matar tan bien por lo menos como mi amigo Márcia.

—Tal maestro tengo, señor. ¿Conque decías que esta noche dormiremos...?

—Sobre las sillas de dos bríos corceles. ¿Te gusta la cama?

—¿Es decir, que vamos...?

—A la guerra, africano.

—¿Solos?

—Sí, quiero correr para que no se impacienten mis leones del Saucejo.

—¿Nos esperan?

—Ha tiempo.

—¿En dónde?

—Al pie de Sierra Morena.

—¿A qué hora saldremos?

—Al mediodía.

—¿Qué trajes?

—De cota, pero ligeros; que es preciso volar.

—¿Te lo traigo?

—Al momento. Oye antes: ¿Y la maga?

—No andará muy lejos, señor.

—¿Sabes dónde para?

—En este momento, no; mas si tienes empeño...

—No; esta noche fuí presa de una horrible pesadilla, y como esa mujer todo lo sabe...

—Cuéntamela, amo mío; creo que nos queda tiempo sobrado.

—Héla aquí: no sé cómo, cuándo, ni por qué, me hallaba en un oscuro calabozo, sujeto con pesadas cadenas y rodeado de miserables asesinos que á cada momento me amenazaban con sus mortíferas picas. Después me llevaron entre monjes á una plaza grande, alumbrada por un Sol que abrasaba; luego me cogió un hombre de aspecto siniestro y mirada feroz; era el verdugo que fijando mi cabeza sobre el tajo levantaba el hacha para segar mi garganta. En este instante creo haber despertado, bañado en sudor y abrasando mi piel; mas debí continuar dormido, pues aun cuando estabas tú al pie de mi cama vi á la maga que me tenía sujeta una muñeca con su mano derecha.

—¿Y qué más, señor?

—La hechicera me oprimía fuertemente, sacudí el brazo, dió un grito terrible, lanzó una carcajada y huyó de mi vista exclamando: «¡Ay de ti, Pedro; si Alá te abandona, pronto serás presa de la muerte!»

—¿Y qué más, señor, qué más?

—¡No recuerdo otra cosa; fué un sueño breve, rápido, sangriento y terrible!

—¿Dices que me veías á tus pies?

—Sí, en tu propio lecho.

—¿Contemplastes esta habitación en la forma que está?

—Lo mismo exactamente.

—¿Quién sabe...! Aguarda un poco, señor.

Alí salió precipitado de la alcoba, abrió uno de los balcones que daban á la plaza y observó detenidamente; pero no hubo de distinguir lo que su vista buscaba, pues volviendo á la estancia donde se hallaba Pedro, le dijo:

—Todo, amo mío, todo ha sido un sueño. Si te amenazara peligro y lo adivinase la maga, alguna señal me hubiera dejado su atrevida planta.

—Sí, fué una pesadilla, hija, acaso, de la lucha que sostuvimos ayer. ¿Me vistes?

—Al momento.

El conde de Lara almorzó media hora después, ocupando el resto de la mañana en dictar órdenes, concluyendo por mandar á sus vasallos, que en cuanto él

partiese se pusieran á disposición de D. Sancho, llevando á cabo cuanto aquél debía prevenirles.

El infante D. Juan había dicho la verdad á sus parciales, en lo relativo á la sentencia de muerte y confiscación de bienes de los revolucionarios. Y aun cuando al principio opinaba el Rey que convenía esperar el regreso del Conde para llevar á cabo tan atrevidas sentencias, acordaron después verificarlo en el momento que partiese aquél, respondiendo de este modo á la indignación que demostraba el pueblo contra los asesinos que con tanto descaro per-

vaban bastón-lanza, un pequeño escudo y un ligero traje de malla.

Veloces como el viento, rápidos como la exhalación, hábiles como ninguno y briosos como el más apuesto, caminaban el blanco y el negro por el ancho arrecife que conduce y deja atrás á la inmemorial Sevilla.

A los quince minutos hallaron una muralla formada por cien guerreros que en ala y de cuatro en cuatro atravesaban el camino; no obstante lo cual continuaron amo y sirviente sin contener su carrera.

—¡Alto!—les gritó el jefe.

—¡Adelante, Alí!— exclamó el Temerario alzando su corta y terrible lanza.—¡Paso al conde de Lara!—añadió.

En este instante llegó junto á los guerreros y distinguiendo en todos ellos el escudo de armas de la casa real, paró, diciéndole á su negro.

—Detente, Alí, que son caballeros de S. A.

Ya era tiempo, pues el buen africano había hecho retroceder á cuatro con sólo el empuje de su corcel. El buen Alí se iba creciendo hasta el punto de rivalizar con su señor.

—Es mi Alteza en persona—dijo el jefe de los guerreros alzando

su celada—que os despide, Conde amigo, y os envidia el paje que lleváis. Par diez, que es tan negro como la noche, tan fuerte como el Rey y tan valiente como su amo.

—Con gusto os lo cedería, gran señor —le contestó Lara—mas no me pertenece; es un regalo que me ha impuesto Blanca.

—Obsequio digno de tan gentil matrona—dijo Sancho IV.—Acércate, africano. ¿Quién te enseñó á guerrear?



Caminaban el blanco y el negro por el ancho arrecife.

petraron crímenes en los sitios más públicos de Sevilla. Por eso ahora el Temerario recomendaba á sus ochocientos vasallos el cumplimiento de tan penoso y audaz encargo.

Después otorgó varias recompensas á los que se habían portado mejor la tarde antes, estrechó al anciano Rodrigo y á algunos de los principales caballeros de su casa, y montando en un fuerte y ligero corcel, salió de Sevilla seguido de su insuperable leopardo. Ambos lle-

—Los malvados que hallé en la tierra y á los que tuve necesidad de confundir, Alteza—contestó Alí mirando al Rey.

—¿De quién aprendistes esa destreza que consiguen pocos y que todos envían?

—De Pedro y Blanca que no tienen rival en tus reinos.

—¿Y ese valor?

—Ese me lo dió quien vale más que tú: Dios.

—Luego eres cristiano.

—Sí.

—¿Quieres mucho á tus amos?

—Más que á la madre que infante me amamantó; que á las brisas del Desierto donde nací; que al Sol ardiente que me vió crecer; que á la vida, en fin, que me otorgó el destino. ¡Que si los amo! ¿No lo ves, Alteza? Va solo conmigo, duerme en mi regazo, sobre mis muslos, porque basto yo solo para defenderlo.

—¿Cómo te llamas?

—Alí.

—Pídeme una merced; lo que quieras, cuanto más grande sea, con más gusto te la concedo.

—Gracias, poderoso monarca, te la voy á pedir: quiere á mi señor como él se merece.

—Yá lo hago, Alí. Pide para ti.

—¡Para mí! ¿Qué hay en el mundo que yo desee y me lo niegue mi amo, ó no me lo pueda yo conquistar?

—¡Mucho sabe el negro!

—Todo se lo debe á Dios, que es bondadoso y caritativo hasta con los desterrados de Sahara.

—Conde, ese negro vale tanto como el castellano más apuesto.

—Mucho cuesta, señor, también.

—Todo lo que le deis es poco.

—Poco no, que tiene mis tesoros abiertos, manda en mi casa y le dí todo mi cariño.

—Gran recompensa es; pero la merece. ¿Me dáis vuestra mano?

—¡Señor, os habéis molestado!

—No; tuve el placer de estrechar á mi leal amigo. Corred, Conde, correr y venid con esa victoria que tan fácil os es arrancar á la suerte. Alí, tu rey te dis-

tingue y aprecia; cuando regreses, ve al alcázar.

—Lo haré, que soy aficionado á la honra.

—¡Castellanos, paso á mi primer caudillo!

—Gran señor, hasta el tercer domingo.

—¡Dios vaya y vuelva con vosotros!

Amo y criado picaron á sus potros y salieron como flechas impelidas por fuerza eléctrica.

—Mirad, señores—exclamó D. Sancho—esos caballos vuelan; esos jinetes son de pluma; esos hombres de hierro. ¡Oh! ¡no sé por qué siento un pesar, una ansiedad terrible al verlos alejarse de mí! ¡De buen grado los seguiría; mas no puedo! A Sevilla, á escape y ¡ay de nuestros enemigos!

El Rey y sus cien caballeros volvieron á la metrópoli y comenzaron acto continuo á llevar á efecto la confiscación acordada, ya que no pudieron prender á ninguno de los sentenciados á muerte por haberse ausentado éstos la noche anterior. Sin oposición alguna entraron los alguaciles de Sevilla, auxiliados por los soldados del Rey y de Lara, en los palacios y alcázares de los grandes que componían la junta secreta, y en las casas de los caballeros que formaron parte de los *quinientos* y que habían sobrevivido á la catástrofe del día anterior. La justicia tomó inmediatamente posesión de cuanto tenían, todo lo cual fué vendido, ingresando su importe en las arcas reales. Después se pregonó un bando, dirigido á los sentenciados para que en el término de tres días comparecieran ante la autoridad á dar sus descargos ó á sufrir la pena á que se habían hecho acreedores; ninguno se presentó, como era de suponer; en cambio aparecieron sus nombres á la vergüenza, é indignando el pueblo los maldijo públicamente, les cantó romances, en los cuales lo mejor que se les llamaba era asesinos; sirviendo de befa y escarnio á la multitud. Ellos, en tanto, agrupados en torno del terrible Infante, se hallaban ya en Ecija, conspirando contra S. A. y maquinando para perder á Lara.

Mientras acontecía esto en una y otra ciudad, corría el famosísimo Conde en dirección de Carmona, en cuyo punto pensaba detenerse dando á la vez algún descanso á los fatigados alazanes. Este pueblo distaba seis leguas próximamente de Sevilla, y no tardaron en llegar á él más que unas tres horas.

Se detuvieron, pues, en una posada, permaneciendo tres cuartos de hora, tiempo indispensable para tomar algún alimento los amos y los potros. Concluido este acto, montaron nuevamente, exclamando el Conde:

—Alí, otra carrera hasta Ecija; allí nos detendremos dos horas para dar descanso á los caballos.

—Señor—le contestó el negro,—¿no sería mejor parar en una venta cualquiera del camino, y aun cuando fuera dar un rodeo, para evitar el paso por una ciudad donde acaso estén refugiados el Infante y sus parciales?

—No; quiero ganar tiempo, africano, que me aguardan impacientes mis hijos del Saucejo.

—Señor, D. Juan es dueño de Eéija, sostiene en ella mil vasallos y todos le obedecen.

—Ya lo sé.

—Pudiera muy bien tener noticias de nuestro arribo y...

—No me extrañaría.

—Conque, paramos en la venta del Pinar, luego giramos á la izquierda, dejamos á la derecha á Ecija, y á la madrugada á Córdoba.

—Seguimos por este camino; descansamos en Ecija, y luego continuamos adelante.

—Pues á Ecija, señor, á Ecija, y que Dios sea con nosotros.

—¿Y tu maga, Alí, cómo no te ha dicho la ruta que nos conviene llevar?

—La maga, amo mío... más adelante sabremos de ella.

Ambos aguijonearon á sus potros y volvieron á desaparecer como fugaces meteoros. Sin hablar, corriendo siempre delante el inimitable conde de Lara, y á no muy larga distancia su leopardo, cruzaban el camino con una velocidad asombrosa. Así permanecieron tres ho-

ras consecutivas, en cuyo instante llegaron á una venta, bebieron agua y se detuvieron un cuarto de hora, compadecidos del estado en que iban sus briosos corceles; pasado este tiempo subieron otra vez y tornaron á caminar.

Una hora después les anocheció completamente, y algo más tarde apareció la Luna triste y solitaria, extendiéndose sobre aquellos bosques de olivos, cuyo fin parecía no hallarse. A su amarillento resplandor seguían los jinetes subiendo y bajando cuevas, saltando zanjas y continuando, en fin, su precipitada marcha.

Serían poco más de las ocho cuando distinguieron en lontananza las severas torres de Ecija; pero en el mismo momento descendieron á una hondonada y la ciudad desapareció de su vista; luego notaron los bultos de varios hombres que se percibían á lo lejos y como á la mitad de una nueva cuesta que comenzaban á subir. Según avanzaron iban reconociéndolos mejor, hasta ver claramente que, á juzgar por el traje, eran unos doscientos peones, los cuales llevaban la misma dirección que ellos, pero que caminaban mucho más despacio. Cuando ya estaban casi encima les cerraron el paso gritando uno de ellos:

—¡Alto!

—Paso al conde de Lara—exclamó éste sin dejar de correr.

Uno de aquellos volvió á gritar:

—¡Paso al Temerario!

Y lo hizo con voz tan fuerte que pudo oírse á gran distancia. A la vez se abrieron dejándole franco el camino.

El atrevido Conde cruzó por medio sin dignarse mirarlos; no así su negro el cual reconoció aquellos semblantes, y sin dejar de caminar, refrénó algo su caballo, observando á derecha é izquierda; mas continuó adelante. Su amo, oprimiendo siempre los ijares de su alazán, llegó á lo más alto de la cuesta y se precipitó en el descenso; pero al mismo tiempo se oyó un golpe terrible y la voz del Temerario que gritó:

—¡Alto, Alí!

El negro se estremeció al escuchar aquel ruido y el acento de su amo. Hizo

sin embargo llegar á su caballo de un salto á la cumbre, quedando horrorizado. El conde de Lara y su fogoso cuadrúpedo habían caído en una profunda zanja, hecha y cubierta hábilmente para engañar la vista más perspicaz. A la vez vió que cientos y cientos de caballeros, peones y vasallos corrían en tropel hacia la zanja, gritando con alegre algarabía.

—¡Nuestro...! ¡Nuestro...! ¡Muera el Temerario...! ¡Viva el rey D. Juan!

El valeroso y leal africano, parado sobre la altura, contempló cuanto le rodeaba, dudó, y con dos lágrimas en sus ojos, más ardientes que el fuego, volvió su caballo, se tendió en él, cogió las bridas con los dientes, en su mano derecha el bastón-lanza, en la izquierda la formidable daga, y como un rayo se precipitó sobre los doscientos supuestos peones que, espada en mano le cerraron el paso. Llegó cerca de ellos, oprimió el vientre de la fiera cuanto pudo, y ésta saltó por encima de los aceros contrarios, derribando al caer á varios de aquellos asesinos; su valiente dueño comenzó entonces á matar á derecha é izquierda, su corcel á atropellar y correr, y sembrando entre amo y cuadrúpedo la muerte, atravesaron la compacta fila de malvados, penetrando en un bosque de olivos. Más tarde dió una voz el jinete á su cabalgadura, se cogió á las ramas de un árbol, aquella siguió á escape, quedando él oculto entre frondoso ramaje. Desde allí vió, un minuto después, que más de quinientos jinetes recorrían el bosque en persecución suya. Allí dejó que pasaran; observó y seguidamente se tiró del árbol y corrió, oculto entre el bosque, en dirección de la zanja donde estaba su amo. Saltando como la pantera unas veces, arrastrándose otras como la serpiente, sin hacer ruido y conteniendo la respiración, llegó el desconsolado africano hasta muy cerca de la cuesta donde cayó su señor; no lejos de él había una gran peña; se tendió al lado de ella, y desde allí observó nuevamente. Su negra piel brillaba como el azabache; sus ojos despedían fuego y su labio inferior vertía sangre de tanto

oprimírselo con la fila superior de su fina dentadura; pero no se movía ni respiraba; más que ser humano parecía, pegado á la tierra, la sombra de la misma piedra que le resguardaba de caer en manos de sus contrarios.

De este modo contempló la alegría de aquellos hombres que no ha mucho corrieron ante su potente maza; oyó los aplausos que tributaban al miserable D. Juan, y latiendo su corazón con una violencia que le lastimaba, continuó cosido á la tierra, fija su atención y mirada en el sitio por donde se derrumbó su cariñoso amo. Permanecía sujetando con sus manos la corta lanza y el largo puñal; á ochenta pasos estaba el conde de Lara, pero en este momento le rodeaban sobre mil asesinos, con todos los cuales, no podía el africano, ni aun cuando hubiese caído sobre ellos conseguiría otra cosa que morir y acelerar el último instante de su señor. No quería tampoco conservar su existencia si Lara perecía; aguardaba sólo saber si podía salvarlo ó si debía morir haciendo pagar muy caro el postrimer suspiro.

Sin aliento, y agitado por esa ansiedad que se comprende, pero que no tiene descripción, esperó. Algo más tarde sacaron al Temerario de la zanja donde cayó, le ataron fuertemente con gruesos cordeles, y entre ocho robustos vasallos se dirigieron con él hacia Ecija, en medio de los mil cobardes que acababan de cogerle prisionero. Al partir éstos oyó la siguiente orden que daba el Infante:

—Conducidlo al peor calabozo de mi castillo, y al ser de día que lo mate el verdugo en la plaza pública, invitando al pueblo á que asista á la ejecución. ¡De este modo vengaremos las humillaciones que nos hizo sufrir!

El preso, al caer en la zanja, se hirió en la cabeza é iba ahora sin conocimiento y bañando con su sangre á los que le llevaban á Ecija. A la vez llegaron los jinetes encargados de la persecución de Alí, exclamando uno:

—Señor, el que acompañaba al Temerario ha de haber sido muerto por alguna de las estocadas que le tiraron

LA NOVELA DE AHORA

los caballeros disfrazados de peones, pues hemos hallado su caballo y él no ha parecido en el sitio por donde emprendió la carrera su corcel. A la mitad de esa cuesta hay algunos heridos y cadáveres, y debe estar entre los últimos. ¿Desea V. A. que los reconozcamos...?

—Por esta noche me basta con el conde de Lara. A Ecija, señores, á Ecija, y estar preparados por si vuelve en sí.

Y sin cuidarse de los muertos y heridos que dejaban á la espalda, á pesar de pertenecer á sus filas, se encaminaron todos hacia el castillo feudal del Infante.

Cuando hubieron partido, fué poco á poco incorporándose Alí, hasta quedar de rodillas; la lanza y la daga se le cayeron de las manos, levantó éstas al cielo, y con amoroso acento exclamó:

—¡Gran Dios, padre generoso, monarca sublime y caritativo! ¡Me concedes una noche para que libre á tu hijo Lara de entre las garras de sus verdugos! ¡Gracias, Señor! ¡Padre, dándome tanto tiempo, no puedo, no debo llegar tarde! ¡Ayúdame, gran Dios, ayuda á este infeliz, que hasta el color de los seres humanos le negó su destino! ¡Mi vida por la suya; y si algo malo hizo en este mundo, súfralo yo por él en esa eternidad que me aguarda!

Dos raudales de ardorosas lágrimas se precipitaron por el rostro del noble y valeroso negro; cogió su bastón y su puñal, dió un grito espantoso y corrió tan ligero como hubiera podido hacerlo su caballo en dirección del cercano monte. Alí no era en este momento un hombre; hijo del Desierto, criado entre fieras y tan fuerte y valiente como ellas, saltaba, corría, y sin que le detuviesen los abrojos, los árboles, la aspereza del terreno, los precipicios, las simas, las elevadas cumbres, las profundas hondonadas, llegó á lo más alto de la sierra, convertido unas veces en corzo, otras en liebre, algunas en pantera, y siempre en poderoso león.

Ya en la cima, buscó hierba seca, ramaje y cuanto combustible pudo hallar á mano, formando con él una inmensa hoguera; á cada momento cogía uno de los pedazos que ardían, lo levantaba, y

con su lumbre formaba en el aire signos, que nadie al parecer veía ó á los que ninguno contestó. Desesperado el negro, exclamaba:

—¡Satanás protege á esos malvados esta noche...! ¡Mis señales se pierden! ¡La noche avanza, y al ser de día lo van á decapitar en la plaza pública como á miserable asesino! ¡Maldición! ¡Yo solo no puedo con tantos! ¡Mataré á D. Juan, á veinte, á ciento de los que le rodean; pero esto no le librará de perecer á manos del verdugo! ¡Oh, por qué te vales, infierno, de tantos hombres para matar á uno! ¡Legad á mí, vosotros, los satánicos seres, que con todos me atrevo! ¡Por María y la Cruz...! ¡Dios mío, Dios mío; sin tu poderoso auxilio nada puede el hombre, nada vale...! ¡Ruín materia, rueda por el mundo cual bola de nieve que desciende al abismo, herida por los picos que le salen al encuentro! ¡Miseró gusano, queda humillado á cada instante bajo la altiva planta de su gigante destino! ¡Insensato rapaz, cubre con su necio orgullo la pequeñez de su miseria! ¡Padre Eterno, Pedro y yo moriremos mañana, si así lo dispones; cúmplase tu soberana voluntad!

El africano se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó como arrobado por un éxtasis que le adormeció.

Las llamas continuaban elevándose; la hoguera ardía con más vehemencia que nunca, y el aire lanzaba sobre Alí torrentes de humo que chocaban con su rostro; pero el negro no sentía, escuchaba ni veía en aquel instante; las lágrimas, sin embargo, rodaban desde sus ojos hasta la ceniza que tenía á sus pies.

Diez minutos más tarde lanzó un ¡ay! lastimero, levantando su cabeza. A aquella exclamación siguió un grito, que por algunos instantes fueron repitiendo los cóncavos de los montes; al alzar la frente vió á su derecha, y á gran distancia, otra hoguera igual á la suya; dió nuevo grito, y cogiendo un trozo de rama encendido por un extremo, comenzó á practicar sus anteriores señales; otra llama igual á la suya le contes-



tó en el acto. Entonces el negro levantó el pedazo más grueso y largo del combustible que tenía á medio quemar, lo introdujo entre el suelo y la hoguera, y comenzó á elevar la lumbre y á esparirla por el aire. Cuando hubo concluido repitió sus señales, le contestaron, y sin detenerse más descendió por el monte del mismo modo que había subido, dando espantosos gritos, que parecían salir de su corazón. Llegó al llano, y por entre los árboles y la maleza, corrió desafortadamente, perdiéndose al poco tiempo entre la espesura del bosque y las sombras de la noche.

CAPITULO XX

El calabozo, el prisionero y sus terribles guardias. — El monje basilio. — El verdugo.

El conde de Lara cayó, según hemos dicho, en una zanja de bastante profundidad, y en cuyo fondo pusieron varias peñas que recibieron al noble atleta con sus afilados y agudos cantos. Su caballo pereció en la caída y el jinete se abrió la cabeza, sobre la cual sufrió el terrible golpe. Sus infames enemigos habían empleado perfectamente las catorce horas que se le adelantaron; y en esta ocasión, según hemos expuesto ya, fueron inspirados por Lucifer. La emboscada no pudo ser más habil ni salirles con más fortuna.

Ya en manos de tan sangrientos rivales el inanimado héroe, lo trasladaron á Ecija, formando entre todos un diabólico coro, en el que se mezclaban las risas, los parabienes, las amenazas, los aplausos y una gritería en fin, satánica, aterradora, infernal.

En tanto, y rodeado de aquellos transfugas de la nobleza castellana, iba el hidalgo doncel regando con su sangre el camino de Ecija.

De este modo lo llevaron á la ciudad, lo encerraron en un calabozo, ligaron sus carnes con gruesas cadenas y metieron en la prisión veinte asesinos con orden de que lo atravesaran con sus picas, si al volver en sí intentaba forzar

los férreos eslabones. Luego se reunieron los diez y seis que ya conocemos, presididos por D. Juan, y decretaron la muerte del Temerario en la plaza pública á manos del verdugo, el cual segaría su cabeza con un hacha sobre un tajo. Dispusieron, asimismo, que el momento de la ejecución fuese á las ocho de la mañana; que pasearan al reo por los sitios más concurridos de la ciudad, y que asistiese el pueblo al acto. Transigiendo á la vez con las preocupaciones de la época, y queriendo dar al sumario que instruían, con tal motivo carácter de legalidad, hubo acusación y hasta defensa, hecha ésta por uno de ellos mismos y peor mil veces que aquella; y concluyeron por conceder al prisionero un sacerdote que debería permanecer á su lado desde aquel instante hasta el en que expirase, eligiendo para este fin un monje de San Basilio. El resto de la noche lo pasaron los malvados en una orgía, entre vinos, manjares y licores. Así esperaron el momento de la ejecución, libando placeres, formando castillos en el aire y preparando la venganza más sangrienta de cuantas se habían llevado á cabo desde Caín hasta entonces. En su sed de exterminio no perdonaron á nadie ni excluyeron del Rey abajo á ninguno de los que se oponían ó pudieran oponerse á sus fatales pretensiones. Don Juan recibía ya con satisfacción el tratamiento de Alteza y su alegría al deshacerse de Lara era inmensa. Mandó un correo noticiando á D. Alonso la Cerda la feliz nueva de la muerte del Temerario, le enteró del plan que ya conocemos, y concluyó disponiendo que todos sus parciales asistiesen á la ejecución con traje de corte para dar más pompa y solemnidad al acto y causar más vergüenza y humillación en el infeliz sentenciado. Muerto el Conde debían armarse todos, revistar sus huestes y prepararse para caer, de acuerdo con Cerda, sobre el ejército de Lara acampado cerca de Sierra Morena. En su loca ambición y ciego despecho se olvidó el Infante de adoptar varias medidas que aconsejaban la sabiduría y la prudencia. Cógido el Temerario, juzgó por lo visto,

que el mundo se iba á postrar á sus pies; tal era el terror que el valeroso Pedro llegó á infundir á sus enemigos. Lucifer inspiraba á estos malvados; mas en el crítico instante los ofuscó la Providencia. ¿Terminarán sus perversos planes? Veámoslo.

Un caballero de los secuaces de don Juan se presentó, acabado de sentenciar el reo, en el monasterio de San Basilio y á pesar de lo avanzado de la noche se hizo conducir á presencia del abad, al cual le dijo:

—Su Alteza el rey D. Juan dispone que inmediatamente pase un monje á la prisión de Pedro el Temerario y permanezca á su lado hasta que expire en el patíbulo.

El abad de San Basilio pertenecía á una de las familias más distinguidas de Sevilla, sólo contaba treinta y cinco años, tenía mucho talento, virtud, y fué siempre uno de los que más admiraron al conde de Lara; así es que al oír la noticia que concluían de darle, se estremeció; pero disimuló cuanto pudo la terrible impresión que acababa de recibir, preguntando al enviado:

—¿No es ese reo el conde de Lara?

—Sí.

—¿Quién lo ha sentenciado á muerte?

—El rey D. Juan.

—El Infante querréis decir.

—No, el Rey.

—¿Murió D. Sancho?

—No.

—Entonces...

—Abad, ¿cumplís ó no la orden de Su Alteza?

—Si me la traéis por escrito y firmada por D. Sancho IV, rey de Castilla y de León, con mucho gusto.

—¡Por Barrabás!...

—¿Qué?

—Sois un rebelde.

—Soy un ministro del altar, que sólo obedece á Dios, á su conciencia y á su rey.

—No veis, insensato, que si D. Juan lo sabe os va á mandar azotar.

—¿Quién es ese nuevo monarca: un Nabuco ó un Herodes? Si me manda azotar, mi único sentimiento será no

parecerme tanto al sublime *Azotado* en el pretorio, como el Infante se parece á los sayones que llevaron á cabo la flagelación sufrida por el Hijo de Dios.

—¡Si no fuerais monje!

—Al contrario, atreveos conmigo; yo no puedo ofenderos ni defenderme.

—Me estáis insultando, abad.

—Hombre, hidalgo, pechero ó lo que seáis, mis labios jamás insultaron: de ellos no sale otra cosa que la verdad.

—Acabemos: ¿cumplís ó no la orden del Rey?

—Ese Infante no reina; no puedo, no quiero obedecerle.

—¿Luego os negáis abiertamente á auxiliar á un reo?

—Eso nunca. Decidme dónde está el desgraciado y partiré en su busca, pero sin orden de nadie.

—Seguidme.

—Iré solo; mi misión en el mundo es contraria á la vuestra y no podemos caminar juntos.

—No os permitirán entrar.

—Esperadme á la puerta de la prisión que no tardaré en seguirlos.

—¿Sois inexorable?

—Sí.

—Está bien; no por vos, sino por mí, por evitar que el Rey se incomode y me... Os espero en el primer patio del castillo de D. Juan.

Salió el enviado y el religioso exclamó con dolor:

—¡Villanos, de qué horrible traición os habréis valido para hacer sucumbir al hombre más leal, noble y valeroso de la tierra! ¡Qué terrible maquinación es esa que derriba lo grande y poderoso de Castilla para elevar la hez, la escoria de estos reinos! ¡Dios mío, apiádate de tus hijos! Si perece Lara, ¿que va á ser de todos nosotros.

El fuerte y justiciero abad se limpió las lágrimas que bañaban su rostro, y trocando su calma por una viveza que no le era peculiar, gritó:

—¡Anselmo! ¡Anselmo!

A estas voces se presentó un fraile joven, bien parecido, de mirada ardiente y segura y le saludó con respeto, diciéndole:

—Padre; á vuestra disposición.

—Anselmo, tú no eres cobarde, ¿es verdad?

—Sólo temo al pecado, padre mío.

—¿Conoces al conde de Lara?

—Y le amo, señor. ¿Hay algo más noble y generoso en el orbe?

—Anselmo - gritó el abad, alzando los brazos.—¡El infante D. Juan y sus iniecuos parciales lo van á decapitar!

—¡Justo cielo! ¿Será verdad? Padre, salvémosle ó muramos á su lado.

—Corramos á su prisión y á cambio de perecer nosotros veamos si es posible salvarlo.

—¡Corramos, padre mío, no lo asesinen mientras!

—Vamos, hijo, vamos, estos hábitos tan largos no me dejan andar lo de prisa que yo quisiera.

—Arriba, señor, arriba con ellos y corramos.

—Tienes razón, así no estorban tanto.

El abad y el monje se encaminaron al castillo de D. Juan tan ligeros cuanto les era posible; ya al frente de sus muros se detuvo el superior, bajó sus ropas y exclamó:

—¡Dios mío, inspíreme vuestra sabiduría y perdone si hago uso de algún medio poco noble; que la intención y la causa me disculpan! Anselmo—añadió—bájate esos hábitos, calma ahora, serenidad y confianza en el que todo lo puede.

Seguidamente pidió á los centinelas que bajasen el rastrillo; enterados éstos de quien era le obedecieron y ambos penetraron hasta llegar al primer patio, donde les esperaba ya al caballero que no ha mucho salió del monasterio. Este reconoció detenidamente al joven profeso, examinó la imagen del Redentor que llevaba en la mano, y no satisfecho todavía le preguntó al abad:

—¿Quién es ese fraile?

—Ya lo veis, un monje de San Basilio.

—¿Por qué no venís solo?

—Porque llevo á mi lado, siempre que salgo á estas horas, á uno de mis profesos.

—¡No sois poco tímido!

—Eso no es cuenta vuestra.

—Tenéis razón, estáis en vuestro derecho para asustaros hasta de una hormiga. Seguidme.

Los tres atravesaron dos grandes patios, oyendo al cruzarlos carcajadas y gritería de los reunidos en el festín, de que antes hemos hablado. El superior se detuvo, preguntándole á su guía:

—¿Quiénes ríen de ese modo?

—El Rey y varios grandes de su corte.

—Alegres están como nunca.

—Ya lo creo; la presa que han asegurado merece esa orgía.

—¡El infeliz que va á morir era digno de más compasión!

—Abad, sellad los labios y seguid; ved que si os oyen os mandan azotar.

—Más padeció el Señor con aquellos otros verdugos y aún rogó á su divino Padre por ellos.

—¡Callad, insensato, no abuséis de vuestro ministerio! ¡Estos frailes tienen mucho miedo para unas cosas y para otras...!

Los tres continuaron adelante. Bajaron luego una escalera estrecha y larga, penetraron en un pasillo lóbrego y extenso y á la conclusión, se detuvieron ante una puerta de hierro, la empujaron y entrando delante el caballero, les dijo á varios soldados que estaban dentro de aquella morada:

—De orden del Rey permitid á estos monjes que acompañen y cuiden al reo; pero no dejarles que toquen sus cadenas ni nada contrario á la sentencia de muerte que ha de llevarse á cabo mañana á las ocho.

Los soldados inclinaron la cabeza en señal de obediencia y aquél partió, volviendo á cerrar la puerta.

Los dos religiosos entraron en el húmedo y triste calabozo de Lara. Era un rectángulo alumbrado por un farol, fijo en la pared, el cual despedía una luz rojiza, opaca y siniestra. Veinte soldados de aspecto feroz, ostentando tremendas picas, rodeaban al reo, que tendido en el suelo, sin conocimiento y cruelmente amarrado, bañaba con su sangre el pavimento donde le arrojaron.

El abad miró con calma los rostros de

aquellos sayones, la horrible mansión donde se hallaba, y no viendo al preso preguntó:

—¿Dónde está el señor conde de Lara?

Los soldados se abrieron, pasó el superior y pudo entonces contemplar el desolado y compasivo cuadro que presentaba el invicto campeón de Castilla. El abad se horrorizó, agolpándose á sus ojos un raudal de lágrimas; hizo, no obstante, un esfuerzo sobre sí, contuvo su tierna emoción, disimuló, y cayendo de rodillas pulsó al inanimado Pedro, exclamando después:

—Anselmo, trae ese farol.

El joven religioso lo alcanzó, aproximándolo cuanto quiso el superior. Este fué reconociendo al Conde hasta que halló la única herida que tenía en la cabeza.

—¡Terrible golpe!—dijo—pero no debe tardar en volver á la razón. Anselmo, deja el farol cerca de mí y trae agua.

Y mientras aquél obedecía, éste levantó al Conde, lo dejó sentado, sujetándolo para que no cayese; después limpió la herida con su pañuelo y estuvo en parte la sangre que aún salía.

Poco después entró el religioso y le dijo al abad en latín:

—Padre, los miserables que habitan esta fortaleza, lejos de darme lo que he pedido, me insultan y escarnecen.

—No me extraña, hijo. Acércate; sostén al Conde para que no se caiga; pon la otra mano oprimiendo este pañuelo que he fijado en su herida, y con el tuyo y saliva límpiale el rostro, ínterin vuelve en sí y regreso yo.

Y el abad salió de la prisión; mas al llegar al primer patio le detuvo el caballero que fué á buscarle al convento con las siguientes frases.

—¿Dónde vais?

—A la calle.

—¿Qué tenéis que hacer en ella?

—Buscar un bálsamo que vuelva á la vida á ese desgraciado.

—No puede ser.

—Entonces estoy aquí demás.

—¿Por qué?

—¿Cómo queréis que preste auxi-

lios espirituales á un hombre sin razón?

—¿Para eso era el agua que pedía vuestro compañero?

—Sí.

—Aquí no hay más que vino y licores, ¿si os sirven?

—¡La burla es digna de vosotros!

—¿Volvéis á insultarme?

—¿Me dejáis salir ó no?

—Sí; de ese modo podrá el reo caminar á pie hasta el patíbulo, y de ello se alegrará el Rey. Venid, yo os acompañaré hasta la puerta.

Por fin el basilio consiguió verse en la calle; pero no llevaba dinero con que poder comprar el bálsamo que necesitaba, y en aquella época expendían los pocos medicamentos que se conocían, judíos que no fiaban ni obedecían otro poder que el del oro. En tal apuro se dirigió al monasterio, que aun cuando estaba en un extremo opuesto de la población no tenía otro remedio que llegar hasta allí. Anduvo dos calles y al entrar en la tercera vió venir hacia él un caballero de gentil porte envuelto en un manto de grana.

—Si éste fuera noble—exclamó el abad—ganaría tiempo: probemos.

Y parándose frente al embozado le dijo:

—Señor, ¿me dais una limosna para atender á la cura de un reo que está en capilla?

El caballero se detuvo, miró al abad y sacando un bolsillo con oro se lo alargó, contestándole:

—¡El superior de San Basilio, el hijo del poderoso Alburquerque pudiendo limosna...! Tomad, padre abad, que la acción es digna de vos.

—¡Dios os lo premie, caballero!

—Así sea; mas decidme, y perdonad mi curiosidad, ¿qué falta le hace á un hombre que va á morir la cura que intentáis?

—Ese hombre es el conde de Lara que yace en su prisión sin sentido.

—¡Santa María! ¡El conde de Lara preso y sentenciado á muerte!

—Sí.

—¿Por quién?

—Por el infante D. Juan y sus parciales.

—¡Ah!

—¿Me queréis ayudar...?

—Gracias, padre; voy á un asunto urgente y no puedo detenerme. Que el cielo os proteja.

Y partió sin esperar respuesta. El superior le miró con desdén, exclamando:

—¡Miserable condición humana! Este hombre, que pasa por caballero, teme exponer su vida á trueque de ayudarme en un hecho el más honroso de cuantos se han consumado hasta aquí. ¡Oh! Y no es malo que me alargó su bolsa; que éste al fin es bueno á medias, y no es poco alcanzar lo que he conseguido de él.

Luego se dirigió á una calle de las que había dejado atrás, y acercándose á una casa pobre y de mal aspecto, llamó en la reja repetidas veces. Por fin pudo conseguir que una voz gangosa y soñolienta le contestase.

—Abrid, Abraham; soy yo, el abad de San Basilio—gritó el profeso con impaciencia.

—¿Qué queréis á estas horas, buen fraile?—preguntó el hebreo, abriendo un postiguito de la ventana.

—Un caballero recibió esta noche terrible golpe en la cabeza, por cuya herida ha vertido mucha sangre, y le tiene privado de la razón hace algunas horas. Dadme un bálsamo que le vuelva la vida, que le mitigue la fiebre, y otro que le cure la lesión.

—Los tengo, abad, los tengo; pero venís á pedirme lo más caro que hay en mi casa.

—No importa; abreviad.

—¿Queréis hilas?

—Sí.

—¿Y apósito?

—También.

—Padre abad, ya sabéis que soy muy pobre, excesivamente pobre: así es que no puedo vender á plazo, ni fiar...

—Judío, dadme lo que os pido y os pagaré en el acto.

—Al momento, señor, al momento; lo vais á curar en dos horas. ¡Oh! ¡Son caros, muy caros, contienen esencias traí-

das de Oriente, de tierras muy lejanas; abad; y aun cuando uno quisiera darlas baratas, no puede; luego soy tan pobre!

—Por el santo Abraham, á quien no os parecéis, dadme esos bálsamos lo antes posible.

—Aquí están; tomad. Quince gotas en media libra de agua para calmar la fiebre; en ésta mojáis las hilas, y la herida cicatrizará; y para que recobre la razón, basta con que trague una corta dosis de éste. El apósito; ¿queréis algo más?

—Un jarro con agua y una copa.

—Esto no es tan caro; ved que es barro de Africa; servicio de rey, padre abad.

—Tomad ese bolsillo, contad y decidme si basta el oro que contiene.

—Un escudo, ¿será bueno?, dos, tres; éste está algo gastado, padre; cuatro; si tenéis tanta prisa marchaos, que me doy por satisfecho aun cuando falte algo; lo primero es la cura de ese desgraciado. No os detengáis; puede peligrar su vida, y yo no debo cargar sobre mi conciencia...

El reverendo superior cogió todo cuanto le dió el judío y partió, exclamando para sí:

—¡Miserable! ¡tienes ahora prisa porque no te pida los treinta escudos que te he dado de más! La maldición lanzada sobre tu mísero pueblo, la heredaron los hijos, los nietos y las generaciones sucesivas.

El pobre abad llegó al castillo sudando, pues había corrido bien; entró, y sin que nadie le detuviese se fué derecho á la prisión del Conde. Todo lo halló en el mismo estado que lo acababa de dejar; los soldados continuaban en su inamovilidad, pero sin perder su actitud amenazante y feroz. Anselmo sostenía á Pedro, sujetaba el pañuelo que cubría la herida, y ya le había limpiado el rostro y hasta desenredado en parte el cabello, el cual encontró unido con la sangre coagulada.

El superior le fué primeramente lavando la herida, después le aplicó el bálsamo, y seguidamente le fijó el apósito. Concluída esta operación se sen-

tó en el suelo, y sosteniéndole con la mano izquierda le hizo tragar algunas gotas de uno de los licores que le dió el judío. Luego le apoyó sobre su pecho y quedó esperando los efectos de aquellos medicamentos que acababa de darle. Anselmo se sentó al otro lado, ayudando á sostener al enfermo.

Media hora más tarde abrió éste los ojos, sintió un estremecimiento grande y se fijó en cuantos le rodeaban. Después inclinó la cabeza y quedó como meditando. Ninguno se atrevió á interrogarle; pero lo mismo aquellos venerables religiosos que los muchos asesinos de que estaban cercados, le miraban ahora con marcada ansiedad.

Otra vez volvió á levantar la frente el prisionero, y con voz lánguida, dulce y agradable, exclamó:

—¡Dos ministros del altar; varios asesinos; un calabozo, cadenas, y detrás el verdugo, la carrera y el tajo! ¡Aquel sueño era la verdad expresada por esa infalible maga! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡No vine al mundo por mi gusto, ni lo dejo con sentimiento! ¡Mi padre me mandó aquí, ahora me llama, y dispuesto me hallo á obedecerte, Señor, que tuyo fuí, tuyo soy y tuyo seré! ¡Blanca, esposa mía, adiós! ¡Entre ángeles que se parecen á ti voy á morar; allí te espero, virtuosa matrona!

Otra vez inclinó la cabeza, fatigado por la gran debilidad que sentía. El abad lo dejó apoyado en Anselmo, llenó de agua la copa que trajo, vertió en ella una porción del tercer licor, y arrodillándose delante de él se la acercó á los labios, diciéndole:

—Bebed, señor, y no olvidad que Dios es misericordioso y que todo lo puede.

—¿Quién sois?—le preguntó el herido.

—Un individuo de la familia de Alburquerque, abad del monasterio de San Basilio.

—Sí, he oído hacer elogios de vuestra virtud. Vuestro anciano padre es un modelo de hidalguía; esta mañana estreché su noble y arrugada mano; salió á despedirme, en compañía de S. A. el rey D. Sancho IV. ¿En dónde me hallo?

—En el castillo de D. Juan.

—Lo suponía. ¿Cuándo me matan?

—Bebed, señor.

—¿Qué me dais?

—Un agua que os calmará la fiebre.

—Tengo sed; acercadla más.

Y bebió el contenido de la copa hasta apurarlo.

—¿A qué hora es la ejecución?

—Señor...

—Hablad, amigo mío; si lo sé todo.

—A las ocho.

—¿Es de día ya?

—No, señor.

—Mucho tiempo me conceden esos miserables.

Los soldados que custodiaban la prisión lanzaron el quinto terno, aproximando ahora las puntas de sus picas al pecho del Temerario.

—¡Herid!—les dijo éste—¡herid, cobardes! ¡Amarrado así podéis conmigo: si estuviese suelto...!

—Retirad esas picas—gritó el abad con imperio—¿no veis que está sentenciado á muerte y sólo le quedan unas cuantas horas de vida? ¡Si volvéis á injuriarle, aun cuando tenga que hacer un sacrificio, le doy parte á D. Juan de vuestra inicua conducta!

Los sayones se contuvieron al oír la amenaza del abad, retirando la vista del rostro del Temerario. El superior le dijo á éste:

—No volveos á violentar, hijo mío; si Dios ha dispuesto que os quede de vida el tiempo que únicamente os han señalado, pasadlo tranquilo. ¿Habláis latín?—le preguntó en seguida.

—Sí, padre; hoy poseo siete idiomas; mañana conoceré el octavo; el de los ángeles.

—Pues hablemos en latín y de este modo podéis decirme cuanto gustéis, sin que os comprendan esos hombres.

—Seguid, abad, que os expresáis admirablemente, y os entiendo bien.

—¿Os sentís mejor?

—Sí, esa bebida ha calmado mi sed, refrescando mi sangre y aumentando mis decaídas fuerzas.

—¿Queréis otra copa?

—Dádmela.

—Tomad, bebed, ya que no os lo prohíben los verdugos que nos rodean.

Alexpresare estas frases, se fijó el superior en los soldados á quienes había aludido; mas notó con placer que ninguno dió muestras de indignación ni aun de desagrado; de lo cual dedujo, con sobrado fundamento, que todos desconocían el idioma que hablaba con Pedro. Entonces, dejó en el suelo la copa en que acababa de beber por segunda vez el Teme-rario, y le dijo con el mayor interés:

—Señor Conde, quieren decapitaros, como os he manifestado, á las ocho de la mañana; y si lo llegasen á conseguir, bien comprendéis que todos seríamos víctimas de esa infame falange de asesinos, que indudablemente harán dueños del poder. Es preciso salvaros, y para lograrlo, pongo á vuestra disposición las personas y vidas de estos dos religiosos que tenéis al lado. Yo no entiendo de estas cosas, señor; entré al servicio de la Iglesia por vocación, y jamás me he mezclado en asuntos que no fuesen de mi ministerio; he tratado inútilmente de hallar un medio de libertaros; y en tal conflicto espero que vos, con más talento y gran práctica en estos asuntos, nos digáis qué debemos hacer. Nos quedan más de cuatro horas, en Ecija tendréis amigos y hasta parciales; decidme sus nombres, qué les debo prevenir, y todo aquello, en fin, que conduzca á vuestra salvación. No os importen vuestras vidas; nosotros no hacemos falta en el mundo; vos sí, que sois el sostén del trono, el apoyo del pueblo, la égida de los buenos.

—Hablad, señor, hablad; yo también anhelo morir con tal de salvaros—añadió Anselmo.

Lara miró con extremado interés á los dos religiosos, asomó á sus labios un átomo de sonrisa, y les contestó:

—Gracias, dignos representantes de nuestra santa religión; el fin que os proponéis no puede ser más noble y generoso; pero yo tampoco hallo medio alguno que me liberte de morir. He buscado, y mi inteligencia sólo ve una horrible guadaña dispuesta á segar mi garganta y la de todos aquellos que in-

tenten defenderme. Basta, señor, basta con mi sangre; sería una crueldad exponer vanamente la de inocentes víctimas.

—¡Dios nos ayudará, señor Conde! Pensad, discurrid, la causa no puede ser más justa, y teniendo á la Providencia de nuestra parte...

—Padre, si Dios quiere salvarme no necesita de vosotros; si en sus altos juicios ha decretado mi muerte, no conseguiríais otra cosa que perecer conmigo, y esto debo yo evitarlo. ¡Cuán poco conocéis la perversidad de mis enemigos; mejor que vos, saben ellos las consecuencias de mi muerte; y conviniéndoles que perezca, todo lo habrán previsto, y al primer paso que dieseis en favor mío harían rodar esa venerable cabeza!

El abad inclinó la frente, corrieron por sus mejillas ardientes y generosas lágrimas, cruzó las manos, se arrodilló y alzando la vista dijo:

—¡Gran Dios! ¡Si fuese posible salvar la vida de este, vuestro privilegiado hijo, hacedlo, Padre amado! ¿Qué valgo yo, comparado con él? ¡Su poderoso brazo es un baluarte de vuestra ley divina! ¡Es el sostén de lo bueno que existe en la tierra, el apoyo de lo débil, el terror de los malvados, el cuchillo que hiere á los perversos: mi vida por la suya, bondadoso Hacedor! ¡De este modo nada se habrá perdido, todo se habrá ganado!

—¡Qué alma tan noble! ¡Dios mío, dejadlo que viva, que es digno discípulo del Soberano Maestro!—replicó el Conde.

—¡No, Pedro de Lara, vive tú, y perezca este desgraciado, que poco ó nada puede hacer en favor de sus semejantes! ¡No debe rodar, gran Señor, esa hermosa cabeza que inspira vuestra divina luz! ¡Qué será, si tal sucede, de vuestro infeliz pueblo! ¡El amparó la virtud de la casta joven; él defendió la ancianidad del caduco octogenario; él sirvió de escudo al débil y frente siempre de la maldad, la traición y la infamia, combatió día y noche por vuestra santa ley, por la justicia, por la razón! ¡Humilde y generoso, socorrió á los pobres, alargó su

diestra á los desgraciados, fué altanero con los déspotas, y la grandeza de sus hechos se igualó á la pureza de sus acciones! ¡Si muere, qué va á ser de la infeliz doncella, del pobre anciano, del mendigo, de la razón, de la justicia, del Rey, de todos, Señor, de todos! ¡Padre, esa cabeza, emblema de la virtud y del honor, no pueden segarla los hijos de Lucifer! ¡Si el soplo divino chocó en su pura frente, Satanás debe humillarse á sus plantas! ¡Si merecemos un castigo, suframos, Cielo, suframos la tortura del dolor más agudo; pero no permitáis que ruede esa cabeza!

—¡Basta, santo varón; vuestro ardiente ruego pudiera ofender á nuestro dueño; por él estamos en la tierra, suyos somos y si nos llama no paguemos con negra ingratitud el favor que nos hace en llevarnos consigo! ¡La más pequeña vacilación en acudir á su llamamiento es un crimen; padre, dejadme morir con tranquilidad ya que me otorga la merced que le pedía no ha mucho, de volar á su lado!

—¡Hijo del alma!—exclamó el superior, y se abrazó á él, llorando y estrechándole contra su pecho. Anselmo hizo lo mismo, quedando unidos los tres, vertiendo lágrimas los religiosos y sonriendo dulcemente el debilitado, pero indomable conde de Lara.

Aquel hermoso grupo, donde resplandecía la virtud, el honor y el heroísmo formaba un terrible contraste con el cuadro de feroces asesinos que había en derredor; todos ellos apartaron la vista del magnífico grupo, no sabemos si avergonzados ó nauseabundos por el efecto que causaba en seres tan depravados y corrompidos la ternura y amor que contemplaron.

El Conde y los religiosos continuaron hablando sobre los medios de que se habían valido los malévolos para coger á Pedro; se ocuparon luego de Alí, á quien aquél consideraba cadáver; suspiró muchas veces por él, elogió su abnegación, lealtad y bizarría, rectificó de palabra su testamento y á las seis de la mañana, olvidándose completamente del mundo, se confesó y dispuso á morir.

A las siete le leyeron la sentencia, y acto continuo se lo entregaron al verdugo. No demostró altanería, orgullo ni vanidad; escuchó y vió con esa indiferencia del que no teme ni desprecia; y á las continuas lágrimas de los religiosos, como á las amenazas y dieterios de sus enemigos, respondía con sonrisa dulce, agradable, natural. En su indiferencia y conformidad había algo de majestuoso y sublime; sus contrarios lograron cogerlo y conducirlo al cadalso; pero no atemorizarlo ni vencerlo. Lara era más grande y digno de admiración en aquellos supremos instantes, que venciendo ejércitos, domando pueblos y conquistando gloria. Su constante sonrisa en la capilla era la expresión genuina del verdadero valor moral, del gran predominio que este ser extraordinario tenía sobre sí, los hombres y los acontecimientos.

De este modo se puso en pie para marchar al patíbulo.

CAPÍTULO XXI

Momento terrible.—La carrera.—El pueblo.—El tajo y el hacha.—El brineo salvador.—Confusión.—Espanto.—La muerte más asoladora que nunca.

Un Sol límpido, ardiente, abrasador, extendía sus hermosos rayos sobre la antigua ciudad de Ecija; ni una sola nube empañaba su terso brillo, y por entre un sinnúmero de partículas de oro que llenaban el espacio, se veía el diáfano azul de un Cielo bellísimo. Las brisas no tenían movimiento, la naturaleza parecía muda espectadora, reinando una calma sofocante, agorera.

Eran las siete de la mañana; á la calma del día siguió en Ecija un estrépito confuso, aterrador. De pronto se oyeron los atambores, trompetas y bocinas; el ruido de armas, el relincho de los caballos, las voces de los guerreros, y calles, plazas y arrabales se llenaron de soldados, caballeros y gentes del pueblo á la que aquéllos obligaban á salir de sus casas.

Nos hemos equivocado; no eran caba-

llos, guerreros, ni soldados; eran sa-
yones, asesinos, cobardes asalariados de
lo que formaba la hez en una nación,
cuyos hijos no hallaron nunca rivales
en valor, bizarría, nobleza y denuedo.
Eran esa podredumbre que se cobija en
todos los países bajo el cenagoso manto
de Lucifer, y de crimen en crimen co-
rren hasta el fin de una existencia mal-
dita y execrada por la generación que
la contempla. Eran ese aborto de la ma-
dre patria que se alza un día de la tie-
rra para bajar en
seguida al fondo del
abismo donde yacen
por una eternidad
los réprobos.

Cinco calles, tres
plazas y parte de un
arrabal ocupaban los
seis mil hombres que
obedecían al rebel-
de infante D. Juan.
Y entre tanta gente
no se veía un solo
hombre que expre-
sase en su rostro esa
nobleza, ardimiento
y alegría del solda-
do español; ese aire
marcial esa gentile-
za y apostura del
oficial; esa gravedad
pensadora, altiva y
guerrera del jefe.

El malhadado pre-
tendiente reunía en
torno ambiciosos,
criminales, bandidos, galeotes y pena-
dos, en fin, que no podían avenirse á
sufrir una condena ni á enmendarse en
lo sucesivo. Eran esos perversos por
índole y condición que nada en el mun-
do les obliga á arrepentirse ni á mejo-
rar sus costumbres; gente toda digna
de figurar en un afrentoso patíbulo; to-
dos los escapados, por último, del pa-
lenque y los vasallos del infante D. Juan.

Tales hombres y una parte del pueblo
de Ecija, obligada por aquéllos, forma-
ban en este momento la carrera que de-
bía seguir el famoso conde de Lara des-
de su prisión hasta el patíbulo ó tajo

donde iban á segar su hermosa y varo-
nil cabeza.

Se dieron tres vivas al supuesto Rey,
á los que sólo contestaron sus parciales;
se abrieron las puertas del calabozo del
reo y apareció éste sin cadenas, sujetas
sus manos con esposas, sonrosado su
semblante, dulce, apacible, brillando en
sus labios una tierna sonrisa que no
dejó hasta que apoyó su cabeza sobre el
tajo.

El abad, ahogado por el llanto, se acer-



y... apareció éste sin cadenas.

có en este instante á Anselmo y le dijo
en latín:

—Sal, ruega á Dios y si hallas veinte
hombres con nobleza en el alma, senti-
miento en el corazón y brío en el pecho,
herid hasta salvar al Conde: yo os ab-
suelvo de antemano.

El joven profeso se enjugó las lágrí-
mas y sin esperanza alguna partió. El
superior se abrazó al Conde y de este
modo comenzaron á andar por aquel
camino de amargura.

Marchaban delante cien soldados, con
picas unos, otros con hachas y los res-
tantes con mazas; á éstos seguían el reo

y el abad; en pos iban el verdugo y los veinte sayones que estuvieron dentro del calabozo, y detrás los quince grandes de los diez y seis que seguían á don Juan y todos los caballeros que servían á sus órdenes, vestidos unos y otros con traje de corte, si bien llevaban desnudas las espadas. El Infante y su suegro, únicos que faltaban, presenciaron la salida desde una de las rejas del castillo.

El júbilo que experimentaban estos malvados era indecible; es verdad que se vengaban de un modo terrible de tan poderoso enemigo y á la vez se deshacían del gran dique que los separaba del poder. El pueblo gritaba y vertía lágrimas; los asesinos maldecían, votaban y hasta requerían con bofetones á las pobres mujeres que expresaban sentimiento; y el conde de Lara, sereno, tranquilo, sin arrogancia, pero sin temor alguno, con su eterna sonrisa, decía á la multitud:

—Hijos, no llorad; soy un hombre como cualquiera de vosotros, más feliz aún, porque me aguarda el Eterno para conducirme al Paraíso. Callad, hijos, callad, que me duelen esos golpes, que os dan por mi causa.

El padre abad, siempre abrazado al reo, interrumpió á éste, gritando con un valor digno de su virtud:

—¡Dios mío, padre bondadoso, sublime Señor, amparad á este ser que no tiene igual en la tierra; su alma noble y generosa todavía pertenece al mundo; va al patíbulo sin crimen; su confesor lo declara; piedad, Señor, piedad para el inocente!

Y sin cuidarse de los insultos que le hacían los sayones, ni de los golpes que le daban con el regatón de las picas, buscaba su vista con ansiedad al atrevido Anselmo, seguido de veinte héroes, que por lo visto no halló aquel desgraciado corista. Cansado de esperar inútilmente, exclamó:

—¡Llora, pueblo castellano, llora; mejor te sientan esas lágrimas que una gloria indigna de ti. ¡Tu renombre muere hoy con el conde de Lara!

Al oír estas palabras el fiero Garci-Jofre se acercó al religioso y le dió tan te-

rrible golpe en la espalda con el pomo de su espada, que á no haberlo sostenido con su cuerpo el Conde hubiera caído al suelo. Lara se volvió, lanzando una mirada llena de desprecio sobre aquel malvado, y le dijo:

—¡Digna acción de vos, miserable asesino; pegáis á un religioso y por la espalda!

El pueblo exhaló un grito de horror, se cubrieron todos las caras con las manos y huyeron de allí poco á poco, prefiriendo ser apaleados á presenciar escenas tan inhumanas.

Diez minutos después no quedó un solo paisano en la carrera ni sitio de la ejecución. El reo y la comitiva caminaron no obstante hacia el lugar del suplicio. Garci-Jofre bajó la vista ante la mirada del Conde, se confundió entre los suyos y nada contestó.

El fuerte y virtuoso sacerdote, abrazado al preso, hablaba ahora con éste en latín, infundiéndole una esperanza que el reo estaba lejos de abrigar.

—Señor Conde—le decía,—¡micorazón! me asegura que no vais á morir; no, no moriréis; ¡si no puede ser! ¡Dios os ve, os defiende y no os dejará perecer en un afrentoso cadalso!

Pedro le miraba con ternura, sonreía y besaba la preciosa imagen del Redentor que el abad le enseñaba.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—le contestaba con voz dulce y tranquila.—Si quiere que viva, le obedeceré con gusto; si manda que muera, con placer le doy mi alma y mi cabeza al verdugo.

Cerca de una hora tardaron en andar la larga carrera que los separaba de la Plaza Mayor. Era ésta muy grande y se hallaba rodeada de hermosos y altaneros edificios, unos góticos y otros árabes. En medio de ella estaba fijo el terrible tajo.

Por último, llegó el reo, tendió una mirada de águila en torno y convencido de que sólo le restaba morir, se fijó con fría indiferencia, primero en sus enemigos, luego en el verdugo y después en el tajo.

Los atambores, trompetas y bocinas habían callado, los sayones le miraban

sin desplegar sus labios, volviendo otra vez á reinar un silencio pavoroso, precursor seguro de la muerte.

Lara se volvió al abad y le dijo:

—Padre, voy á morir; si llegáis á ver á mi esposa, decidle que mi postrer pensamiento es para ella; que en el Cielo la espero y que expiro con el solo sentimiento de no poderla estrechar. Abrazadme vos; así, no temáis; también á vos os aguardo en el Paraíso.

El religioso no pudo contestarle; las lágrimas, la pena, el dolor que sentía ahogaron su voz. El Conde tornó á mirar el patíbulo, sonrió y alzando la vista exclamó:

—Padre mío, tuyo soy: ¡alárgame tu bondadosa mano!

Y cayendo de rodillas apoyó la cabeza sobre el tajo añadiendo:

—¡Hiere pronto, verdugo!

El sacerdote recobrando su perdida voz, alzó á la vez los ojos y gritó:

—¡No, padre mío, que no muera!

El ejecutor separó la ropa y cabellos que cubrían el cuello de Lara, tomó fuerzas y levantó el hacha; pero en el mismo instante dió un caballo árabe un brinco sorprendente, increíble, chocaron sus herraduras con el pecho del verdugo cayendo éste herido mortalmente. El sacerdote sin comprender lo que era aquello, cubrió al reo con su cuerpo gritando siempre:

—¡No, padre mío, que no muera! ¡Que no muera!

Un segundo más y la cabeza del Conde habría rodado.

—El caballero de la cruz roja!—dijeron los asesinos y cayeron sobre él.

—¡Muera! ¡Muera también!—añadieron y le tiraron treinta botes de lanza que se estrellaron en su gruesa armadura.

—¡Matemos á la vez al Temerario!—exclamó Garci-Jofre, y fué á herirlo: pero al mismo tiempo segó su garganta la espada del caballero de la cruz roja, dejándole exánime.

Un grito aterrador, confuso, acompañado de un estruendo espantoso se oyó en las filas de los de D. Juan. Era porque vieron llegar á Alí, al escudero del

incógnito, á doscientos caballeros forrados de hierro y á trescientos zegríes. Estos penetraron en la plaza á escape tendido, rodearon diez al Conde y al abad, y los restantes comenzaron á matar parciales del Infante de un modo horrible. Los asesinos, se estremecieron, vacilaron y á pesar de ser muchos más que los recién llegados, viendo el valor, arrojo y empuje de sus contrarios, los cuales tendieron á quinientos en la primera embestida, intentaron la fuga del modo más cobarde; pero ¡oh dolor! Todas la avenidas de la plaza estaban tomadas por otros doscientos zegríes que no vieron acercarse, y no era posible escapar por ninguna parte. En trance tan cruel, se replegaron y algo repuestos del primer asombro comenzaron á defenderse.

Desde este momento se convirtió la Plaza Mayor de Ecija en un campo de batalla, en el cual caían á cientos los enemigos de Pedro el Temerario. La furia de los defensores de aquél no tenía límites en este instante; sin compasión herían á los que intentaban la defensa, como asimismo á los que huían y hasta á aquellos que imploraban la vida.

El gentil caballero de la cruz roja, en los dos minutos que permaneció solo entre sus contrarios, segó la cabeza de Garci-Jofre, mató á Lanuza, hirió á Gutiérrez y atravesó á Armengol de Cabrera, resistiendo su armadura los botes de lanza que le tiraron, sin conseguir ni aun moverle de la silla en que parecía iba pegado. Este ser extraordinario, á quien indudablemente debía la vida el intrépido conde de Lara, llegó á tiempo de salvarlo, gracias al increíble brinco que obligó á dar á su fogoso corcel; tiró, como hemos visto, al verdugo, hizo que la fiera lo patease hasta dejarlo completamente inútil, si no muerto, cayendo como un rayo sobre los grandes, que con traje de corte y espada en mano, presenciaban la ejecución á quince pasos del reo, hiriendo y matando á los primeros que halló. Rodeado luego del negro, de su escudero y quinientos caballeros entre moros y cristianos, comenzó á dar órdenes, corriendo de un

lado para otro, hallándose en todas partes, disponiendo el ataque con una sabiduría que no encontraba igual. Era la primera vez que se veía obligado á acometer con su propio acero, y en verdad que lo verificó con tanto ó más acierto que el conde de Lara.

Su escudero y Ali cayeron sobre los grandes que quedaban con vida y sus caballeros, y en este momento vengaban de un modo nunca visto, la atroz villanía cometida con el Temerario. Cubiertos ellos y los caballeros de acero y sus contrarios de seda, cada golpe que daban causaba una víctima, y sus mazas parecían, en lo rápidas, las aspas de un molino de viento movidas por fuerte vendaval. Cráneos deshechos, huesos triturados y un arroyo de sangre dejaban estos dos hombres á su paso. Ali, medio tendido sobre su alazán, la maza en la mano derecha y una daga en la izquierda, hería á un lado y á otro, haciendo á su caballo correr, saltar, y hasta derribar hombres con sus manos y sus pies; eran jinete y corcel una centella que todo lo arrasaba y destruía. Cerca de estos dos hombres no llegaba el caballero de la cruz roja ni les dictaba órdenes algunas; debía conocerlos bien y saber de lo que eran capaces, cuando los dejaba en tan completa libertad.

El conde de Lara oyó el golpe que dió el ejecutor al caer en tierra, miró y viendo al caballero de la cruz roja, quedó abrazado al religioso, que instantáneamente le cubrió con su cuerpo.

—Dios os ha oído, padre mío, y me devuelve la existencia que creí perdida —le dijo con la mayor tranquilidad.

—¿Quién es ese guerrero? —le preguntó el sacerdote con ansiedad, mirando al incógnito que acababa de llegar.

—Dicen que mi ángel bueno; pero yo no le conozco.

—¡Le van á matar! ¡Dios mío, salvadlo! ¡Oh, mejor hiere él que sus contrarios! ¡Llegan los suyos...! ¡Trae un ejército...! ¡Todos caen sobre vuestros enemigos...! ¡Cómo matan! ¡Jesús, Jesús! —y se cubrió el rostro con las manos.

—No os asustéis, padre mío, esa es la

guerra. ¡Pero son pocos contra tantos asesinos como tienen delante!

Y alzando más la voz, preguntó á los diez caballeros que le rodeaban:

—Castellanos, ¿defendéis mi causa?

—Sí —le contestaron todos.

—Hacedme el favor de arrancarme las esposas que sujetan mis manos, dadme un caballo, una espada y seguidme los restantes. Notad que la vida de vuestro jefe se halla en peligro.

Uno de ellos le contestó.

—Señor Conde, mientras dure el combate estáis preso.

—¿Quién lo ha dispuesto?

—El Rey.

—¿Dónde está S. A.?

—En Sevilla; pero lo representa aquí nuestro jefe con poderes ilimitados.

—¿El caballero de la cruz roja?

—Sí, señor.

—Si él lo ha mandado, me resigno; pero no necesitando yo de vosotros podíais al menos correr en su ayuda.

—Nos ha prohibido atacar mientras estén lejos de vos y no es probable lleguen aquí esos cobardes; ved que los hemos cogido en medio, y qué mal se defienden.

—Sí; ¿están tomadas todas esas calles...?

—Por doscientos zegríes.

—¿Quien os ha hecho venir?

—El negro Ali.

—¿Luego vive?

—Pardiez, miradlo á vuestra derecha; es el que hiere mejor, el que mata más.

—¡Bendito sea Dios que me lo devuelve! ¡No habiendo perecido él no podía yo morir!

—Ciertamente; mas en esta ocasión os salvó nuestro jefe; nosotros hubiéramos llegado tarde.

La lucha de la Plaza Mayor iba amenorando por instantes: los parciales de D. Juan apenas se defendían ya; víctimas de atroz pavora, escalaban las casas unos, otros huían por entre las filas de sus contrarios, y la mayor parte caían en tierra á los rudos golpes de su terrible enemigo.

En este instante dió un grito el superior de San Basilio, llamando al atrevi-

do Anselmo que impelido por la indignación y enojo, corría con una espada en la mano, animando á los defensores del Conde y exhortándolos á que diesen fin de sus rivales.

El joven profeso oyó la voz del abad, tiró el acero y partió en su busca, con el rostro encendido, despidiendo fuego sus ojos y tan valiente como el negro Ali.

—Perdonadme, señor—le dijo llegando—no he podido contenerme ante esas fieras...

—¡Anselmo, hijo mío! ¡Un religioso!

—Y bien, señor, hice lo que me mandasteis; sólo que en vez de veinte os traigo setecientos.

—¿Pero los has buscado tú?

—No, señor; han venido solos; ¡éstos no se parecen á esos cobardes que me volvieron la espalda!

—¡Anselmo, ese lenguaje...!

—Pues bien, señor; regresaba desesperado, cuando vi el combate, y como de antemano me habías absuelto...

—Sí, mas no haciendo falta tú...

—¡Yo lo creo que no me necesitan! ¡Ved, padre; mirad cómo destruyen á esos malvados! De cada golpe derriban uno... ¡Bravo...! ¡A esos dos que se escapan por la derecha...! ¡En la cabeza...! ¡Así...! ¡Aquellos cuatro...! ¡Por la izquierda...!

—¡Silencio, Anselmo!

—¡Padre, si son enemigos de Dios! ¡A los que suben por la reja...! ¡Con las lanzas...! ¡El negro, el negro...! ¡Ese mata mejor!

—¡Sella tus labios, profeso de San Basilio, ó renuncia al cariño que te tengo!

—¡Eso no, padre mío! Enmudeceré antes que volveros á disgustar.

—¡Oye, ve y sufre como yo!—le dijo el Conde.—¡Feliz tú, cuya misión en el mundo es tan diferente de la mía!

—Id, vos, señor Conde, la ocasión de vengaros no puede ser mejor.

—Anselmo, me tienen preso.

—¿A vos?

—Sí.

—¿Y quién se atrevió...?

—Ese caballero de la cruz roja.

—¡El jefe! No he visto jinete como él

en mi vida; hace saltar á su caballo de un modo que asusta. Vedlo, está en todas partes y en ninguna. ¿Quién es, señor Conde?

—Lo ignoro.

—Pero estos caballeros lo sabrán.

—Pero no queremos decíroslo.

—Muchas gracias. Esto se acaba, padre abad. ¡Cuánto cadáver! ¡Los heridos me dan lástima!

—Anselmo, ve al monasterio y que venga la comunidad á auxiliar á esos desgraciados que yacen tendidos en tierra.

En este momento partió uno de los guerreros que rodeaban al Conde, á una señal que le hizo el caballero de la cruz roja; habló con éste, y luego que hubo regresado, le dijo al Temerario:

—Señor, mi jefe os ruega marchéis de este espantoso lugar; pues ya ningún peligro os amenaza.

—¿Me quitáis las esposas?

—Con mucho gusto.

Cuando Pedro se halló suelto, le dijo al caballero:

—Parto al monasterio de San Basilio; decid á vuestro jefe que tendré gran pena si no me permite demostrarle mi agradecimiento. Debe saber que soy noble y reservado.

—Se lo participaré inmediatamente.

Con paso tranquilo, descubierta su varonil cabeza, y enseñando la herida cuyo apósito le arrancó el verdugo, marchó Lara cogido á la diestra del abad, y rodeado de los guerreros que le acompañaron antes. En el camino hallaron á la comunidad de San Basilio que se dirigía presurosa á la Plaza Mayor en cumplimiento de la orden que de parte del superior les dió el atrevido corista Anselmo. Hilas, bálsamos, licores, camillas y cuanto podían necesitar las víctimas llevaban los reverendos padres. Al ver al abad se detuvieron, éste les exhortó á cumplir con el celo é interés que requería la difícil y delicada misión que les había confiado y los despidió con las siguientes frases:

—Hijos, pedid paz á los combatientes, piedad á los vencedores, administrad á

los moribundos, curad á los heridos, dad sepultura á los muertos y sin distinción alguna prestad auxilio á unos y á otros, exponiendo, si preciso fuera vuestra propia existencia. Corred, hermanos, y que Dios sea con todos. Anselmo, regresa con nosotros.

Los monjes partieron y Pedro, el superior, su corista y caballeros que los escoltaban continuaron en dirección del monasterio, en el que entraron poco después, quedando los últimos guardando el convento, mientras aquéllos subieron á la celda del abad.

Ya los tres en la habitación del superior, hizo éste sentar á Lara en un cómodo sillón, lo pulsó, después reconoció la herida, y por fin le dijo:

—Señor, no noto en vos alteración alguna, sin embargo del terrible trance por que acabáis de pasar; la fiebre ha desaparecido y no hallo otra cosa que la gran debilidad producida por la mucha sangre que habéis perdido.

—Gracias, virtuoso Alburquerque—le contestó el Conde—vuestro interés por mí supera á todo encarecimiento. Me siento efectivamente muy bien; no me asustaba morir en un patíbulo ni he experimentado gran sensación al encontrarme con una vida que juzgué perdida.

—Os iba á dar una bebida que os tranquilizase, mas la creo inútil.

—Lo es, padre abad.

—Anselmo—añadió el religioso—que preparen al señor Conde alimentos sustanciosos y ligeros; principalmente caldos; vuelve al momento.

El joven profeso salió, regresando pasados breves instantes. Luego entre los dos religiosos desenredaron la hermosa cabellera del Temerio, la limpiaron, cubrieron la herida con hilas empapadas en un bálsamo, fijaron nuevo apósito y seguidamente le sirvieron alimento.

Lara recompensaba tan paternal cuidado con tiernas frases y su constante y agradable sonrisa. No oponía resistencia á nada de cuanto hacían con él ni pedía cosa alguna, ni hablaba sobre los terribles acontecimientos que acababan de tener lugar. Descolorido, sosegado, lán-

guido, hermoso como nunca, parecía el valeroso gigante un bello atleta incapaz de ofender á nadie. No demostraba llegar á su mente idea alguna que alterara su rostro, que lo agitase ó molestara. Tal era su estado dos horas después de haber detenido la Providencia el hacha que debió segar su varonil cabeza; jamás estuvo con tan apacible é interesante calma.

Cuando hubo concluido de comer, lo desnudaron entre Anselmo y el abad y se acostó en el lecho del segundo, mientras el primero se entretenía en limpiar la sangre y lodo que tenía el traje que acababan de quitarle: cerraron luego la ventana que daba luz á aquella estancia, salió Anselmo al claustro con orden de su jefe para que no dejase entrar á nadie ínterin dormía el Conde, y el reverendo abad cayó á los pies de una imagen de Nuestro Señor, que existía en su celda, y oró largo rato, bañando su rostro amorosas lágrimas impulsadas por el ascético rezo que articulaban sus labios. Cuando hubo concluido, cogió un sillón, lo fijó á la cabecera del Conde, contempló á éste, y contando los latidos de su corazón, exclamó:

—¡Qué materia tan privilegiada! ¡Qué ser tan extraordinario! Dios debía necesariamente velar por una cabeza que no tiene igual en la tierra. En sus altos designios esperó á que llegase el último instante para salvarlo; después confundió á sus verdugos y... ¡El Cielo se apiade de tantos infelices como cayeron á los rudos golpes de los defensores de Lara! ¡Todavía me horroriza el espantoso cuadro de muerte y desolación que presentaba aquella plaza! ¡Cuánta sangre, Dios mío! ¡Cuánto desgraciado presa de Satanás! ¡Piedad, Señor, piedad para ellos! Vuestra misericordia no tiene límites.

El sacerdote rezó de nuevo; después apoyó la cabeza sobre el respaldo de su sillón y se quedó dormido. Ambos descansan con la tranquilidad del justo; á la noche terrible reemplazaron horas de sosiego y bienestar. No interrumpamos por ahora el sueño que domina á ambos.

CAPÍTULO XXII

Relación del negro.—Mensaje.—Cesión

Sería poco más de las once de la mañana, cuando el conde de Lara se quedó profundamente dormido, y no obstante haber transcurrido cinco horas sigue, en unión del padre superior, sumido en su tranquilo sueño.

El día continúa claro, el Sol radiante, la atmósfera en calma y en el monasterio de San Basilio no se oye ruido alguno.

Poco después de las cuatro de la tarde se movió el Conde, abrió los ojos el abad y ambos se miraron á la escasa luz que llegaba hasta la alcoba.

—¡Bien he dormido, padre!—exclamó Lara.

—¿Cómo os sentís, señor?

—Perfectamente; me parece haber recobrado las fuerzas perdidas.

—¿Y la cabeza?

—No siento ya nada.

—Lo creo, Dios vela por vos, hijo mío.

—Siempre miro su bondadosa mano que sale á mi encuentro.

—Su piedad es inmensa.

—¿Sabéis cómo terminó la lucha?

—No he querido separarme de vuestro lado y he dormido como vos.

—Debe ser tarde.

—Veamos.

El superior abrió el balcón, y mirando el Sol añadió:

—Son más de las cuatro. ¿Queréis levantaros?

—Sí.

—¿Cuándo volvéis á tomar alimento?

—Comeré con vos.

—¡Anselmo!—gritó el abad, presentándose poco después el atrevido corista. Entraba muy alegre, algo encendido su rostro y ardiendo su mirada.

—¿Cómo estáis, señor Conde?—preguntó al acercarse.

—Muy bien, valiente joven.

—¿Señor, si supierais quién ha estado aquí!

—¿El caballero de la cruz roja?—le interrogó Lara con ansiedad.

—No, ese continúa matando.

—¡Matando!

—Ahora con la pluma; reunió un consejo compuesto únicamente de su ilustre persona y queda sentenciando á los prisioneros; estoy seguro que por unanimidad los condena á muerte. Nadie lo conoce ó se callan quién es; pero hay quien asegura que ciñe corona. Podrá no ser rey, mas él ordena y siega cabezas á lo César.

—¡Anselmo, ese lenguaje!

—Dejadlo, padre abad, es muy joven, tiene buena sangre, ardiente...

—Caramba, señor Conde, algunas



El superior abrió el balcón, y mirando al Sol, añadió:

veces me abrasa. ¡Esta mañana...!

—¿No dices quién ha venido?

—Ya se me olvidaba. Pues señor, estuvo dos veces el negro.

—¿Qué negro?

—El del Conde; el más valiente de todos, el que ha muerto más.

—¡Mi pobre Alí! ¿Por qué no le dejaste entrar?

—¡Sí, que se quedó á la puerta! Llegó, me besó la mano con mucho respeto, me separó luego con una dulzura que me hizo dar media vuelta y entrando en la alcoba os miró largo rato.

—¿Por qué no me despertó?

—No quiso; después besó la ropa de vuestra cama y se marchó diciendome:

—No tengas cuidado, que ningún peligro le amenaza.

—¿Y mi comunidad?—le pregunté yo.

—Están en el hospital de sangre—me contestó—y sin detenerse más se fué. A las dos horas regresó otra vez, me hizo varias preguntas, yo á él otras tantas y me pidió pan. ¡Qué hambre tenía!

—¿Le disteis?

—¡Pan, no; un pastel de aves, un trozo de sáballo, crema, confites y un vaso de vino más viejo que él.

—Bien hecho, Anselmo.—Padre abad, ese joven tiene un corazón tan noble como el vuestro.

—Es verdad, señor Conde, mas es tan atrevido...

—No importa, ved sus pocos años y recordad lo que hacíais vos á su edad. Os suplico le dejéis hablar lo que guste delante de mí.

—Dí, hijo mío, dí lo quieras; nada puedo negar á nuestro noble huésped.

—Pues digo, señores, que el negro, á pesar de su color, es muy guapo; tiene las facciones perfectas, la dentadura preciosa, es fino en sus modales, bebe vino y es cristiano. Yo creía que sería fiero, áspero, iracundo. ¡Caramba, como parecía un león entre sus enemigos...!

—No os extrañe, Anselmo, su señora es más bella y tierna que él y durante el combate le sobrepuja en denuedo y valor.

—¡Una dama! ¡Ah, sí; vuestra esposa; la Heroína Zegrí! La conozco.

—¡Vos! ¿En dónde la habéis visto?

—En Osuna. Poco antes de venir al monasterio fuí á esa ciudad á despedirme de un tío... ¡Si vos le conocéis! Vuestro amigo Morón...

—Es verdad.

—Pues bien; salí una tarde de paseo y á la mitad del camino vi una dama en

un caballo al parecer desbocado; creí que la mataba y compadecido de su suerte le salgo al encuentro y me echo sobre la fiera con ánimo de cogerla y ver si podía sujetarla; pero al llegar á mí, da un brinco, salta por encima y suponiendo yo que había estrellado á la dama, exclamó: ¡Dios mío, amparadla! Ella me oyó, paró de pronto la carrera de su corcel, se acercó y me dijo:

—«Gracias, valiente joven; soy la condesa de Lara, si en alguna ocasión necesitáis de mí id á mi palacio.»

—¡Qué voz tan dulce! ¡Su rostro parecía el de un ángel y sus ojos brillaban más que los diamantes! Picó á su fogoso alazán y sin esperar respuesta desapareció como un meteoro. Bastante después os vi que corríais mucho, mas no tanto como ella; la Heroína os deja atrás, señor Temerario.

—Ciertamente.

—Anselmo, la ropa y vistamos al señor Conde, que ya es hora de que tome otra vez alimento.

Lara halló sus vestidos limpios, se puso en pie y seguidamente se sentó á la mesa en compañía del abad. El buen Anselmo les servía en esta ocasión las viandas, que el Conde comía con apetito y las que apenas probaba el religioso.

Cuando llegaban á los postres oyeron un ruido de platos que rodaban por el suelo y poco después la voz del corista que gritaba:

—¡El negro, señor Conde, el negro!

Y entraron, abrazando el primero al último.

Alí cayó de rodillas á los pies de su amo, besó con efusión la diestra que éste le alargaba y puesto en pie le dijo:

—La maga, señor, la maga te lo anunció.

—¿Qué se ha perdido, africano?

—Mi temor, porque á ti nada te asusta.

—¿Qué se ha ganado?

—Acabar en Ecija la función principiada en el palenque de Sevilla.

—Negro, ¿quién te libró la vida?

—Dios.

—¿Cómo fué?

—Caíste en la zanja; á tu voz detuve mi caballo; vi el enjambre de asesinos

que nos rodeaban y no pudiendo con todos, salvé mi vida para librar la tuya, que de morir yo tú no vivirías.

—¿De qué modo?

—Pardiez, cruzando por medio de ellos, matando é hiriendo.

—¿No te persiguieron?

—Sí.

—¿Corriste más?

—Delante no sé yo correr. Metí á mi bravo corcel en el bosque, le di una voz y continuó volando, dejándome entre las ramas de un árbol. El enemigo apresó mi caballo, pero no dieron con el amo.

—¿Y después?

—Te vi exánime, escuché tu sentencia de muerte y bendije á Dios que me concedía el tiempo necesario para salvarte.

—¿No te dió un instante de más!

—¿Para qué lo queríamos?

—¿Y entonces?

—Corrí en busca de tu ángel bueno.

—¿Lo hallaste?

—Sí.

—¿Dónde?

—Muy lejos.

—¿En el monte?

—No; en el llano.

—¿Qué le dijiste?

—Van á matar á mi señor.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—¿Por qué?

—Porque ese no dice, pero hace.

—¿Cómo llegó antes que vosotros?

—Corriendo más.

—¡Mucho se expuso!

—No iba yo muy lejos.

—¡Un poco más tarde y todo se pierde!

—Un poco más pronto y te hubieran muerto.

—¿Luego llegasteis con tiempo?

—El suficiente para estudiar el acto y buscar la oportunidad.

—¿Quién os enteró?

—¡La maga, señor, la maga!

—Quiero ver á mi salvador.

—Ya lo tienes delante, amo mío.

—¿Al caballero que detuvo el hacha y confundió al verdugo?

—Ese no quiere verte á ti.

—¿Por qué?

—Porque hace y no dice.

—Esta noche iremos á visitarle.

—Estás preso, señor.

—¿De orden de quién?

—Del caballero de la cruz roja.

—¿Qué pretende?

—Que te cures.

—Estoy bueno.

—No lo cree él así.

—¿Por mucho tiempo?

—Por tres días.

—¿Y la orden?

—¿La necesitas?

—¡Luego no se digna escribirme!

—Le juzgas mal.

—Habla.

—Pronto te mandará varias órdenes.

—¿Y después?

—Partirá en busca de tus montañeses y te esperará al frente del enemigo.

—¡Mis hijos del Saucejo! No le obedecerán.

—Lo mismo que á ti.

—¿Quién es ese hombre?

—Un ángel.

—Pues mata á lo demonio.

—No, amo mío, á lo valiente.

—¡Mucho le defiendes, Alí!

—¡Mucho!

—¿Le amas?

—Tanto como tú le debes.

—Que venga, negro, que venga.

—No puede, señor; se lo prohíbe su fe empeñada.

—Que no falte á ella.

—El consejo es inútil.

—¿Matasteis muchos?

—Más que en el palenque de Sevilla.

—¿Qué dices, Alí?

—La verdad, señor.

—Cuando yo me retiré dejaban de defenderse.

—Pues murieron con defensa y sin ella.

—No es noble, humano, ni de caballeros, herir al que implora compasión.

—Guarda la moral, amo mío, para cuando se trate de otros hombres; respecto de éstos no tiene aplicación.

—Para ser noble, hidalgo, generoso y caballero es indispensable no hacer excepción de esa magnitud. En esta oca-

sión estuvo ese incógnito de la cruz roja algo feroz.

—¿No le culpabas de haber sido causa de que se escapasen la mitad de los asesinos que acudieron al palenque?

—Aquéllos se defendían, Ali; éstos imploraban la vida con lastimeras frases; y ese caballero de Santiago ha debido evitar que el vencedor se igualase al vencido.

—Sí, que le hacíamos caso. Mientras nos mandó herir fuimos un rebaño de ovejas que le obedecemos ciegamente; pero en el momento que gritó: «alto, perdonad á los que quedan» cada uno tiró por su lado y á éste sí y al otro también... Hemos hecho, no obstante, cerca de mil prisioneros que le deben á él la vida.

—¡Setecientos hombres han cogido mil prisioneros, qué vergüenza!

—Tienes razón, amo mío, no debimos hacer ninguno; ¡cuánto mejor estarían ahora en el cementerio descansando tranquilamente de la mala noche que por ti han sufrido!

—Ali, te vas volviendo inhumano.

—Distingo, señor. Si es inhumanidad dar fin de esos tigres que intentan devorar con sus dañinas garras lo grande que existe en tu país, no es posible que me vuelva, pues lo he sido siempre. Oye una historia, amo mío: era yo aún muy pequeño, cuando un esclavo, que me llamaba hijo, me enseñó á luchar con las fieras, á vencerlas y á matarlas. Habitábamos una humilde cabaña, cerca del monte, y eran pocas las noches que el lobo, la pantera, el tigre ó la puma no saltaban al cercado y nos llevaban una oveja, que costaba luego á mi padre veinte palos que le mandaba dar su señor. ¿Qué debíamos hacer en tal apuro? no había otro remedio que sufrir el castigo ó presentar por cada res devorada una fiera muerta por nosotros. En consecuencia, optamos por lo último. Corrimos al monte, provistos de buenos cuchillos y matamos fieras sin cuento. Muy pocas quedaban ya en aquellos contornos, cuando el amo de mi padre me vendió al poderoso Mahomad

Zegri; con él pasé á Oriente; nació en Damasco tu esposa y cuidé de ella desde su más tierna infancia. Luego regresamos á Granada, Tarifa, Algeciras y Almería, y, por último, nos establecimos en Mollina, en donde, como sabes, fué nombrado mi señor alcaide ó jefe supremo de la comarca. ¡Necio de mí! ¡Juzgué sin razón que las fieras habitaban sólo en los desiertos del Africa! Vine á Castilla, conocí al infante D. Juan y á todos tus enemigos, vi sus hechos y comprendí que en estas populosas ciudades hay fieras peores que el tigre, que la pantera y la puma; las del monte caían sobre mí con ánimo de despedazarme; pero frente á frente, y aun cuando daban saltos hábiles, ligeros y engañadores, lo hacían á la clara luz del día y sin esperar á que el enemigo volviese la espalda; luchaban siempre, y mientras les quedaba un átomo de vida se revolcaban y defendían hasta expirar; los jigres de por acá atacan por la espalda, ciento contra uno, y son tan perversos, tan cobardes, tan infames, que si ese uno vuelve la cabeza antes de ser vencido y les hace frente, se postran ante él, imploran compasión y anhelan una vida que piensan emplear en acabar con la del generoso caballero que los perdona. El apólogo podrá estar muy mal explicado, pero encierra una verdad, amo mío, que no la puede combatir ninguno de los que, como tú, conocen á las fieras de las ciudades de Castilla.

—Ali, has aprendido mucho para haber nacido en el Desierto de Sahara.

—A tu lado, gran señor, no pueden existir tontos ni cobardes, y si los que andan cerca de ti te aman, no deben ser compasivos.

—¿Quiénes me cogieron ayer?

—El infante D. Juan en persona, los diez y seis grandes de aquellos veinte que conoces y todos sus parciales; pero la idea fué del primero.

—¿Presenciaban todos mi ejecución?

—Sólo faltaban D. Juan, su suegro y los individuos de la guardia del castillo.

—¿Quiénes han perecido?

—Todos los grandes, la mayor parte de los caballeros que les seguían y la



mitad de los soldados. Los primeros creyeron que se trataba de una fiesta é iban con traje de corte; tan feliz ocurrencia nos ha proporciónado terminar la función en poco tiempo.

—¿Qué van á hacer con los prisioneros?

—El caballero de la cruz roja los ha sentenciado á galeras.

—Bien hecho.

—Jamás obró mal.

—¿Qué ha sido de D. Juan y de don Lope?

—En cuanto oyeron el choque de los aceros escaparon de Ecija, seguidos de unos cuantos que quedaban en el castillo; bien deseábamos encontrarlos; mas era tarde ya cuando advertimos que no estaban en la plaza; los buscamos, pero fué inútil; ha tiempo que desaparecieron, nos contestaron.

—¿Avisasteis al Rey?

—En breve lo sabrá todo.

—Debes estar rendido de tanta fatiga, africano.

—Razón por la cual dormiré perfectamente esta noche á los pies de tu cama.

—Buen perro de presa, señor Conde! —dijo Anselmo.

—No lo creas, reverendo padre—le contestó Alí,—mis dientes son pequeños, blancos é iguales; lo único bueno que me otorgó la Naturaleza.

Los religiosos escucharon el diálogo habido entre Lara y su negro, admirando la agudeza del último y la oportunidad de sus frases. El Conde quedó meditando hasta que vino á distraerle la llegada de un caballero que, cubierto de acero desde la frente á los pies, le hizo una reverencia, entregándole un rollo de pergaminos bastante abultado. A la vez le dijo:

—Mi amo y señor, me encarga os entregue estos despachos.

—¿Quién es vuestro amo?—le preguntó el Conde.

—El incógnito de la cruz roja—le contestó, é hizo un saludo y desapareció.

Lara le vió partir, pero no se atrevió á detenerlo. Luego miró los escritos, exclamando:

—Sepamos qué me dice mi misterioso compañero de la Orden de Santiago.

—Lee fuerte, amo mío, que todos podemos oirlo.

—¿Sabes tú el contenido de estos pergaminos?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Vi, escuché, deduje y estoy seguro de no haberme equivocado.

El Conde miró á su negro con sorpresa, se encogió de hombros y leyó en alta voz:

«Por el presente, confiero al incógnito de la cruz roja, que ostenta en su escudo las armas de la casa de Molina, facultad ilimitada para ordenar en mi nombre cuanto creyere necesario, confirmando yo de antemano todo cuanto él disponga; y trataré como á rebelde á aquel de mis vasallos ó súbditos que dejase de obedecerle.—Sevilla, etc.—Yo EL REY.»

—El escrito—dijo el Conde—no puede estar más terminante. Veamos qué dice el otro.

Y continuó leyendo.

«Confiscados los bienes del traidor D. Juan y perteneciendo éstos al real patrimonio, cedo, á nombre del Rey, el feudo y señorío de la ciudad de Ecija al muy noble y poderoso señor conde de Lara; y las rentas, posesiones y tributos que el rebelde tenía fuera de esta ciudad y en la misma comarca, al monasterio de San Basilio.—EL INCÓGNITO DE LA CRUZ ROJA.»

Pedro y el abad se miraron sorprendidos; el primero exclamó:

—Oportuno y esplendido está con los dos, padre superior. Aceptamos, pues de este modo sostendré mil vasallos en Ecija, y nadie podrá en lo sucesivo molestaros por la hidalguía que estáis usando conmigo.

—Admito—repitió el abad—que así se emplearán esas rentas en favor de los desgraciados, y no en aumentar el número de las víctimas.

—Veamos que dice el tercero.

Y prosiguió su lectura:

«El Justicia mayor y jefe supremo de los ejércitos, conde de Lara, esperará

tres días en el monasterio de San Basilio, para que obtenga en ellos el completo restablecimiento de la herida que tan villanamente le han causado los enemigos de S. A. Dejo á sus órdenes cien caballeros de mi escolta, que le acompañarán hasta el momento que penetre entre sus valerosos soldados.—EL CABALLERO DE LA CRUZ ROJA.»

—De diez, Alí, descendieron á nueve, y de este número han ascendido á ciento. ¿No es así?

—Sí, amo mío, y en lo sucesivo no volveremos á viajar sin escolta; quiere decir, que si tú no la necesitas la llevaré yo.

—¿De negros como tú?

—De blancos, de negros ó de mulatos: pero de hombres que me eviten otro susto como el de ayer.

—¿Pues no habéis concluido esta mañana con todos mis enemigos?

—De los que estaban en la plaza pocos han librado, señor, mas hay en esta tierra más fieras que en mi Desierto.

—Toma, africano; devuélvele ese decreto del Rey á su dueño, dale las gracias en mi nombre, y añádele que me bastaba con su firma.

—Otro día, señor, otro día; por ahora no puede ser.

—¿Quién lo impide?

—El caballo de ese incógnito que corre más que el mío; y hace tiempo que lleva á su amo hacia Sierra Morena.

—Luego me sentencia á vivir tres días en la inacción.

—Ciertamente; vas en seguida á la guerra y necesitas recobrar las fuerzas perdidas.

—Sufriré mi condena, negro, si no me queda otro remedio.

—Ya te la endulzaremos entre el reverendo abad, este otro religioso y yo. ¿Cómo se llama ese joven?

—Alseldo—le contestó Pedro.

—Es un santo varón, á pesar de sus pocos años, padre superior. ¡Si le hubieras visto con qué coraje cayó sobre uno de aquellos malvados, le arrancó la espada y comenzó á batirse!

—¡A batirse! —exclamó el superior asombrado.

El joven hizo seña al negro para que callase, más éste sin mirarlo, continuó:

—¡A ellos, negro! —me decía.—¡Tú eres el más valiente! ¡Aguarda, aguarda; yo iré contigo no te maten! Pues se puso á mi lado y...

—¡Jesús, Jesús! —repitió el abad cubriéndose el rostro con las manos.—¡No sigas, africano, que yo tuve la culpa; lo absolví...! ¡Válgame Dios...!

—Eso es; me absolvisteis, me mandasteis herir, y como este pobrecito negro estaba solo...

Lara y Alí no pudieron contener la risa; el corista se puso muy encendido y el padre superior lanzó á éste una mirada entre severa y cariñosa. El buen Anselmo había nacido efectivamente para la guerra; no obstante lo cual, cumplía con su deber en el monasterio hasta el punto de ser el favorito del abad.

Hablando de este modo se entretuvieron hasta las diez de la noche, en cuyo momento curaron la herida del Conde, le dieron alimento y le obligaron á meterse en cama. Verificado esto, pidió Alí un colchón, lo tendió á los pies de la cama de Pedro y se recostó en él; pero en cuanto aquél se hubo dormido, corrió en busca del abad y le rogó le curase varias heridas que había recibido durante el día. El religioso quedó sorprendido, calculando los dolores que sufriría, sin demostrar sensación alguna que indicase su malestar.

—Eres de bronce—le decía.—¿Por qué no me lo participaste al entrar?

—¡Dios te libre de que sepa nada mi amo! Buen rato le ibas á dar con la noticia; procura que no lo averigüe.

—¿Y cómo te he de sanar?

—Esto no vale nada; cinco arañazos que se pueden curar ellos solos.

—Pues el de este costado tiene una pulgada; si profundiza algo más, mueres.

—De nada te asustas, señor; yo no siento dolores.

—¡Imposible!

—Sólo un poco de incomodidad.

—¿Quién te hizo la primera cura?

—El escudero del incógnito.

—Veo que es inteligente. Mañana me

haces una seña, vendremos á esta celda y te volverá á operar. Aun cuando deben molestarte las cinco lesiones ninguna de ellas ofrece cuidado. Toma ahora ese frasquito, echas unas cuantas gotas en el agua siempre que vayas á beber, y no comas ni tomes otro alimento que caldo hasta tanto que desaparezca la fiebre.

—¡Buena noche, señor!

—Dios sea contigo, valiente africano.

Este, á pesar de la calentura y de los dolores que le producían las heridas, se quedó profundamente dormido. La edad, el cansancio, su fortaleza de espíritu y su incomparable naturaleza dominaron el mal, y el atrevido Alí fué presa de un tranquilo sueño que calmó sus dolencias mejor que los medicamentos que concluían de administrarle.

A la mañana siguiente se levantaron amo y criado, los curaron indistintamente, y sin que se apercibiera el primero de la operación que hacían al segundo, pasando el día en esa tranquila calma y sosiego que ofrece el claustro; asistieron á coro con los religiosos, pasearon por el jardín del monasterio, y por la noche se reunieron los cuatro y entretuvieron algunas horas agradablemente. Las heridas del Conde y del negro tocaban á su término; éste se abstuvo algo, pero comió, contraviniendo á la orden terminante del abad. Ambos deseaban ya por momentos que llegara y concluyese el siguiente día para marchar á la guerra. Por lo visto, no era la inacción del agrado de ninguno de los dos.

CAPÍTULO XXIII

Ecija.—El Rey.—Determinación acertada.
Partida

El pueblo de Ecija amaba al conde de Lara tanto como aborrecía al fiero inante D. Juan; mas este hombre funesto llegó á aterrar con sus continuas iniquidades á cuantos residían allí. Casi todos los nobles, pudientes y personas de algún valer abandonaron ha tiempo la ciudad, retirándose á Córdoba, Carmona y Sevilla huyendo de una tiranía

tan feroz como todo lo que dictaba el menguado señor que imponía su voluntad en aquella comarca. Sólo así podía explicarse que en la populosa villa no existieran veinte hombres capaces de intentar la salvación del noble caudillo que tan cobardemente iban á ajusticiar; del ídolo que un pueblo entero apellidaba con justicia su égida.

Se contaban, afectivamente, cientos y cientos de valientes hijos de Ecija, que hubieran expuesto con mucho gusto sus vidas en pro del sin igual caudillo á quien conocían y respetaban; pero se hallaban á algunas leguas é ignoraban lo que acontecía en su pueblo natal. Quedaron sólo míseros labradores, honrados artesanos y mercenarios sirvientes que custodiaban la casa y propiedades de su señor, pues los pocos nobles ó acaudalados que no partieron, se parecían más al enjambre de judíos que habitaba un barrio entero, que á los valerosos castellanos que ya en otras ocasiones combatieron con y por el conde de Lara.

Como un chispazo eléctrico corrió la noticia de lo sucedido, primero entre los amedrentados vecinos de la ciudad y luego por las poblaciones inmediatas; los primeros saludaron al Temerario con entusiasta serenata; y de las segundas salieron al momento los hijos de Ecija, desterrados voluntariamente por las causas expuestas, ansiosos de ofrecerse al ilustre caudillo. Y rayó en delirio la alegría de unos y de otros cuando llegó á sus oídos la nueva de la confiscación de los feudos, rentas y propiedades del Infante, y la cesión del señorío de Ecija hecha en favor del Temerario: pero no adelantemos el discurso.

Eran las ocho de la mañana del tercer día que habitaba el Conde el monasterio de San Basilio; su tranquilo retiro iba animándose con la continua llegada de caballeros y grandes que venían á ofrecerle y darle la enhorabuena. El alegre y simpático Anselmo le servía de portero de estrado, el negro de ayudante inseparable y el bondadoso abad de amigo íntimo, pues estos dos privilegiados seres se amaban ya á pesar de sepa-

rarlos la diferente educación que cada uno había recibido.

En este instante se hallaban los religiosos en el coro, el Conde concluía de levantarse y Alí le hablaba de los regalos y continuos elogios que le hacía el cariñoso corista.

—Ese joven religioso exclamaba—tiene el alma más noble que he conocido; sólo así podía avenirse á vivir en el claustro un hombre de su valor.

—¿Durante la lucha atacó?

—¡Ya lo creo! Se metió entre el enemigo y si yo no lo veo lo matan.

—Pobre Anselmo; no pensé que fuera capaz de ese arrojito.

—¡Oh, te hubiera admirado! ¡Viva don Pedro!—gritaba—¡Mueran los asesinos. los enemigos de Dios! ¡Y atacaba, vaya si atacaba...!

Alí llamó para fijarse ambos en los sonidos de una bocina guerrera y en la carrera de muchos caballos que cruzaban á escape por la calle donde estaba situado el monasterio. Poco después asomó la cabeza el corista y les dijo:

—Señor, algo ocurre; esos cien caballeros que tan ocultos permanecían, salieron de pronto armados de las casas vecinas; unos han rodeado al convento y otros corren en dirección del camino de Sevilla. Voy á enterarme, os avisaré de todo y si hay función contad conmigo.

Y el buen Anselmo desapareció en el mismo instante. Alí aproximó su terrible maza y la espada del Conde, mientras éste sonreía al ver los aprestos de su negro y la calma con que los verificaba; y ambos continuaron hablando de cosas indiferentes. Luego entró el padre abad, preguntándoles:

—¿Señor Conde, qué podrá motivar ese estrépito guerrero?

—No temáis; mis enemigos necesitan verme atado ó sin sentido para atreverse conmigo.

—¡Función tenemos; viva el conde de Lara!—dijo Anselmo llegando, pero al ver á su jefe bajó la cabeza y continuó:—perdonad, padre mío; creí que estabais en el coro...

—Poco te queda, hijo, mas interin

nos favorezca nuestro ilustre huésped nada puedo decirte. Vamos, habla; ¿qué ocurre?

—Señores, esos individuos de la escolta del Conde, que no se veían por ninguna parte, tienen sus avanzadas; y los que se hallan situados en el camino de Sevilla, vieron venir hacia aquí varios guerreros.

—¿Qué han hecho sus compañeros?

—Los de la avanzada, como aquéllos eran muchos, se retiraron á escape; tocaron la bocina; salieron todos; veinte han rodeado al convento y ochenta vuelan en busca del enemigo. No hay cuidado, son de los compañeros de Alí que matan admirablemente. ¡Tu maza, negro, es tu maza! ¡Caramba cuánto pesa! Me gusta más la espada del señor Conde.

—Anselmo, deja esas armas y observa lo que acontece en la calle.

—Al instante, padre abad; de todo os enteraré; pero si hay función y los impíos se atreven á profanar el monasterio, entonces... Alí, dos espadas, dos, con una no hay bastante.

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué muchacho tan travieso!

Exclamó el abad mientras el Conde y el africano sonreían viendo el ardimiento y viveza del corista.

No tardó mucho en regresar éste y con sentimiento añadió:

—¡Por lo visto se han entregado y los traen prisioneros! ¡Ya me lo figuraba yo; los unos son muy valientes y los otros tan cobardes!

Al mismo tiempo se oyó el ruido de muchas pisadas de caballos que detenían su carrera á la entrada del convento. Un poco después se acercó á la puerta de la celda un religioso y le dijo al abad:

—Padre superior, S. A. el rey D. Sancho IV, os pide permiso para visitar á su amigo el señor conde de Lara.

—Que pase al instante. ¡El soberano aquí! ¡Y vendrá mi padre con él! ¡Bendito sea Dios, cuánto bien nos otorga! ¿Me permitís, señor Conde, que salga á recibirlos?

—Id, amigo mío.

—Partió el abad apresuradamente y Anselmo exclamó:

—¡D. Sancho el Bravo! ¡Qué deseos tenía de conocerlo! ¿Me dejáis que lo vea llegar, señor?

—Sí; quédate.

Lara se levantó y un segundo más tarde le abrió los brazos su rey, se estrecharon con la mayor efusión, sin hablar y en un silencio tan tierno como interesante. Luego le dijo Sancho:

—¡Qué largo se me ha hecho ese camino! ¡Qué ideas tan negras me han asaltado durante diez horas, Conde! Si esos tigres, que Dios confunda, llegan á mataros y no perezco yo... Me horroriza ahora lo que pensaba hacer.

—Gracias, señor; vuestra bondad para conmigo no tiene límites.

—¡Cuánto habréis sufrido, amigo mío!

—No lo crea V. A.; llegué hasta fijar mi cabeza sobre el tajo sin emoción, sin otro sentimiento que el de no poder abrazar á mi esposa. Los hombres me quitaban la vida y Dios me alargaba su caritativa diestra.

—¡Qué ser más fuerte! ¡Oh, cuánto le debéis á la Providencia! ¿Y vuestro negro, murió?—preguntó el Rey con interés.

—Esa clase de enemigos no puede conmigo, gran señor—contestó el africano.

—Acércate, Alí.

Y le tendió una mano, que el hijo del Desierto besó con respeto.

—Otra vez debe tu amo la vida á tu valor y lealtad, y tan heroica acción merece una gran recompensa. Vas á ser caballero y señor de un pueblo, cuyo feudo y propiedades te regalo.

—Déjalo para otro, Alteza; ¡qué dirían los señores de tu corte viendo ostentar su propio escudo de armas á un mísero negro!

—Si alguno se atreviese á mirarte de mal modo, no creo que necesitates de mí.

—En cuanto á eso, yo me entendería con él; pero no puedo, no debo acercarme tanto á mi señor. ¡El esclavo de ayer caballero feudal hoy! Gracias, generoso monarca.

—¿Qué decís, Conde?

—Que podéis nombrarlo cuando gustéis; de este modo tendré dos escuderos altos señores, porque Márcia y Alí, sean lo que quieran, no dejarán de servirme nunca.

—Negro, cuando regreses de la guerra te entregaré tus títulos.



...le abrió los brazos su rey.

—Puesto que mi amo lo quiere así, ascenderé á caballero sin dejar de ser criado suyo.

Luego miró el Rey en torno, y viendo á Anselmo le dijo:

—Buen religioso, acompañad á este valiente africano fuera de la celda.

Salieron ambos, y quedándose solo el Monarca con el Conde, añadió:

—Pedro, el caballero de la cruz roja me ha mandado un despacho detallán-

dome lo ocurrido hace tres días en esta ciudad; mas ignoro qué es de D. Juan, de su suegro y de los restantes que hayan podido seguirles. Anhele cogerlos y que todos, todos, mueran en un patíbulo. ¿Sabéis vos, qué dirección han tomado y hacia dónde podremos hallarlos?

—No, señor, si bien es probable piesen engrosar las filas del rebelde Cerda.

—En ese caso os toca á vos dar fin de ellos.

—No opino lo mismo, señor; esos hombres, aun cuando forman parte del ejército contrario no avanzarán lo suficiente para que mis montañeses puedan llegar hasta ellos.

—Pues es indispensable que mueran, y si para ello fuera preciso, entrad en Aragón, en Navarra, en Francia. Castilla y León apoyan vuestro intento y os seguirán adonde vayáis.

—Huirán al fin del mundo si saben que yo les persigo y harán inútiles todos mis esfuerzos. ¿Deseáis cogerlos?

—¡Quién lo duda!

—Entonces esperad á que les gane la primera batalla y ponga en plena derrota á los partidarios de la Cerda, y en albricias del triunfo indultadlos y devolvedlos los secuestros.

—¿Creéis que vendrán?

—Al momento, señor. En Castilla son poderosos; en otro país, pobres y sin recursos.

—He vendido ya la mayor parte de los bienes que les he confiscado.

—No importa; son pocos los que han quedado con vida: enteraos de sus nombres y volved á comprar lo perteneciente á ellos.

—Lo haré, que la idea me parece acertada.

—Si yo tuviese la suerte de encontrármelos en el campo de batalla...

—Eso sería lo mejor, el indulto me repugna.

—Pues es lo probable que no los halle.

—¿Cuándo partís?

—Hoy concluye mi arresto; por consiguiente en la próxima madrugada, si V. A. me lo permite.

—¿Cómo os halláis preso?

—Y por un hombre á quien no conozco, señor.

—Humilde sois para con él, valeroso Conde.

—Manda á nombre de V. A., ¿qué he de hacer?

—¿Si lo verificase al suyo, obedeceríais?

—¡Creo que sí; que el incógnito sabe hacerse querer, respetar, y manda tan bien...! Tiene la arrogancia de un César, la sabiduría de un héroe y la bondad de un santo.

—Lara, con el tiempo vais á concluir por amarle.

—¡Quién sabe! Hace tres días me salvó la vida de un modo incomprensible.

Largo rato continuaron hablando todavía los dos amigos sobre el caballero de la cruz roja, los acontecimientos que tuvieron lugar no ha mucho, y de otros asuntos relativos al porvenir. El noble monarca corrió en busca del Conde á la primera noticia que tuvo de la desgracia que le había amenazado y ya en Ecija, quiso permanecer á su lado todo el día y la noche, hasta despedirlo en la próxima madrugada. Se hizo hospedar en la misma celda, siendo ambos servidos por Alí y Anselmo, no queriendo el Rey hacer uso de sus caballeros, por preferir á los dos únicos que estaban encargados de la asistencia del Conde.

Hablando en la celda, paseando por el jardín del monasterio, recorriendo el sitio donde tuvo lugar la catástrofe, y visitando por último, el calabozo que sirvió de capilla á Pedro, ocuparon el día. Durmieron por la noche y al amanecer se dispusieron á partir.

Lara hizo una tierna despedida á la comunidad de San Basilio y muy particularmente al abad y al atrevido Anselmo. Oyeron luego una misa que les dijo el superior, dieron gracias al Rey de reyes, montaron á caballo y puestos cada uno al frente de su escolta, se cogieron de las manos, preguntándole el Monarca:

—¿Sois mi amigo?

—Y vuestro vasallo, señor.

—Es indispensable entonces, que me deis una prueba.



—Hablad.

—El Temerario murió hace cuatro días en la Plaza Mayor de Ecija; queda sólo el valiente y entendido conde de Lara.

Pedro sonrió, bajó la vista y alzando después la frente, le oprimió al Rey la diestra, contestando:

—Murió el Temerario á manos del verdugo.

—¿Me lo juráis?

—Os lo juro.

—Entonces os aguardo en Sevilla, seguro de estrecharos entre mis brazos.

—Creo lo mismo, gran señor.

—¡Dios os acompañe, envidiable cau-dillo!

—¡Su bondadosa manó no se aparte de vos, poderoso monarca!

Y se volvieron la espalda, corriendo en diferentes direcciones; Lara seguido de ciento un jinetes, y el Rey de quinientos.

A la vez echaron á vuelo todas las campanas de Ecija y una aclamación unánime espidió al soberano y al general, en tanto que los monjes basilios elevaban tiernas preces á Dios, pidiendo por la causa de D. Sancho y por la vida del conde de Lara.

CAPITULO XXIV

Los montañeses del Saucejo. — Incertidumbre. — El campamento. — Los dos ejércitos.

El conde de Lara, cubierto con su pesado yelmo, caminaba hacia Sierra Morena, triste al parecer, y como entregado á profundas meditaciones; había desaparecido de él aquella viveza con que marchaba, antes de ser preso, en busca del pretendiente la Cerda y sus partidarios. La terrible lección que acababa de sufrir lo hicieron, según manifestaba, más reflexivo y menos audaz.

—La Providencia—se decía—defiende mi vida porque en sus altos designios me necesita para algún fin especial que yo no acierto á comprender; mas por lo mismo trataré de estudiar detenidamente cuanto intente practicar, evitando de

este modo temeridades, con las cuales se logra poco, se pierde mucho y suele ofenderse á Dios.

Y el atleta refrenaba su caballo obligándole á ganar terreno á un trote que pocas veces practicaron los potros que montaba.

Después se entregó á profundos cálculos sobre el porvenir, siguiendo así hasta que se le acercó su valiente leopardo, diciéndole:

—Ensimismado y pesaroso vas, amo mío.

—Alí, me acordaba en este momento de tu señora, y discurría sobre el medio que debamos emplear para hacerla venir lo antes posible.

—Ya poco nos resta, señor Conde.

—Sólo una vez me ha escrito la ingrata.

—Pero ninguna le contestó el ingrato; y perdona la frase, señor.

—Tienes razón, mi buen Alí; mas ó debía engañarla ó decirla que por todas partes me rodeaba la muerte; mentir no sé y la verdad era tan amarga que preferí quedarme con ella. ¿Quiénes son los individuos que forman nuestra comitiva?

—Cien valientes y experimentados guerreros, con los cuales puedes atreverte á todo; respondo de ellos.

—Te he preguntado, africano, quiénes son.

—La mitad de los caballeros que componen la escolta, de cristianos que sirve y obedece al que te salvó la vida en la Plaza Mayor.

—Pues quedo, Alí, tan enterado como estaba antes.

—¿Querías saber sus nombres?

—Eso es precisamente lo que te he preguntado.

—No han tenido la bondad de decirme los, amo mío.

—Hasta ahora no he conseguido verle la cara á ninguno, ni oírles hablar. Pardiez, se asemejan á las estatuas.

—¿No los contemplastes pelear en Ecija?

—¿Sí.

—¿Se batían bien?

—Admirablemente.

—Mándales herir y harán lo mismo á tu lado.

—¿En qué te fundas, negro?

—En que son audaces y en que obedecen con ciega sumisión al que les previno que acatasen tus órdenes.

—¿Luego tienen obligación de cumplir mis deseos?

—Sin duda alguna.

—Alí, díles de mi parte que se bajen la celada.

—Señor, les va á molestar el polvo del camino; yo te ruego que les permitas continuar así.

Lara se sonrió al escuchar el modo con que el negro salió del apuro. Después caminaron silenciosos, deteniéndose el tiempo indispensable para tomar alimento y dar á los potros el descanso; pero sin aligerar el paso con que empezaron al salir de Ecija.

De este modo llegaron al pie de Sierra Morena. Eran las tres de la tarde, y un hermoso Sol extendía sus rayos de oro sobre los empinados montes. En este momento detuvo Alí á su señor, diciéndole:

—Amo mío, á la derecha de esa extensa cordillera estuvieron acampados tus montañeses. Señales inequívocas tienes ante tus ojos de que es cierto lo que acabo de decir.

—¿Y qué debo deducir de eso, africano?

—Que los hijos del Saucejo siguieron adelante, y en pos del caballero de la cruz roja.

—Ya lo veo. ¿Y nosotros dónde vamos?

—Adelante, señor, adelante; pasado mañana estaremos todos reunidos.

—¿No te equivocas, Alí?

—No, señor.

—¿Quién te enseñó á adivinar?

—La maga, que me ha dado palabra de enmendarse.

—Falta nos hace, novel caballero, que el no haber sido más explícita puso en gran peligro mi vida.

—Es posible, amo mío, que lo verificase con la intención de proporcionarle á tu ángel bueno el que te librase de morir.

—¿Y qué ganaba el uno con eso, y qué interés le movía á la otra?

—Misterios de hechicera son esos, que no alcanzo yo á comprender.

—Pues adelante, Alí, adelante.

Y prosiguieron caminando hasta encontrar el campamento donde se hallaban los partidarios del conde de Lara.

Las continuas traiciones, perfidias y maldades que el Temerario veía doquier, desde algún tiempo atrás, acibararon su existencia hasta el punto de presentar ahora señales inequívocas de un desasosiego y malestar que en vano disimulaba. Tan noble, generoso é hidalgo, no podía ver sin enojo y espanto el terrible cuadro de miserias humanas que tenía delante. Esto motivaba su calma, silencio y constante meditación.

Habían atravesado las provincias de Córdoba, Jaén, Villarreal (1) y marchando siempre á la derecha, penetraron en la de Cuenca.

Alí hablaba continuamente con el jefe de la escolta, el cual le indicaba la ruta que debían seguir y éste se lo participaba á su señor, sin que el Temerario replicase nada. Por fin se aproximaron al río Záncara, lo atravesaron y desde allí distinguieron, á gran distancia, un magnífico campamento situado entre dos colinas. Al verlo, exclamó el conde de Lara:

—Alí, mis montañeses me esperan admirablemente parapetados.

—No lo extrañes, gran señor—le contestó el negro,—los dirige y manda el caballero de la cruz roja.

—¿Y no te extraña, como á mí, que siendo sólo vasallos míos obedezcan á otro?

—No, señor.

—¿En qué te fundas, africano?

—En que ese incógnito representa al Rey, defiende tu causa y los gobierna, por lo menos, tan bien como tú.

—Ciertamente; mas ellos deben sólo acatar mis mandatos.

(1) Hoy Ciudad Real. Esta población fue fundada por Alonso X y se llamó Villa Real hasta que jurado rey de España Carlos II, se le puso el nombre que lleva hoy.

—Eso hacen, amo mío; tú quieres ganar tiempo, y el de la cruz te lo proporciona acereándolos al enemigo ínterin te restablecías de la herida.

La avanzada que tenían los montañeses en la parte del Sur del campamento, que era el sitio por donde aquéllos llegaban, hubo de distinguirlos y reconocerlos, toda vez que se replegó aceleradamente, penetró entre el ejército é introdujo en él una completa alarma. Las trompetas, timbales y bocinas se oyeron doquier, los peones empuñaron las armas, los jinetes montaron á caballo, y unos y otros corrieron de acá para allá hasta que formados salieron á recibir á su señor, componiendo dos extensas alas, que principiaban en la tienda de campaña dispuesta al valeroso caudillo y concluían á la distancia de un cuarto de legua.

Lara, al notar el movimiento de sus soldados y la carrera de la avanzada quedó parado sobre una pequeña altura, admirando las rápidas evoluciones, orden y acierto de sus vasallos.

—Muy bien—exclamaba,— mis hijos del monte son ya unos veteranos á quienes falta únicamente un buen jefe. Por mucha gente que traiga el pretendiente la Cerda no podrá con vosotros, mis valientes leones.

—Eso último es verdad, señor —se atrevió á replicar Alí,— en cuanto á lo anterior, estás equivocado, amo mío; pues tienen un buen jefe, si bien ahora llega otro que vale también mucho.

—De lo cual debes deducir que van á cambiar de general; á mis vasallos estando yo, nadie más los manda.

—El caballero de la cruz roja tiene también sus soldados, señor.

—Me alegro; á esos puede dirigirlos como mejor le agrade.

—Lo hará, amo mío, que no es aficionado á lo ajeno.

—Mucho te entusiasma ese incógnito.

—Es que voy siendo voto y le juzgo con imparcialidad.

El día estaba sereno y tranquilo; ni las nubes empañaban los brillantes rayos del Sol, ni el aire molestaba, ni el

calor se dejaba sentir aún, como en la comarca de Sevilla.

Formados en dos filas los vasallos del Conde, callaron las trompetas, clarines y bocinas, reinando en el guerrero campo un silencio que nadie interrumpía. Doquier se distinguía el brillo del acero, ya en las armas ó bien en los pesados yelmos de los combatientes. El escudo de Lara, unido ahora al de Castilla y de León, se veía en los estandartes, en los pechos de los soldados y en las tiendas de campaña. El Conde fué desterrando de sí la calma y malestar que antes le abatían, se coloreó su semblante, su espíritu se ensanchó, asomando á su rostro un placer, una satisfacción de que carecía há tiempo. Tenía delante á sus valerosos hijos, en los cuales no había un solo traidor ni cobarde; y suponía que no muy lejos estaría el enemigo, con el cual deseaba combatir en campo abierto y en igual pelea, sin intrigas, falacias ni artificios: en lucha terrible, sí, mas no con asesinos, sino contra rivales poderosos. Olvidó, pues, sus pasados sinsabores, y con júbilo, exclamó:

—¡A escape, señores!

—¡A escape!—repitió el jefe de la escolta que le había seguido.

Y mientras aquél se dirigía á las filas del ejército, la comitiva, girando á la derecha se encaminó á un punto diferente con precipitación.

Un aplauso unánime, entusiasta, febril, recibió al Temerario. Sus hijos del Saucejo le vitoreaban á porfía, le aclamaban, y como un solo hombre felicitaban al venturoso gigante que los mandaba. De ovación en ovación llegó á la falda de la primera colina, donde le esperaban mil guerreros cubiertos de acero, los que al verle se abrieron, le dieron un viva, dejándole calle que concluía al pie de su tienda de campaña, que estaba situada sobre la eminencia. Estos caballeros pertenecían todos á su casa, siendo ahora los jefes del ejército acampado. El Temerario les saludó, según lo había verificado con los hijos de la montaña, y continuó hasta ascender á la cumbre, donde se detuvo, echando pie á tierra.

Poco antes de la entrada de la tienda

se le acercó D. Ricardo, jefe del ejército en representación suya, el cual, descubierta y con cariñoso acento, le dijo:

—Señor, en nombre de todos vuestros vasallos os doy la enhorabuena, con tanto placer como sentimiento tuvimos al saber la iniquidad intentada contra vos, el más noble y generoso de Castilla, por unos hombres cuya maldad no tiene igual en el mundo. No hay en el campamento un solo individuo que no vertiera lágrimas de dolor y de ira al escuchar el relato de los acontecimientos de Ecija. Todos os aman y todos sentimos la misma pena, igual enojo.

—Gracias, D. Ricardo; la Providencia veló por mí ese día, valiéndose de éste, mi leal africano, y del incógnito á quien debo mucho, pero al que habéis obedecido sin orden mía.

—Gran señor, yo sólo he tenido la culpa; el ejército le ha seguido porque yo se lo mandé en nombre vuestro.

—¿Qué razón habéis tenido para obrar de ese modo?

—Me enseñó una orden del Rey, y no bastándome se separó y me descubrió su faz.

—¿Qué tiene el rostro de ese caballero, Ricardo?

—Nada más puedo deciros, gran señor; me lo prohíbe un juramento.

—¿Luego vos le conocéis?

—Me es imposible contestaros.

—Ricardo, ¿he de vivir siempre entre misterios?

—¿Dudáis de mi lealtad, señor Conde?

—No, amigo mío; mas es tristísimo que el amo sepa menos que el último de sus vasallos.

—Sólo Alí y yo hemos visto la faz del incógnito; todos los demás de cuantos existen en el campamento ignoran quién es.

—Si os hubiera mandado atacar, ¿qué haríais?

—Obedecerle.

—Poder tiene el encubierto, que asombra.

—Tanto vale, que admira.

—¿Dónde se halla?

—Dirigid la vista á la derecha, sobre aquella otra colina que dista de aquí un

cuarto de legua, hay una tienda de campaña rodeada de cuatro mil musulmanes y de doscientos caballeros cristianos; en ella habita, y no muy lejos se encuentran las del príncipe Muza y los cuatro jefes de tribu.

Lara observó detenidamente el punto que le indicaba su caballero, estudió la posición del campamento, y concluido, volvió á preguntarle.

—¿Dónde se halla el enemigo?

—En Cuenca.

—¡Avanzó hasta ahí!

—Sí, señor.

—¿Qué fuerzas reúne?

—Treinta mil hombres.

—¿Qué clase?

—Aragoneses, italianos, navarros, franceses y unos dos mil castellanos. La mitad próximamente serán buenos soldados, los restantes valen poco.

—¿Y los jefes?

—Buenos, en general.

—¿Quién los ha reconocido?

—Yo.

—¿Cómo?

—Por orden del caballero de la cruz roja, pasé á Cuenca, y bien disfrazado me fué fácil penetrar entre ellos, acompañado de uno de nuestros espías.

—¡Espías! Que no vuelva á presentarse en mi campo ninguno de esos hombres. De traidores ni aun la vida quiero.

—Se hará así, señor Conde.

—¿Se acercarán nuestros contrarios, ó tendremos que ir á buscarlos?

—Esperan sólo la llegada del rey de Aragón para atacarnos; D. Alonso y don Hernando la Cerda están ya con ellos.

—¡Un rey y un pretendiente! Me alegro; mis montañeses les harán correr á todos. Pisaron el suelo de Castilla, nos arrebataron varios pueblos y una capital. ¡Guay si los hago volver la espalda!

—¿Tenéis que darme algunas órdenes?

—Sí; que desfile el ejército y que se retiren. Concluido, visitad de mi parte al caballero de la cruz roja y preguntadle si tiene algún plan formado para la próxima batalla, y que os diga además cómo nos hemos de entender durante la lucha, pues es imposible la dirijamos los dos.

Ricardo estrechó la mano de su señor y partió de allí en cumplimiento de la misión que llevaba.

El Conde se volvió, notando con sorpresa que le rodeaban varios pajes y sirvientes, y creció más su admiración hallando su tienda tan extensa y bien dispuesta cuanto que había en ella multitud de comodidades desusadas en los campamentos. Tenía sala, alcoba, cocina y comedor; y nada faltaba de cuanto pudiera necesitar en los cuatro departamentos en que estaba dividida. Después que todo lo reconoció se dejó caer en un sillón, exclamando:

—¡Pardiez, mis vasallos, por lo visto, quieren que yo guerree á lo gran señor! Cuando creí hallarme entre el suelo y un misero lienzo, sin otros objetos que la estrecha cama, la pequeña mesa y las muchas armas de costumbre, me encuentro con divanes, sillones, armarios, cocina, vajilla, comedor... Este es un palacio portátil, Ali.

—No te extrañe, amo mío—le contestó su inseparable leopardo—juzgarán, con razón, que no hemos de andar mucho tiempo con los muebles al hombro. ¿Te gusta la situación del campamento?

—Mucho.

—Su autor tiene más talento que tú.

—Gracias por la lisonja.

—Es justicia, señor, justicia.

—¿Te lo ha dicho la maga?

—Contento me tiene; en cuanto la vea... pero no la veré, que comprenderá mis intenciones y huirá de mí.

—¡Mal se portó en Ecija con nosotros, negro!

—¡Muy mal!

—¿Qué va á ser de ti sin su poderoso auxilio?

—Ya no me hace falta, señor Conde; para lo que nos resta tengo bastante con mi maza.

—Entérate desi hay comida dispuesta.

—Al momento.

Salió el negro y regresando poco después, añadió:

—Todo está preparado con muchos y variados manjares que esperan el honor de ser comidos por ti.

—Veamos si el jefe de mi cocina es

tan hábil en el campo como el palacio.

Y pasaron al comedor, donde pajes y criados sirvieron al Conde, mientras Ali, recostado sobre el sillón de su amo, contemplaba el apetito con que comía y la satisfacción que experimentaba al hallarse entre sus hijos del Saucejo; el buen africano, cuando su señor concluía con un plato y era de su agrado, lo cogía, comiendo de pie y sin dejar de hablar con él.

—Siéntaté—le decía éste,—que ya eres caballero.

—Caballero—repetía aquél siempre de pie—que te seguirá desnudando y haciendo de criado; ¿es cierto?

—Tú tienes la culpa; me has acostumbrado á ti y no sé mandar á otro.

—Cuando regrese Márcia me reemplazará en algunas cosas.

—Ese caballero ha ganado también en títulos, pero ascendiendo muy poco á mi lado; mientras tú me sirves aquí, él hará lo mismo con mi bella Blanca.

—Y cuestionarán, como de costumbre.

—Sí, le llamará viejo y gruñón.

—Y él á ella, caprichosa y mujer al fin; porque Márcia tiene formada muy mala opinión del sexo femenino.

—Y le saludará con algún plato, el cual irá á estrellarse en un hombro ó en la mano del buen Lázaro.

—Algunos, señor, algunos; es el entretenimiento favorito de la huri, incomodar á mi bravo compañero. Eres torpe, cobarde y viejo—le decía en una ocasión.—Y tú—replicaba él—caprichosa y tan mal educada como el resto de las mujeres.—Al escuchar esto mi señora, le arrojó una fuente que no le hizo mucho daño, pero que le echó á perder su mejor traje de corte, añadiendo:—mal escudero, nosotras no necesitamos que nos eduquen, nacemos ya educadas; la peor de nosotras vale por diez hombres.

—¿Y qué hizo mi buen Márcia?

—Se limpió lo mejor que pudo, sonrió y mirándola con el mayor cariño la contestó:—Imposible parece que seas tan larga de manos teniéndolas tan cortas, torneadas y bonitas.—Bueno te he

puesto, Lázaro—le respondió la sultana. —No me importa, Blanca; mi señorío de Márcia que debo á la generosidad de Pedro, el cual vale más que tú, me produce para comprar un traje cada día.— Por la verdad que acabas de decir, te dejo besar mi mano.—Esta conclusión es la misma con que terminan siempre sus cuestiones.

Amo y criado acabaron de comer y de hablar; poco después llegó D. Ricardo y le dijo al Conde:

—Señor, los montañeses, ebrios de júbilo con vuestra llegada, descansan ya debajo de sus tiendas. He visto además al caballero de la cruz roja.

—¿Sin celada?

—Sí, señor.

—No espero tener esa fortuna, Ricardo.

—Pues él piensa de distinto modo.

—¿Cuándo intenta abandonar su incógnito?

—Al terminar en Castilla su guerrera misión.

—Cariñoso está con vos, á fe mía.

—Na ha mucho me obligó á trinchar un pedazo de ave, sentado frente á él.

—¿Se hallaba sólo?

—Estaba con el príncipe Muza y rodeado de veinte esclavos que le servían.

—Feliz vos, que le merecéis tales consideraciones. Por cierto que mi amigo Muza se va olvidando de mí.

—Pruebas os dan ambos de quereros mucho. Oculto el Príncipe, bajo un yelmo cristiano, fué uno de los que más hirieron en la Plaza Mayor de Ecija.

—No lo sabía.

—Peleó al lado de su amigo el incógnito.

—¿Llevaba el escudo de las armas reales?

—Creo que sí.

—Recuerdo haberle visto. ¿Hicisteis la pregunta que os mandé?

—Sí, señor: el caballero de la cruz roja me encarga os participe, que presenciara el combate como mero espectador á no ser que creyera indispensable su presencia y la de los suyos en el campo de batalla, en cuyo caso caerá sobre

el enemigo, sin imponeros orden alguna ni recibirla de nadie.

—Me complace la respuesta, Ricardo.

—Añade, que dispone de cuatro mil doscientos hombres; pero que aguarda esta noche un refuerzo con el cual doblará el número. Si entrase en vuestros cálculos hacer uso de la mencionada fuerza, él y el Príncipe la ponen gustosos á vuestra disposición; reservándose únicamente sus respectivas escoltas.

—Supongo que bastarán con mis vasallos; mas si me equivocase, entonces pueden ellos cargar con todos los suyos. Volved esta tarde y contestadle lo que os acabo de decir, dándole las gracias de mi parte.

Partió D. Ricardo y el Temerario pasó el resto del día observando desde la colina donde estaba situada su tienda las dilatadas llanuras que se extendían á la parte Sur y septentrional de su campamento. Cuando hubo anochecido penetró de nuevo en su portátil vivienda, se recostó en un diván, permaneciendo media hora entregado á meditaciones. Luego se incorporó, exclamando:

—¡Alí!

Su leopardo estaba tranquilamente dormido cerca de él y sobre una blanda piel de carnero. Al escuchar la voz de su amo dió un salto, se puso en pie y le dijo:

—Heme aquí, señor.

—¿Dormías?

—Como un príncipe.

—¿En ese mullido lecho?

—Ahí. Desde que soy presuntó caballero me va gustando la comodidad.

—Acercate. Más. Oye ahora con atención.

—Di, amo mío, que no perderé una frase.

—Ya es completamente de noche y el tupido manto que cubre la tierra es de tu mismo color.

—Gracias.

—Necesito poner á prueba tu valor, sagacidad y entendimiento.

—Habla.

—¿Sabes nadar?

—Yá lo has visto, como un pez.

—¿Y saltar?
 —Como la pantera.
 —¿Y escalar la valla, entrar en sitio vedado y volverte sin ser visto ni oído?
 —Como la zorra.
 —Pues marcha á Cuenca, entra en la ciudad, pregunta, Alí, pregunta y regresa pronto, que no me acuesto hasta que tú me desnudes.
 —¿Dónde está esa ciudad?
 —A Levante del campamento.
 —¿Cuánto dista?
 —Poco más de una

legua.

—¿Tiene murallas?

—Tan débiles que bien pudieran llamarse tapias.

—¿Defácil acceso?

—Sí; pero estarán guardadas por muchos centinelas.

—Dime cuánto se pas.

—Cuenca, africano, está situada en a falda de un cerro llamado San Cristóbal y muy cerca de aconfluencia de dos ríos: el Huéscar y el Júcar, los cuales la rodean; sus calles son estrechas, de mucha pendiente y las encontrarás llenas de soldados

franceses, castellanos, aragoneses, napolitanos, navarros y...

—Basta, amo mío; ya sé lo suficiente. Si buscas el lecho recorrería tranquilo esa ciudad.

—Lo haré con tal que me despiertes al regresar.

—Te llamaré.

—No vuelvas sin haber reconocido el campamento.

—Duerme tranquilo y hasta luego.

—¿No cambias de traje?

—Me arranco mis vestidos de escudero; cúbrome con los de un mísero esclavo: escondo una daga de buen tem-

ple y que el cielo te guarde, señor.

—Dios vaya contigo, Alí. Si al asomar la aurora no estás á mi lado, iré en tu busca, valiente leopardo.

El negro besó la mano de su señor y descendiendo por la colina llegó allano, hizo dos preguntas á un caballero de los que estaban de servicio y desapareció del campamento perdiéndose entre las sombras de la noche.

Su amo desde la puerta de la tienda miró hacia Levante, pero nada distin-



—¿Dormías?

—Como un príncipe.

tinguió: una oscuridad completa ocultaba el monte, el campo, las débiles viviendas de sus montañeses, los caminos y al audaz africano que en aquel instante caminaba en dirección de Cuenca á paso de corzo. Un silencio profundo reinaba en todo el campamento; imposible parecía que hubiese en torno del Conde más de quince mil hombres; pero la subordinación de éstos, el respeto y hasta el amor que profesaban á su jefe y señor se igualaban al nunca desmentido valor de tan aguerridos vasallos. Por eso ahora permanecían callados, ocultos entre las lonas de sus tiendas y dis-

puestos á morir por el venturoso caudillo á quien obedecían.

El Conde bajó la cuesta que le separaba de sus soldados y reconoció varias tiendas las que encontraba con aseo, orden y tan bien dispuestas que nada halló reprehensible. Al verlo sus bravos montaraces y selvícolas, exclamaban:

—¡Señor!

Estampando en la diestra que les alargaba, besos cariñosos que el Conde recibía con sumo placer.

—Bien, hijos, bien—les contestaba—veo que nada os falta. En breve confundiremos á nuestro valiente enemigo y regresaremos al Saucejo; tened paciencia y no temáis, que ya no me separo de vosotros.

Los soldados le despedían con aclamaciones que terminaban al retirarse á su portátil morada.

Luego escribió varios despachos, les dió dirección, y concluido se hizo desnudar por sus pajes, buscó el lecho, meditando hasta que cansado inclinó la cabeza y se quedó dormido. Su tienda estaba rodeada de centinelas, y como si esto no fuese bastante dos caballeros de su comitiva se sentaron á la parte adentro, pasando allí el resto de la noche.

Un poco antes de amanecer, llegó Alí, y viendo á los dos guerreros le dijo:

—¡Veláis cerca del Conde! No me extraña, pues su leopardo no podía hacerlo.

—¿De dónde vienes, africano?—le preguntó uno de ellos.

—De tomar el fresco; la noche convida.

—¡Mucho has andadol

—No; he corrido.

—¿En qué dirección?

—Hacia Levante. ¿Y el señor Conde?

—Duerme. ¿Conoces al caballero de la cruz roja?

—Sí, y vosotros también.

—Dinos quién es; tenemos un deseo de saberlo...

—¿Por qué no se lo preguntáis á don Ricardo?

—Ese no habla.

—Pues yo no digo.

—Creímos que tú...

—Mal pensasteis, hidalgos; pero no os impacientéis que no pasará mucho tiempo sin que le veais el rostro.

—Cuentan prodigios de su valor, denuevo y bizarría.

—Mentiras; vale mucho más que todo lo que refieren.

—¿Quién podrá ser?

—Un hombre... no, un héroe. Buena noche, señores.

—Adiós, Alí.

Y éste penetró en la alcoba de su amo, se acercó al lecho y le dijo:

—Despierta, señor.

—¿Qué hora es, africano?—le preguntó aquél abriendo los ojos.

—Pronto amanecerá. Te he llamado por complacerte; pero nada te digo ahora...

—Enciende luz y habla; ya estoy sentado.

—¿Te empeñas?

—Sí, no tardes.

Salió el negro, entrando poco después con una bujía; su amo añadió:

—¿Has recorrido al campamento?

—Concluyo de hacerlo.

—¿Dormía alguno, ó faltaba de su sitio?

—Señor, tus montañeses no dan nunca motivo para la más leve reprehensión.

—¿Y los jefes?

—Todos se hallan en sus puestos.

—¿Viste alguna avanzada?

—Dos.

—¿Qué notaste?

—Que si soy mudo me matan de un hachazo.

—¿Conque puedo estar tranquilo?

—Sí.

—¿Entrastes en Cuenca?

—¡Qué había de hacer!

—¿Me traes noticias?

—Y muy buenas.

—Habla, Alí.

—Penetré en la ciudad sin hacer ruido, y como un mísero esclavo que se arrastra por el suelo, y en el que nadie repara; como un perro, del que no se hace caso; como una hormiga, que no se la ve; como una culebra, que tiene más astucia y saber que el tigre.

—Negro, siéntate, que vendrás cansado.

—Me hallo delante de mi señor, y todavía no soy caballero.

—Obedece á tu amo, africano.

—Rico sillón; siéntome en él, que aun cuando no merezco la honra, debo acatar la orden de mi señor. ¿Qué más deseas?

—Me decías antes, que sin ser visto por avanzadas, centinelas, escuchas y ni espías, llegaste á una calle...

—Estrecha, empinada, desigual... endiablada ciudad, señor.

—Lo sé. Continúa, Alí.

—Reconocí el campo: plazas, calles y callejuelas se hallaban obstruidas por un inmenso rebaño de inocentes ovejas que ha de devorar el león del Saucejo. Eran esos franceses, italianos, navarros y castellanos de que hablastes. Todos los establecimientos estaban abiertos, y en ellos se vendían caras las viandas, barato el vino; como que escaseaban las primeras y abundaba el segundo.

—¿Vas descansando, negro?

—Sí, amo mío.

—Pues abrevia y no des tantos rodeos, que te puedes cansar nuevamente.

—Cuando hube hallado lo que buscaba, penetré en un establecimiento donde, en revuelto turbión, encontré soldados, jefes y paisanos. Se gritaba, reía, cantaba, y por cada palabra, se escuchaba un terno francés, español ó italiano. Era el gran bodegón de los *Numantinos*. Nadie podía reparar en mí, pero yo los reconocí á todos. Escuché sus disputas, sus proyectos y sus ilusiones. Luego vi arrinconado, hambriento y pobre, á un aventurero castellano, que no comía por falta de dinero, ni dejaba de beber por carecer de vicios; me acerqué y le dije:—Cristiano, si me cedes media mesa, te doy la mitad de mi cena, y por un asiento dos botellas.—El hambriento me miró de un modo extraño, bajando la cabeza. Amo mío, no piérdas una sola sílaba del diálogo que hubo entre los dos.

—Africano — me contestó —, yo no como con esclavos.

—Liberto soy, y á nadie sirvo—le dije—que tengo repleta la bolsa, grande

el corazón y pesados los puños. Te gano en oro, en títulos y en fuerzas; he aquí mi mano.

—Probemos. Aprieta... ¡Voto al demonio, que me has vencido!

—¿Cenas conmigo?

—Ceno. ¿No eres esclavo?

—Sólo del vino y de los manjares.

—También yo. Te cedo tres cuarterones de mesa y cuatro sillas.

—Generoso estás, castellano. Pide ocho botellas y tres cenas.

—Bodegonero, vino, carne, pescado y ensalada.

—¿Qué cantidad, señor?...

—Para cuatro, que aun cuando somos dos, como yo por tres y paga un moro.

—Para seis, que no han de sobrar viandas ni ha de faltar oro; como que paga el conde de Lara.

—¿Qué dices, negro?

—Que estuve en Ecija y...

—Comprendo... hubo saqueo...

—Sí, eso es.

—¡Buen hachazo le dieron á aquel Temerario!

—¡Qué paso llevamos después!

—Llegaron tarde.

—¿Qué habrá sido de D. Juan y de su suegro?

—Han marchado á Vizcaya, según acababan de decirnos.

—¿Y ese ejército que tenemos ahí cerca, quién lo manda?

—Un incógnito que nadie lo conoce. Entre nosotros se asegura que es el rey de Granada. Trae unos cuantos moros y algunos montaraces... Ya verás qué cuenta damos de ellos.

—¿Cuándo atacamos?

—No se sabe; pero ha de ser pronto, pues acaba de llegar el rey de Aragón con 800 jinetes más.

—¡Eso sólo les faltaba á los del campamento!

—¡Delicado está este cordero! ¿No comes, negro?

—Sí; ¿y tú no bebes?

—Tienes razón; voy con la segunda botella.

—¿A quién sirves, cristiano?

—¡Delicioso vino! Al príncipe D. Hernando la Cerda.

—¿Paga bien?

—¡Mal, muy mal!; pero el día que entremos á saco...

—Ya... ¿cuántos somos?

—Mucha gente, entre peones y jinetes más de treinta mil hombres.

—¿Y el enemigo?

—La mitad vendrá á tener. ¿Cómo te llamas, negro?

—Aben-Jalma-Alí.

—¡Abenjamalí! ¡Vaya un nombre!

—El de mi abuelo, cristiano.

—Lo supongo. ¿Conque tú eres de los dispersos de Ecija?

—De los de Ecija, sí.

—¿A quién sirves ahora?

—A nadie; me bato por mi cuenta; de este modo, cuando llegue el saco...

—Bien hecho, pardiez. Agarra, africano, agarra lo que puedas; en este mundo...

—¿Y esos extranjeros quién los ha mandado?

—Sus reyes; medio mundo está sublevado contra D. Sancho; de modo es que antes de ocho días será D. Alonso rey de Castilla y de León.

—¿Y D. Juan?

—¡Quién se acuerda de ese! Dejó que matasen á sus vasallos y huyó avergonzado, si bien es cierto que la muerte de Lara merecía una recompensa. Ese Temerario era el mismo Lucifer. ¿Cómo escapaste tú?

—Como terminó el saco...

—Bien hecho, Abenjamalí. Para entrar, el último; para salir el primero: esa es mi táctica.

—Tú eres veterano y debes conocer la gente que somos; ¿es buena?

—Hay de todo; quédate algo atrás, como yo; para atacar siempre hay tiempo.

—¿Quién mandará la batalla?

—El rey de Aragón.

—Es muy joven.

—No importa; somos tantos, que si él lo dispone mal nosotros lo enmendaremos.

—Hasta aquí, amo mío, lo interesante del diálogo entre el aventurero y yo. Seguí hablando con él de cosas indiferentes hasta que le dejé completamente

embriagado; pagué y salí de allí; entré en otro bodegón, después en cuatro más, y en todos oí confirmadas las noticias que acabas de oír. Los que huyeron de la Plaza Mayor de Ecija, que fueron los más retirados del sitio de la lucha creyeron que tu cabeza rodó al mismo tiempo que llegamos nosotros. Por eso en el ejército contrario te juzgan muerto.

—¿Y no podrá ser la noticia un medio de que se vale el pretendiente para aumentar el ánimo de sus parciales? Me fundo, Alí, en que toda Castilla sabe ya que vivo.

—Puede que tengas razón; mas los zegríes interceptaron, concluída la lucha, la comunicación del pretendiente con los parciales que pudiera tener en las comarcas que no ha mucho atravesamos.

Lara inclinó la cabeza y quedó entregado á profunda meditación. Las noticias que le acababa de dar su negro, le hicieron vacilar, permaneciendo indeciso largo tiempo. Se resistía á creer que el rey de Aragón y el pretendiente la Cerda ignorasen la verdad de cuanto había pasado, primero en el palenque de Sevilla y luego en la Plaza Mayor de Ecija. Suponía, y no sin fundamento, que no obstante la superioridad numérica, le tenían miedo; mas llegó á su mente una nueva idea que destruyó su indecisión. En Cuenca—dijo para sí—hay un ejército en el cual se hallan representadas cuatro naciones; les arrojaré un guante, y lo que no hagan por falta de valor lo verificarán por sobra de vanidad. Luego miró á su negro, y le dijo:

—Alí, duerme cuatro horas; te cubres después con tu traje de escudero, y ostentando mis armas, montas á caballo é iremos los dos á Cuenca.

—¿Solos?

—No, que he jurado dejar de ser Temerario; nos acompañarán quinientos caballeros forrados de hierro. Sal, y haz que entren mis pajes con una armadura sin insignia alguna.

—Señor, no tengo sueño.

—No importa; obedece y calla.

Media hora después dormía Alí en lo que servía de comedor, mientras el Conde, armado ya, contemplaba otra vez, desde la puerta de su tienda, el terreno donde debía darse la batalla. Cuanto más lo estudiaba mayor era su convicción de lo bien situado que se hallaba su campamento. Dueños de estas dos colinas—se decía—basta con retirar las tiendas y formar en batalla. La elección ha sido como de ese incógnito, el cual, á no dudarlo, posee admirablemente el arte de la guerra. Falta sólo atraer al enemigo; mi buen Alí le echará hoy el anzuelo.

Acto continuo, mandó reunir sus huestes y les pasó una escrupulosa revista.

En este instante hacían lo propio el rey de Aragón y el pretendiente don Alonso la Cerda. Los dos ejércitos se hallaban ahora formados frente á frente; mas no se veían; el uno se escondió luego detrás de una muralla, de la que sólo se alejó cien varas, y el otro se dispuso á comer su bien condimentado rancho, á presencia de su amado y muy ilustre caudillo, el conde de Lara.

CAPITULO XXV

Cuenca.—El guante de Alí.—Preliminares de una batalla

El día amaneció claro, despejado y un Sol radiante extendía sus galas de oro sobre los llanos de la parte de Occidente y Norte de la ciudad de Cuenca.

Serían poco más de las diez de la mañana; el famoso conde de Lara concluía de almorzar y en este instante apoyada su frente sobre la mano izquierda discutía.

Poco después entró en el comedor su valiente africano y le dijo:

—Me cubre una preciosa armadura; en mi pecho puedes ver tu escudo de armas y he aquí el pergamino.

Su amo le miró, y cogiendo el escrito que aquél le alargaba, le contestó:

—Lástima es que la naturaleza tiñese tu epidermis con ese color tan negro, que eres apuesto y gentil; cien caballeros

conozco que pueden envidiar tu arrogante figura.

—Gracias, amo mío; Dios quiso que naciera con este color y así habré de morir. Lee, gran señor.

Pedro deslió el pergamino que acababa de darle Alí, en el cual decía:

«En Cuenca hay aragoneses, navarros, italianos y franceses; pero no hay hombres: y si hubiese hombres no tienen jefes: y si tuvieran éstos no hay caudillo; que es vergonzoso, ruin y cobarde permanecer encerrados entre muros cuando el enemigo espera en campo abierto con la risa en los labios, el desdén en la mirada y el desprecio en su tranquila calma.—ALÍ. ESCUDERO DEL CONDE DE LARA.»

—Bravo, mi querido africano—exclamó el Temerario.—Anzuelo es este que ha de enganchar á los peces.

—Torturé mi cabeza y nada hallé que pudiera avergonzarlos más. Si ese pergamino no los echa de Cuenca, será preciso que asaltemos la ciudad.

—Tienes razón, Alí. ¿Y mi escolta?

—Al pie de la colina nos aguarda.

—A Cuenca, negro.

—Somos quinientos dos; bien podemos en caso de apuro acometer á todo el ejército enemigo.

Amo y criado dejaron cubrir sus cabezas con pesados cascos y descendieron al campamento; después montaron en dos fogosos corceles y seguidos de quinientos caballeros se dirigieron á la ciudad. Todos llevaban el rostro oculto con la celada y en las mantillas de los caballos lucía el escudo de armas de la casa de Lara. Marchaban á un trote largo y á pesar de encaminarse á la ciudad enemiga no iba un solo hombre que abrigase temor ni recelo. Sabían por experiencia que con quinientos caballeros se abriría paso el conde de Lara por medio de un ejército numeroso.

Los montañeses y sus jefes despidieron con un aplauso á los que marchaban á Cuenca, y al cruzar éstos por cerca de la colina donde se hallaban el caballero de la cruz roja y los musulmanes, se oyó un entusiasta viva dado al conde de Lara; miró éste y vió seis pa-

ñuelos blancos que le saludaban: eran el incógnito, el príncipe Muza y cuatro jefes de tribu. El Temerario se alzó la celada, devolvió el saludo y cubriéndose nuevamente el rostro continuó su camino.

Lejos de imponer á aquellos briosos guerreros el aislamiento en que les dejaba la separación del campamento, empuñaban ahora con doble arrogancia la poderosa lanza, latían sus corazones con júbilo y se dilataba el indomable espíritu de cada cual.

Alí, iba á la izquierda de su señor, ambos delante y á diez varas de su guerrero acompañamiento. De este modo dieron vista á la primera avanzada contraria; poco después les gritaron quince jinetes:

—¡Alto!

—Abajo esas moharras—les dijo el Conde á los suyos; éstos le obedecieron; Alí enarboló á la vez una bandera blanca, y continuaron sin hacer caso de las voces de alto que les daban sus enemigos. La mitad de los individuos que componían la avanzada partió á escape tendido á la ciudad, mientras los restantes dejaron que pasase el Conde sin hacer otra cosa que replegarse á la inmediata casa de donde habían salido.

Pedro refrenó su alazán, marchando ahora bastante más despacio.

Diez minutos después dieron vista á Cuenca y no tardaron mucho en escuchar el ruido de trompas guerreras, bocinas y atambores; á la vez se fueron llenando de soldados los muros y edificios que rodeaban la ciudad y no tardó mucho en cubrirse todo con el enjambre de parciales reunidos en pro de la causa del pretendiente.

En tal estado llegó el Conde á cien varas de la plaza, mandó hacer alto, adelantándose á la vez el intrépido Alí. Este se aproximó cuanto pudo á la muralla, se alzó la celada y con voz tan fuerte que lo oyeron hasta en las calles de la población, les dijo:

—Tomad ese escrito. Yo, el escudero del muy poderoso señor conde de Lara, lo he firmado y sostengo cuanto va puesto en él.

Y les arrojó el pergamino que ya conocemos, el que fué cogido por un jefe aragonés, que le preguntó:

—¿A quién va dirigido?

—Al pretendiente, á sus caudillos y á todos vosotros.

En este instante se oyó la precipitada carrera de muchos caballos y casi en el mismo momento llegaron á las murallas y al lado de Alí quinientos zegríes.

—¡Alto!—exclamó el musulmán que los mandaba: juntó su potro con el del negro y dirigiéndose á los de la plaza añadió:

—La poderosa tribu zegrí, sostiene con las armas y en lucha igual, cuanto dice el escudero del conde de Lara en ese pergamino que os acaba de entregar.

Y volviéndose á unir á los suyos desaparecieron por el mismo camino que habían traído, ligeros como el viento.

Confusos miraban los partidarios de la Cerda al valeroso negro, cuyos gloriosos hechos de armas se comentaba ya por ellos.

—¿Aguardáis respuesta?—le preguntó el jefe aragonés.

—Sí—le contestó Alí,—en el campo de batalla.

Y uniéndose al Conde, tiró la bandera blanca, levantaron las moharras y regresaron al campamento, sin prisa ni impedimento alguno.

Los de su campo corrieron las avanzadas hasta dar vista á los muros de la ciudad, escalonaron el ejército y de este modo aguardaron las consecuencias de aquella salida del conde de Lara, el cual ni se alzó la celada durante su correría ni pudo descubrirlo insignia alguna, pues según hemos dicho, se encerró en una armadura tan gruesa como desprovista de distintivos.

Luego que llegó á su campo, penetró en la tienda y esperó tranquilo el resultado del guante que acababa de arrojar su escudero.

Seis horas transcurrieron sin recibir contestación alguna. Al cabo de este tiempo se presentó un caballero de la escolta de Lara y le dijo:

—Señor, un guerrero de los que sirven á D. Alfonso la Cerda desea hablar,

de parte de su señor, con el jefe del campamento.

—¿Viene solo?

—Le acompañan varios jinetes, que han quedado con nuestra primera avanzada.

—Que llegue hasta mí.

Poco después penetró entre caballos del Conde el enviado que acababan de anunciar. A pesar de llevar caída la celada del casco le taparon con un pañuelo las hendiduras por entre las cuale-
les veía.

—Quitad el pañuelo á ese hombre y no volvérselo á poner—exclamó Lara.

El recién venido se descubrió y mirando al Temerario retrocedió dos pasos.

—Perdonad—le dijo,—creí que os habían muerto en la Plaza Mayor de Ecija.

—Estáis en vuestro derecho suponiendo lo que os cuadre mejor. ¿Qué queréis?

—Mi amo y señor me encarga participar al jefe superior de este campamento que, en su concepto, merece la muerte el osado escudero que no ha mucho dirigió un menguado insulto á todo un ejército, que si no os presentó batalla hasta ahora tuvo para ello razones que se han debido respetar. Y añade mi señor que al rayar el día de mañana os echará de esta comarca ó morirá en ella el que intente quedarse.

—¿Nada más os dijo?

—No.

—Pues contesto: que mi escudero queda sentenciado á muerte por su atroz insulto, mas dejo á sus parciales el encargo de ajusticiarle. Siento no poderle complacer en eso de abandonar esta comarca, que es de mi rey D. Sancho IV, y pretendo imperar en ella y acaso dar un paseo hasta Zaragoza. Esto le ofrezco el conde de Lara, y de no morir se lo cumplirá, que es buen caballero y nunca faltó á la palabra empeñada.

—¿Qué más debo decirle?

—Podréis añadir que al rayar el día le aguardo, y si antes le place venir, mejor, y dichoso él si me hace retroceder una línea de mi campo, pues sería el

primero que lo consiguiera. En cuanto á vos, estáis en mi tienda, y á fuer de hidalgo pongo á vuestra disposición mis vasallos y poder; pedid cuanto os haga falta, mirad lo que gustéis, y si alguno os incomodara, rogad á Dios por su alma.

—Gracias, señor Conde; no me extraña vuestro buen proceder, que os conozco ha tiempo y sé que más noble que vos no nació castellano. Preveo que la falsa noticia de vuestra muerte en Ecija ha de pesar mucho en la balanza al inclinarla mañana la suerte en favor ó en contra nuestra.

—Un hombre más no debe influir tanto como vos creéis.

—Conozco á ese hombre y le temo. Que el cielo os guarde, señor.

—Dios os acompañe.

Y el Conde le alargó la mano, saliendo con él fuera de la tienda, donde volvió á despedirle.

El enviado partió llevando descubiertos los ojos y sin que nadie le molestase; antes al contrario, cruzó por entre varios caballeros del Conde, saludándole todos con la mayor cortesía.

El anzuelo estaba echado y cogido á él la presa que quería el Temerario sujetar. La incertidumbre de sus contrarios la ahuyentó. Allí con el audaz escrito dirigido á un ejército en que había muchos nobles, bastantes caballeros y multitud de valientes que no podían dejar impune un insulto tan grave, pues si bien lo autorizaba un escudero, lo sostenía la tribu de caballeros más poderosa que existía en el reino de Granada. Sabiendo ahora el rey de Aragón que Lara intentaba llegar hasta Zaragoza, demostraba doble interés en atacar y vencerlo antes que éste engrosara sus valerosas filas. La impaciencia del Temerario iba á concluir con una batalla en la cual jugaba el trono de Castilla y de León D. Sancho IV; gran confianza debía tener en tan dichoso caudillo cuando esperaba en Sevilla tranquilo y sosegado sin mandarle un solo soldado de los muchos que le obedecían.

Francia, Navarra, Italia, Aragón y Castilla, miraban ahora con incertidum-

bre y recelo el drama que iba á representarse en las llanuras de Cuenca. Si el Temerario perdía la acción que acababa de provocar, era indudable que el cetro de Sancho IV pasaba á manos del pretendiente la Cerda; mas si por el contrario salían éstos derrotados, quedaban humilladas cuatro naciones y muy expuesto el reino de Aragón. El valor, arrojo, bizarría y práctica en la

solo hombre que dudase de la victoria; tan acostumbrados estaban á conseguirla siempre que caminaban en pos del famoso Conde. Pronto veremos si en esta ocasión se hacían ó no ilusiones éstos, y si aquéllos dudaban ó no con fundamento.

Pedro el Temerario regresó tranquilamente á su tienda y esperó la hora de comer, en cuyo instante se sentó á la mesa en compañía de D. Ricardo y tres más de sus principales caballeros.

Cuando terminaban aquella, vino á distraerles el ruido de varias trompetas, choque de armas que se arrastraban por el suelo y carreras de caballos; Allí, que como de costumbre estaba de pie cerca de su amo comiendo lo que éste dejaba de intento en los platos, salió inmediatamente con el objeto de enterarse de la causa de aquella alarma.

Poco después entró, seguido de un caballero, el cual le dijo al Conde:

—Señor, unos ochocientos jinetes enemigos han llegado y continúan á quinientas varas de nuestras avanzadas.

La mayor parte van cubiertos de acero, y al parecer reconocen nuestro campo.

—Partid inmediatamente — exclamó Lara y ofrecedles mi tienda, mesa y las pocas comodidades que tenemos aquí. Hoy vienen en paz y debemos rivalizar con ellos en educación y cortesanía; mañana les enseñaréis á herir. Volad, amigo mío.

El caballero salió mientras el africano, cogiendo una copa de vino que su amo le alargaba, exclamó después de beberlo:



...donde volvió á despedirle.

guerra de los montañeses del Saucejo, eran conocidos y elogiados en Europa. La temeridad y acierto del Conde no hallaban rivales en el campo de batalla, y el renombre y genio del incógnito excedían á toda exageración, mas los del pretendiente les aventajaban en número, estaban mandados por jefes expertos, y á su frente tenían un rey y varios príncipes. La lucha, por consiguiente, debía ser tenaz y fiera, como pocas. No obstante lo expuesto, existían en Cuenca desasosiego é incertidumbre. mientras en el campo de Lara no había un

—Señor, ganan si aceptan tu ofrecimiento, pierden si regresan sin sentarse á tu lado, que no hay en Cuenca tan buen cocinero como el que tú tienes, ni aves tan bien condimentadas; y mucho menos un Jerez tan aromático y exquisito como éste. Viejo, sabroso y trastornador es el tal jerezano, amo mío.

—Negro—le dijo el Conde,—tus paisanos no lo prueban nunca.

—Se lo prohíbe Mahoma, gran señor; pero yo, á fuer de cristiano, me gusta el vino sin bautizar.

—¿Se observa esa prescripción entre los musulmanes con todo el rigor que su ley previene?

—Moro he conocido que bebe por cinco católicos.

Concluyó la comida y todos se pusieron en pie. Al mismo tiempo regresó el enviado de Lara, diciéndole:

—Señor Conde, he participado á don Alonso la Cerda vuestro deseo y me ha contestado que os dé las gracias en su nombre; que siente combatir contra un valeroso y cumplido caballero como vos, lo cual piensa probaros antes de poco.

—¡No comprendo de qué manera!

—Nada más me dijo. Cuando concluyó de expresar esas frases se bajó la celada y volvió grupa en dirección de Cuenca.

El resto de la tarde lo pasó el Temerario dictando órdenes para la próxima batalla, reconociendo por segunda vez el terreno, hasta que ya de noche se retiró á su tienda con ánimo de buscar pronto el lecho, pues quería estar en pie antes de la madrugada.

El gigante castellano se disponía á la gran pelea, á que no ha mucho retó á su poderoso rival, con tal confianza en sí propio y en el arrojo, denuedo y constancia de sus vasallos, que ni por un momento se le pudo ocurrir ser vencido ó derrotado.

Sus filas estaban escasas de soldados, con relación á las del enemigo; mas cada montañés ó selvícola de los que tenía á sus órdenes era un león en fuerza y valentía. Pedir á estos hombre que volviesen la espalda ó temieran avanzar, era

un delirio tan torpe como pretender que fuesen traidores á un señor que los mandaba y quería como á hijos. Sus padres, esposas ó hermanos les hubieran escupido en el rostro al saber que siguiendo á Lara lo abandonaron una sola vez. Este lo comprendía así, por cuya razón abrigaba una confianza absoluta; si bien podía equivocarse en atención á que para vencer los hombres necesitan el apoyo de la Providencia, cuyos altos juicios son incomprensibles.

CAPITULO XXVI

Embajada regia.—El caballero rechaza la traición.—Horas antes del combate y de la victoria.

Eran las nueve de la noche; el Conde se retiraba á descansar y el campamento continuaba sumido en un profundo silencio, pues si bien se tomaron cuantas precauciones aconseja en tales casos la prudencia, nadie se movía de su sitio ni hablaba, contrayéndose los centinelas, escuchas y vigilantes al exacto cumplimiento de su deber.

Un instante después se oyó el ruido de las pisadas de un caballero que se acercaba aceleradamente á la tienda de Lara, y éste que caminaba en busca del lecho, se detuvo. A la vez entró aquél y le dijo:

—Acaba de llegar al campamento un jefe enemigo acompañado de cien caballeros y pretende hablar con vos.

—¿Quién es?

—Al preguntárselo me dió este pergamino lacrado.

El Temerario leyó por fuera: «Al señor conde de Lara.» Rompió el sello y desliándolo vió las siguientes frases:

«Desea hablar con el famoso caudillo de Castilla y de León,—EL INFANTE HERNANDO LA CERDA.»

Pedro sonrió, contestando á su caballero:

—Decid al jefe contrario que le espero.

Mientras aquél salía se acercó Alí á su amo, le quitó el pergamino y lo leyó.

—¡Qué haces, mísero africano!—le dijo el Conde con enojo.

—Señor—le contestó el negro con resolución—obedezco las instrucciones de mi señora. Toma tu escrito.

—¿Comprendes lo que has hecho?

—Perfectamente.

—¿Y no estás arrepentido?

—No.

—¡Este escrito puede contener un secreto!

—Es probable.

—¿Y quién eres tú para penetrarlo?

—Un hombre que ha jurado no consentir que te asesinen, que te quiere más que tú mismo, y que vela día y noche por tí. Si no te ha gustado, ten paciencia, que así lo manda tu señora, que vale más que tú.

Y sin esperar respuesta separó un diván y sacando la daga se escondió detrás, dispuesto como la pantera á caer de un salto sobre el primero que intentase molestar á su amo.

Un minuto después entró el hermano del pretendiente en medio de dos caballeros de Pedro; al verlos, éste exclamó:

—Quitad los centinelas que rodean mi tienda, retiraos todos y que nadie se acerque mientras permanezca aquí ese incógnito.

Pedro fué obedecido en el acto, quedando solo con D. Hernando la Cerda.

Era éste alto, fornido, de fisonomía expresiva, sagaz, intencionado y altivo. Tendría veintidós años nada más; pero demostraba haber cumplido treinta. Cuando notó que todos habían marchado, se alzó la celada y alargando su diestra á Lara, le dijo:

—He aquí mi mano, Conde; estrechadla, que aun cuando seamos enemigos hoy, mañana acaso no lo seremos, y si sucediese lo contrario nada habremos perdido, que la mancilla no estampó todavía su terrible huella en ninguno de los dos.

—Bien decís, y por mí puedo aseguráros que no llegará jamás. ¿Os sentáis?

—Con mucho gusto, si me lo permitís.

—Gran honor me hacéis, que sois nieto de reyes y mi huésped.

Ambos se arrellenaron en blandos sillones y al través de sus cortesces cumplimientos se dirigieron una profunda é indagadora mirada; la del Conde despedía el fuego del león, la del infante la astucia de la serpiente. Allí que veía y escuchaba sin que pudieran reparar en él, tomó mejor postura, exclamando para sí:

—Es una culebra; tiéndome y espero tranquilo, que para esta clase de reptiles basta el aliento de mi señor.

La Cerda cuando hubo meditado breves instantes, miró nuevamente al Teme-rario, diciéndole:

—No os admire, señor Conde, mi venida; mañana os va mi hermano á presentar batalla; deben en ella perecer multitud de hombres; correrá á mares la sangre inocente y el tratar de evitar esa catástrofe merece un sacrificio de mi parte y otro de la vuestra.

—Lo haré con mucho gusto, D. Hernando; que me duele el mal que veo sufrir á mis semejantes.

—Seguro de vuestra lealtad y nobleza no he dudado un momento en venir á veros.

—Pensáis bien de mí, que ahora defiende vuestra vida un ejército castellano, y su jefe; ¡guay! si alguno os ofendiera ínterin permanecáis en mi campo.

—Gracias, noble atleta. Y toda vez que me dirijo á un hombre tan valiente y entendido, suprimo toda clase de preámbulos. Mi hermano se halla al frente de un ejército superior con mucho en fuerzas al vuestro; le acompañan además mi primo el rey de Aragón, un representante del de Francia, otro del de Navarra y un príncipe italiano. Práctico sois en la guerra, Conde; afortunado, valiente y entendido, mas en el campo contrario hay capitanes tan valerosos y experimentados, que es difícil, muy difícil vencerlos. Tenemos, pues, más fuerzas que vos, más benéfica influencia moral, más recursos y más probabilidades de éxito. Si mañana perdéis la batalla, mi tío D. Sancho se queda sin trono, vos sin estados y el campo de Cuenca se verá cubierto de cadáveres. Mi hermano, á pesar de su indisputable derecho

al cetro de Alonso X su abuelo, y de la seguridad de conquistarle además con las armas, prescinde del derecho de la fuerza y de la fuerza del derecho y desea entrar en negociaciones con vos. Le duele cubrirse con una púrpura real manchada en sangre castellana, y no siente mengua al dirigirse á vos.

Calló el Infante, miró al Conde, el cual meditó un momento, replicándole después:

—Venís de embajador y sois sobrino de mi Rey; decidme cuanto queráis que todo lo oiré.

—¿No os gustan los rodeos, es cierto?

—Verdad es.

—Pues oid: Mi hermano reinará en Castilla, D. Sancho en León y vos en Murcia. Distribuidos así los tres reinos, nos coaligamos con el navarro y el aragonés, limpiamos de moros el país, os partís la reconquista y dividida España en cinco reinos todos ganáis en poder, terreno y gloria. He ahí la idea que creo aceptable por todos.

—¿Con que vuestro hermano me cede el reino de Murcia y á D. Sancho el de León?

—Sí.

—¿Y para su aliado el infante D. Juan no deja nada?

—Después de la atroz villanía cometida con vos en Ecija ese hombre quedó inútil para todo.

—¿Y si hubiera conseguido matarme y correr en vuestra ayuda con su ejército según os ofreció?

Asomó el carmín al rostro de D. Hernando, bajó la cabeza y tartamudeó:

—Le hubiéramos despreciado.

Lara sonrió con marcado desdén, y clavando una mirada ardiente en su contrario, le dijo:

—Generoso está vuestro hermano; pero debió esperar, en mi opinión, á mañana para hacer tan espléndida proposición. Hoy, D. Hernando, es de Sancho IV, Castilla, León y Murcia. Así lo dictaron las Cortes y la batalla de Córdoba; de lo cual se deduce que á mi rey le asiste la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza. Mañana nos vencerá D. Alonso, y si luego consigue ser due-

ño de esos tres reinos que quiere reparar, podrá hacerlo sin mengua, porque da lo suyo; pero ofrecer lo de otro á sus mismos dueños no lo oí hasta ahora, señor la Cerda.

—Por vuestra causa va á correr un río de sangre y todo lo vais á perder Don Sancho y vos.

—Por culpa mía no, que me manda mi soberano, y nada mío cuestiono.

—Si él os envía, ¿por qué no os dió sus soldados?

—Atrevida es la pregunta, pero os voy á contestar: sirvo á mi rey porque le amo, y al defenderlo le doy mi sangre, tesoros y vasallos; y sólo le exijo que sea justo con su pueblo, fuerte con la grandeza y caritativo con el pobre. No me dió soldados porque sobran con los míos, ni títulos ni honores porque nací el primer grande del reino.

—¿Sobran con vuestros vasallos?

—Mañana lo veréis.

—Cara puede costaros la presunción.

—¿Quiénes pueden tanto?

—Nosotros.

—Cara os va á costar esa creencia.

—¡Despreciáis un trono, Lara!

—Dadme el que yo deseo y me veréis subir por su regia grada ebrio de placer y dicha.

—Hablad todo lo que queráis, vuestra lealtad y grandeza de alma no tienen precio.

—Por eso ansío un trono pero vosotros no podéis dármelo.

—¿Es el de León?

—No; es mejor.

—¿El de Castilla?

—Tampoco.

—Hablad, por Dios, que anhelo escucharos.

—Es el de la virtud.

D. Hernando bajó la cabeza avergonzado; mas al poco tiempo la alzó con arrogancia, y retratándose en él la ira le contestó:

—Puede que lo alcancéis mañana; ese trono sólo existe en el cielo, y quién sabe si correréis en su busca antes de pocas horas.

—Si Dios lo dispone así iré gustoso; mas perdería mi vida mil veces, si posi-

ble fuera. antes que abandonar á Don Sancho IV; primero que faltar á mi patria.

—Y cuando veais que vuestro caballo atraviesa un torrente de sangre humana. cuando mil heridos exhalen á vuestras plantas lastimeros ayes, ¿no os dolerá mirar el cuadro ni apartaréis la vista con horror?

—Señor la Cerda, si os hubierais hallado como yo, en más de cien combates, no me haríais esa pregunta. Sois novel en asuntos de guerra, y con harto sentimiento mío me obligáis á que os diga que, á pesar de la costumbre que tengo de atravesar campos de batalla sembrados de víctimas, me estremeceré mañana, las miraré con horror y maldeciré al ambicioso que por causa suya yacen tendidos en el suelo. ¡Ojalá que el que tiene la culpa y once de sus parientes y amigos quisieran batirse conmigo, solo, y la lucha de los trece decidiera la cuestión sin verterse otra sangre que la nuestra!

—Señor Conde, os he venido á visitar y me estáis desafiando.

—Señor la Cerda, os he recibido con la mayor urbanidad y me habéis insultado.

—¿Tomáis por ofensa el ofreceros un trono?

—Sí, que para alcanzarlo debía ser traidor á mi patria y á mi Rey: por cuya razón envolvía la propuesta la más nefanda de las vilezas.

—Castilla, León y Murcia, fueron legados al que os brindó el cetro de una de ellas: ¿no conocéis el testamento de Alonso X?

—Vuestro abuelo mandaba en su casa, y la nación en sí; ¿no recordáis lo que decretaron las Cortes de Valladolid?

—De muy antiguo, venían los reyes de Castilla dando en herencia ó desheredando al mayor de sus hijos.

—De más remoto aún, manda en su casa el verdadero dueño; y la nación, reunida en Cortes, es el único voto del país, que es dueño de sí mismo.

—Son ideas tan nuevas, señor de Lara, que no las oí á nadie hasta ahora.

—No me extraña; sois muy joven y

habéis pasado la mayor parte de vuestra existencia en el extranjero. He aquí la prueba: dos mil castellanos os dan la razón; el resto de la nación á mí.

—¿Nada más que dos mil?

—Decís bien; debo unir á esa suma todos los amigos y parciales de vuestro noble y valeroso tío D. Juan.

—No dirá el conde de Lara, que no tengo paciencia al oír los insultos que hace á los nietos de los reyes de Castilla y de Francia.

—No se quejará D. Hernando la Cerda de que no soy tolerante con él al sentarlo á mi lado y defenderlo, llevando en la escarcela la orden de mi Rey para ahorcarlo por rebelde. Estáis en Castilla y en mi poder, y no obstante eso os marcharéis tranquilo de aquí.

—¿Tanto miedo me tiene mi tío Don Sancho que me ha sentenciado á muerte?

—Mucho, ya lo veis; pelagra su trono, según decís, y se está muy tranquilo en Sevilla, sin mandarme uno solo de los soldados que le obedecen. D. Sancho IV, llamado el *Bravo*, á fuer de justiciero, premia la virtud y castiga el vicio; galardona la lealtad y sentencia á muerte al traidor; es una debilidad de D. Sancho, pues aun cuando es rey, y muy valiente, se ha encaprichado en que no queden impunes los delitos en su país.

—Gran recompensa os aguarda á vos, que pedíais no ha mucho el trono de la virtud.

—Sí, pero acaso consiga la corona del mártir, muriendo en el campo de batalla, en defensa de mi patria y de mi rey, como noble y caballero, y contra ambiciosos, que con tal de llegar al puesto que se proponen, no les importa regar la tierra con sangre inocente. Nada me puede dar mi soberano, que soy más rico que él, y nací el primer grande de Castilla, según os he dicho ya.

—Supongo que vuestro tesoro será fabuloso, pues siendo tan rico y habiéndolo siempre entre agrestes breñas, poco habréis gastado hasta ahora.

—Es verdad; son tantos los perversos, traidores, ambiciosos y malvados que viven en las grandes poblaciones, que me vi forzado á esconderme entre mon-

taraces y selvícolas, antes que aspirar el asqueroso aliento de los miserables. De este modo hago la suerte de veinte mil familias, á las que nada les falta; vosotros no sois tan ricos porque sostendréis millones de ellas; ¿es cierto?

—Si dais orden de que me dejen el paso franco, me retiraré con mucho gusto.

—¿Quién os lo impide?

—Pudieran hacerlo ahora.

—No; en caso, mañana.

—¡Oh, lo que es mañana, ya será difícil! Supongo que el conde de Lara no faltará jamás á su palabra.

—Nunca.

—«Queda sentenciado á muerte mi africano escudero—mandasteis á decir á mi hermano—pero os doy el encargo de que vengáis á ajusticiarlo.» Pues aquí me tenéis en cumplimiento de lo que ofrecisteis.

En este instante salió Alí de su escondite, y sin hacer ruido alguno, desapareció de la tienda. Ni su amo ni la Cerda se pudieron apercebir de la marcha del negro.

Lara contestó á su contrario.

—Tenéis razón; y en fiel observancia de lo que prometí á vuestro hermano, os lo voy á entregar. ¡Alí!—gritó Pedro—¡Alí!—volvió á repetir.

Este se presentó y le dijo:

—Aquí me tienes, Alférez mayor de Castilla, justicia del reino.

—Este caballero quiere batirse contigo.

—Bueno, señor, que elija armas, y peharemos él cubierto de acero y yo con el pecho al aire.

—¡Yo no lucho con negros, conde de Lara!

—Notad, D. Hernando, que le ha nombrado caballero el rey de Castilla y vos estáis sentenciado á muerte por él; si hay alguna ventaja está de su parte.

—Ese modo de discurrir podrá ser hábil, pero no os evita el que faltéis á vuestra palabra; para los sentenciados á la última pena sólo hay verdugos.

—¿Queríais hacer de ejecutor?

—No, mas los hay en Cuenca.

—¿Y quién lo conduce? Porque vos no sois bastante.

—No acostumbro á custodiar reos; mi escolta se encargará de acompañarlo.

—Voy á daros gusto, D. Hernando, y á evitaros á la vez la conducción del preso. Alí, en vista del insulto que hiciste ayer al ejército contrario, te he sentenciado á perecer, y vas á morir á manos del verdugo del Saucejo, que estará en el campamento.

—Con diez minutos para confesarme y uno para recibir á su Divina Majestad, tengo bastante, amo mío; te pertenece mi vida y hela aquí.

—¿Estáis satisfecho, la Cerda?

—Sí; su delito merecía la muerte y vos no podéis faltar á vuestra palabra.

—Pardiez, que se va á cumplir en este instante. Yo sentencié á mi escudero á morir y mi Rey á vos; cúplase primero la sentencia de mi soberano y luego la mía; que el mandato del monarca no puede ni debe posponerse al mío. ¡Hola!—gritó, añadiendo á varios caballeros que se presentaron á la puerta de la tienda—que suban inmediatamente dos sacerdotes, y mientras confiesan á esos reos, que prepare el verdugo su tajo y el hacha.

—¡Eso es una horrible traición, conde de Lara!—exclamó el hermano del pretendiente, convulso y aterrado, al oír la terminante orden del caudillo castellano.

—¿Por qué, la Cerda? ¿Creéis posible que un vasallo leal pueda anteponer la ejecución de su mandato á la voluntad de su Rey? Vos que sois nieto de soberanos, debíais admirar la fidelidad con que sirvo al mío.

—En ese caso, desisto de la ejecución del negro, y dejadme partir.

—Sea así, mas no digáis nunca que he faltado á mi palabra.

—Pienso olvidar cuanto ha pasado esta noche.

—Nada perderéis en ello, que os recibió el primer grande de Castilla y os despide su verdugo; vedlo.

Y el Conde le volvió la espalda, penetrando á la vez en la tienda dos sa-

cerdotes, y aguardando á la puerta el ejecutor con el hacha al hombro.

Aturdido, confuso y tropezando con los muebles, salió de allí D. Hernando, en la creencia de que lo iban á asesinar; pero lejos de eso, y viendo en el lastimoso estado en que marchaba, le acompañaron dos caballeros, hasta dejarlo incorporado á su escolta.

A la vez gritaba el Conde desde la alcoba, donde se retiró:

—¡Alí!

—¿Qué mandas, señor?—le preguntó el negro entrando.

—¿Conocerás bien á ese guerrero que acaba de salir?

—Sí, amo mío.

—Sin que te vea ni escuche, síguele. Estoy seguro que se dirige á la tienda del caballero de la cruz roja, y me interesa mucho saber lo que hablan. Negro, haz uso de toda tu astucia y habilidad; que es de mucha cuenta el encargo que te doy.

—Perdona, señor; pero el caballero de la cruz es por lo menos tan leal como tú. Si no es más que eso puedo prescindir del encargo.

—¡Alí, ese hombre ofrece tronos, y un cetro seduce!

—Sí, amo mío; mas el incógnito no gusta de tronos; dice que tiene bastante con el suyo.

—No importa, africano. Obedece; yo te lo mando.

—Obedezco, señor; pero allí sacaré menos, mucho menos que aquí. Pronto te convencerás.

Y el negro corrió, en cumplimiento de la orden de su amo. Este se sentó á la cabecera del lecho, inclinó su frente sobre la almohada y quedó meditando ínterin regresaba aquél.

Otra vez volvieron á rodear la tienda del Temerario diez centinelas; dos caballeros se sentaron cerca de la puerta, continuando sumido el campamento en un profundo silencio.

Media hora más tarde entró Alí, y le dijo á su amo:

—Aquí me tienes, señor.

—¿Qué has hecho?

—Ver y oír.

—¿Qué miraste?

—Acercarse ese rebelde á las avanzadas zegríes del caballero de la cruz roja.

—¿Luego yo tenía razón?

—Sí, pero á mí me sobraba.

—¿Qué oíste?

—¡Alto!—le dijo un caballero musulmán.

—Quiero ver á vuestro jefe—le contestó D. Hernando.

—¿Quién sois?—preguntó aquél.

—Un incógnito—replicó el otro.

—¡Atrás!—exclamó el zegrí.

—Me trae cerca de él una embajada que le interesa mucho.

—¡Atrás!, mi jefe no recibe á nadie.

—Soy hermano de un rey.

—Atrás! aun cuando fueseis emperador. ¿Perteneceís al campo del conde de Lara?

—No.

—¿Os retiráis?

—Quiero ver á ese incógnito.

—¡A las armas!—gritó el musulmán.

—¡Mueran esos traidores!

—Amo mío, al escuchar D. Hernando estas voces, metió espuelas, y en unión de los suyos, corrió hacia Cuenca, con más miedo del que sintió al ver á tu verdugo.

—Muy bien, Alí; ese deseaba yo, pues hubiera sentido mucho que el caballero de la cruz roja fuese ambicioso y...

—Señor, desecha esos pensamientos, que es más leal que tú, tan fuerte... y ¿Te desnudo?

Algo más tarde dormían tranquilamente el caudillo y su negro, sin cuidarse para nada de la batalla que tenían tan próxima.

En el campamento acontecía lo propio, á excepción de la gente que estaba de servicio, reposando tranquilamente los demás por orden del caudillo que los mandaba; pero á imitación de éste, cayeron sobre sus poco mullidas camas con la fría indiferencia del que nada teme. La parca, no obstante, se hallaba muy cerca de aquellos valerosos montañeses aguardando las víctimas que debía en breve inmolarse con inaudito furor.

La noche continuaba oscura, caluro-

sa, reinando esa calma precursora de un desastre espantoso. Las frescas brisas no tenían movimiento, el espacio ostentaba sus tintes negros, y sobre la bóveda azul aparecían bordadas multitud de estrellas rojizas, tristes y como presagiando la mucha sangre humana que debía en breve teñir los campos de Cuenca. Las aves nocturnas subían desde el suelo al espacio, exhalaban un horripilante chirrido y caían como una saeta sobre la tierra de donde salieron. Muda la Naturaleza, sombríos los árboles, severos é imponentes los montes, y en su último período de creciente la Luna, convidaba todo al recogimiento.

En la ciudad de Cuenca acontecía lo contrario que en el campamento de Lara; corrían de un lado para otro los caballeros; se brindaba con vino y aguardiente á los soldados; se daban órdenes y contraórdenes, disputaban los caudillos, obedecían los jefes, se embriagaban los vasallos, nadie dormía, y en el debate, á caballo ó en la taberna, unos y otros retenían en su memoria, sin poderla desechar un instante, la próxima batalla que no ha mucho les anunciaron. Era arrogante la actitud de la mayoría; una gran parte, connaturalizada con la guerra, no la temían; mas habiendo salido falsa la noticia de la muerte de Lara, se burlaban de él en sus conversaciones, mientras que interiormente recordaban con temor la gigante y varonil figura de aquel hombre cuyas fuerzas sobrepujaban á toda exageración. A pesar de sus bravatas les imponía el atrevido semblante del poderoso infanzón que mataba hasta con el aliento.

Existía en Cuenca en estos momentos ese desorden propio de un ejército mandado por muchos jefes superiores y compuesto de masas heterogéneas: unos se hallaban ya formados y en disposición de marchar; otros continuaban en las tabernas y bodegones; algunos platicaban en las plazas, formando grupos y haciendo comentarios, y los menos disciplinados vagaban por los arrabales en busca de gente de mal vivir, tan parecida á ellos en sus costumbres como á sí propia.

Tal era el estado de los dos ejércitos horas antes de comenzar la pelea.

Debemos añadir dos palabras sobre el apéndice que tenía el campamento de Lara, ó sea respecto del caballero de la cruz roja y sus audaces subordinados. A imitación de sus vecinos, descansaban todos, á excepción de los que estaban de servicio y del incógnito. Este se hallaba encerrado en su tienda, sentado en un sillón, apoyado el codo sobre la mesa y la frente en su diestra; parecía meditar profundamente, demostrando algo de abatimiento y malestar. A diez pasos de él, arrellanado en un sillón, fijas sus manos en la empuñadura de una tremenda espada, se encontraba su veterano y aguerrido escudero, el cual dormitaba. De pronto abrió los ojos y contempló á su señor, preguntándole:

—¿No duermes esta noche?

Nada le contestó el ensimismado encubierto. El veterano lanzó un terno verdaderamente militar, repitiendo la pregunta. El de la cruz le miró entonces y le dijo:

—Si te vuelvo á oír otra interjección, te siento la mano en la cara.

—¡Bastante me importan á mí tus bofetones! ¿No piensas dormir esta noche?

—¿Me dejarás en paz, perro faldero?

—Vote á la cama. Tú no necesitas calentarte la cabeza para vencer mañana; con tu talento y mi maza sobran para arrojar á esa canalla.

—Necio, presuntuoso y viejo; nada te falta.

—¡Bendita boca! ¡Y con qué dulzura me llena de flores! ¡Te vas haciendo insolente, y te he de obligar á que me respetes!

El caballero de la cruz roja no pudo menos que sonreírse al escuchar la pretensión de su escudero.

—Sal de aquí!—le dijo;—duerme, despertándome antes de amanecer.

—Gracias á Dios que me obedeces una vez. ¿Diste ya con la idea que buscabas?

—¿Qué te importa á ti?

—Contesta.

—No quiero.

—Tú te lo piensas, lo ejecutas luego,

y sólo desplegas los labios para mandar ó llenarme de improperios. ¡Como yo fuera el príncipe Muza!

—Me obedecerías del mismo modo que él.

—Si V. A. me lo mandaba con alguno de esos bofetones que acostumbra á regalarme, ¡qué remedio tenía!

Amo y escudero cruzaron todavía algunas frases, besó el segundo la mano del primero, y ambos se retiraron á descansar. Dos pajes quitaron la armadura

muchas avanzadas; á lo que se habían corrido éstas y á la vigilancia de los que estaban de servicio. La gran tranquilidad de los que descansaban, se igualaba al alerta de los que velaban por ellos.

Así transcurrió la noche, triste, oscura, silenciosa y agorera de la catástrofe.

La muerte permanecía sonriendo al contemplar su cortante guadaña y el sinnúmero de ovejas que tenía ante sí dispuestas á correr en su busca.



... besó el segundo la mano del primero.

á éste, corriendo después al pabellón que ocultaba su cama; el otro acercó un diván á la puerta de la tienda, se recostó en él, despidió los pajes y se quedó dormido. Este veterano era cerca del incógnito lo que Alí para con Pedro el Temerario.

El príncipe Muza, los cuatro jefes de tribu y restantes caudillos mahometanos, dormían también sosegadamente.

El campamento del conde de Lara no demostraba ahora la proximidad de la batalla que tan cerca tenía, si bien era muy difícil una sorpresa, en razón á sus

¡Quiera el cielo que la tranquilidad del conde de Lara en esta noche y su audacia en la cercana madrugada, no sean hijas de esa temeridad innata en su ser! Su enemigo, más poderoso en gente, discurre diabólicos medios para destruir con sus apiñadas huestes al valeroso, aunque corto ejército, que en alas de su hidalguía y fiado en su indisputable valor, yace sumido en tranquilo reposo, porque sólo acostumbra á vencer con su arrogante brío, desnudo siempre de menguados ardides y cálculos innobles. ¡Quién sabe! ¡Puede que el héroe



de la cruz roja supla con el desvelo en que pasó hasta hace poco, el abandono é indolencia de los dormidos leones del Saucejo! Acaso la Providencia tienda su bondadosa mano á los que, defendiendo una causa justa, fian en ésta y en sólo

su valor, para arrostrar el peligro y salir triunfantes del cúmulo de escollos que el destino les pone delante.

Pronto veremos si nos hemos ó no equivocado.

Fin del tomo segundo

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO XIV.—Tío y sobrino.—La antevíspera del domingo.—El torneo.....	5
XV.—Los ajusticiados.—Regia visita.—Reconocimiento.....	15
XVI.—Los tres barcos genoveses.—El torneo.—La muerte.—Fuga precipitada ..	20
XVII.—Consecuencias de la revolución.—Los ambiciosos ni se arrepienten ni se enmiendan.—Regreso.....	32
XVIII.—Nuevos misterios.—El leopardo y el león.—El infante D. Juan y sus par- ciales.....	35
XIX.—La marcha.—Regia despedida.—Las torres de Ecija.—Emboscada.—Alí..	48
XX.—El calabozo, el prisionero y sus terribles guardias.—El monje basilio.—El verdugo	55
XXI.—Momento terrible.—La carrera.—El pueblo.—El tajo y el hacha.—El brin- co salvador.—Confusión.—Espanto.—La muerte más asoladora que nunca.....	62
XXII.—Relación del negro.—Mensaje.—Cesión.....	69
XXIII.—Ecija.—El Rey.—Determinación acertada.—Partida.....	75
XXIV.—Los montañeses del Saucejo.—Incertidumbre.—El campamento.—Los dos ejércitos.....	79
XXV.—Cuenca.—El guante de Alí.—Preliminares de una batalla.....	89
XXVI.—Embajada regia.—El caballero rechaza la traición.—Horas antes del com- bate y de la victoria	93

LA NOVELA DE AHORA

Año IV—Publicación semanal—Tercera época

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadernados en rústica con elegantes cubiertas; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes	1.70 pesetas.
Trimestre	5.00 —
Semestre	10.00 —
Año	19.00 —

Número corriente 40 céntimos.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadernados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora** y su precio es **seis pesetas**. Tomando más de diez tomos á **cinco pesetas** cada uno en España, franco de porte. También se han hecho magníficas tapas para que los suscriptores puedan encuadernar su colección. Con las tapas, que son bellísimas, sobrias y elegantes, con planchas de oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo, y su precio es **una peseta** cada tapa. Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- | | |
|--|--|
| 1 A. PALACIO VALDÉS. La aldea perdida. | 37 M. NICHOLSON. La casa de las mil bujías. |
| 2 H. RIDER HAGGARD. Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central. | 38 y 39 CH. FOLEY. Kowa la misteriosa. 2 ts. |
| 3 al 5 bis R. ORTEGA Y FRÍAS. Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos. | 40 á 46 F. L. PARREÑO. La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. 7 tomos. |
| 6 y 7 E. SALGARI. La ciudad del Rey leproso. 2 tomos. | 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y la hoguera. 6 tomos. |
| 8 A. CÁNOVAS DEL C.º La campanade Huesca | 53 y 54 M. J. DE LARRA. El Doncel de Don Enrique el Doliente. 2 tomos. |
| 9 P. MAEL. Sin dote. | 55 P. ESCAMILLA. El sacristán de las monjas. |
| 10 CARLOS FRONTAURA. Brígida. | 56 á 60 T. TÁRRAGO. El puñal de oro. 5 tomos. |
| 11 al 13 bis F. NAVARRO VILLOSLADA. Amaya, ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos. | 61 P. D'IVOI. El corsario invisible. |
| 14 P. MAEL. La Cenicienta. | 62 — Triplex. |
| 15 JOSÉ SELGAS. Una madre. | 63 — La isla de oro. |
| 16 y 17 E. SALGARI. Los bandidos del Sahara. 2 tomos. | 64 á 66 D. LESUEUR. Secreto mortal. 3 tomos. |
| 18 á 21 F. LUIS PARREÑO. El héroe y el César. 4 tomos. | 67 á 72 R. ORTEGA Y FRÍAS. El Testamento de un Conspirador. 6 tomos. |
| 22 CONDE DE LAS NAVAS. Chavala. | 73 y 74 E. SALGARI. En las Fronteras del Far-West. 2 tomos. |
| 23 á 26 C. DICKENS. Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos. | 75 y 76 — La Cazadora de Cabelleras. 2 tomos. |
| 27 y 28 E. SALGARI. La montaña de luz. 2 tomos. | 77 y 78 F. DU BOISGOBEY. —La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos. |
| 29 M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. La piel de la justicia. | 79 y 80 CH. FOLEY. Flor de sombra. 2 tomos. |
| 30 CARLOS FRONTAURA. La maldita vanidad. | 81 al 82 bis LEWIS WALLACE. Ben-Hur. 3 tomos. |
| 31 y 32 WALTER SCOTT. Ivanhoe. 2 tomos. | 83 ANTONIN RESCHAL. La mujer pájaro. |
| 33 E. BLASCO. Una señora comprometida, y O. FEUILLET, El diario de una mujer. | 84 á 87 F. L. PARREÑO. Pedro el Temerario. 4 tomos. |
| 34 á 36 F. NAVARRO VILLOSLADA. Doña Blanca de Navarra. 3 tomos. | |

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

PAUL FÉVAL.—Las hijas de la Luna.
— Diana y Elena.



TAPAS PARA ENCUADERNAR

LA NOVELA DE AHORA



Están á la venta las magníficas tapas que ofrecemos á nuestros lectores para encuadernar LA NOVELA DE AHORA.

Con las tapas, que son elegantísimas, de lujosa tela inglesa con rótulos en oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo.

PRECIO DE CADA TAPA, UNA PESETA



Los suscriptores actuales, ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración, obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

